

Los discursos del Rey

España en el Mundo
1975 - 2018



Los discursos del Rey

Los discursos del Rey

España en el Mundo
1975 - 2018

Prólogo de Emilio Lamo de Espinosa



Madrid, 2018

© Real Instituto Elcano, 2018
C/ Príncipe de Vergara, 51
28006 Madrid
www.realinstitutoelcano.org

Coordinación y diseño: Miguel de Avendaño y María Dolores de Azategui
Agradecimiento: Virginia Crespi de Valldaura

Maquetación e impresión: Quinteral Servicios Gráficos, S.L.

ISBN: 978-84-92983-16-2
Depósito Legal: M-38547-2018

Todos los textos reproducidos provienen de: http://www.casareal.es/ES/actividades/Paginas/actividades_discursos.aspx

Imagen de cubierta: *Atardecer en Palacio* / Ángel. M., 2015

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| PRÓLOGO Emilio Lamo de Espinosa | 7 |
| EL MEJOR EMBAJADOR, EL REY Charles Powell | 9 |
| JUAN CARLOS I 1975 - 2014 | 15 |
| FELIPE VI 2014 - 2018 | 115 |

PRÓLOGO

Cuarenta años de estabilidad democrática y constitucional no son algo menor ni en la historia española ni tampoco en la comparada. Efectivamente, no habría más de una docena de países en el mundo que puedan exhibir esa estabilidad. Y si acudimos a nuestra propia historia sólo el régimen constitucional (que no democrático) de 1876, que duró hasta 1923 (formalmente hasta 1931), es comparable. Dos constituciones de más de 40 años cada una, las dos correspondientes con dos restauraciones monárquicas, la de Don Alfonso XII y la de Don Juan Carlos I. Y las dos dando lugar a los dos mejores períodos de nuestra historia. Pues con la primera restauración España tuvo por vez primera sociedad burguesa, alternancia política, administración pública, justicia y prensa libre, industria, ateneos, ópera, e, incluso, ciencia (y recordemos a la Junta de Ampliación de Estudios, inicio de la ciencia moderna en España). Y la segunda restauración que ahora conmemoramos, en la figura de Don Juan Carlos I y en el marco de la Constitución de 1978, abriría el período más fecundo de nuestra historia. Lo hemos repetido todos hasta la saciedad pero no por ello deja de merecer otra mención: jamás España ha sido ni tan segura, ni tan libre, ni tan próspera, ni tan educada y culta, como durante estas últimas cuatro décadas.

No es sólo una impresión personal pues las encuestas acreditan que nada menos que un 72% de los españoles aseguraban con rotundidad que la actual democracia constituye el período en que mejor ha estado nuestro país en su historia. Resultado de una sociedad madura, reflexiva, educada y dinámica, más bien conservadora, aunque se autodefina como de centro-izquierda. Incluso datos recientes muestran que más de dos de cada tres españoles (incluidos una mayoría de jóvenes) aseguran que la forma en que se llevó a cabo la Transición a la democracia en España constituye un motivo de orgullo.

A ello ha contribuido, y mucho, la Jefatura del Estado. Tanto en sus inicios como en su consolidación. Pasar «de la ley a la ley» hubiera sido imposible sin el apoyo y la continuidad de la Corona. Y no es casualidad sino causalidad que algunas (muchas) de las mejores democracias del mundo sean Monarquías parlamentarias. Pero el impacto de la Corona es mucho más marcado en la política exterior. Se dice que el Rey es el mejor embajador que tenemos. Era cierto. Y sigue siéndolo. Por su capacidad para representar al país y por su capacidad para hacerlo en el largo plazo. Minusvalorar el capital social que acumula un rey es menospreciar un activo muy valioso que juega a favor del país.

Con esta breve edición de algunos de los más importantes discursos de los dos Reyes, todos referidos a la política exterior, el Real Instituto Elcano quiere sumarse a la alegría de poder conmemorar, en paz, un tan largo período de prosperidad. Sin antes advertir que nada está ganado, y la paz y la libertad se gestionan día a día con pactos, acuerdos y entendimientos. Constitución, democracia y restauración han ido de la mano en nuestra historia y son variables que juegan juntas. Perder cualquiera de ellas sería, me temo, perder las tres.

En Madrid, a 29 de noviembre de 2018

Emilio Lamo de Espinosa
Presidente

EL MEJOR EMBAJADOR, EL REY

Charles Powell

Son muy numerosos los estudiosos que han coincidido a la hora de señalar la importancia del papel del Rey Don Juan Carlos (y de la monarquía como institución) en la normalización de la acción exterior de España que se produjo a partir de su proclamación, y en la proyección internacional que alcanzó nuestro país como resultado de ella. Sin embargo, y como ocurre con tantas otras facetas de la labor desarrollada por el monarca durante su reinado (y con la propia institución monárquica), esta cuestión no ha recibido todavía la atención pausada y sistemática que sin duda merece. Por ello mismo, y en el contexto de la conmemoración del cuarenta aniversario de la Constitución de 1978 –y por lo tanto, de la monarquía parlamentaria que en ella se plasma–, hemos creído oportuno contribuir a un mejor conocimiento de este fenómeno mediante la compilación de esta breve antología de discursos del Rey Don Juan Carlos, que de una u otra forma han contribuido a redefinir el papel de España en el mundo durante este período. También hemos querido incorporar a la misma varios de los discursos pronunciados sobre la misma temática por su heredero, el Rey Felipe VI, precisamente para subrayar una de las características definitorias de la monarquía parlamentaria, como es su carácter hereditario.

Esta antología pone de relieve la notable aportación de la Corona a la normalización de las relaciones exteriores de España tras décadas –cuando no siglos– de aislamiento y relativa irrelevancia. En alguna medida, esta ausencia española del tablero internacional se debió a la naturaleza no democrática del régimen anterior, pero también a factores más profundos y duraderos. De ahí que en ocasiones sorprenda constatar hasta qué punto Don Juan Carlos pudo hacer presente a España en latitudes en las que había estado total o parcialmente ausente. Obviamente, fue el primer rey español en visitar numerosos países de África y Asia, con los que España no había tenido apenas relación en el pasado. Pero fue también el primer monarca español

en pisar la América de habla española, a pesar de la enorme importancia que esos territorios habían tenido en el devenir histórico de nuestro país, y el primer jefe del Estado en visitar oficialmente numerosos países europeos con los que España mantenía tradicionalmente una importante relación política y comercial, o el segundo en hacerlo tras largas décadas de desconocimiento e indiferencia, cuando no de hostilidad mutua.

La lectura de estos discursos parece sugerir que la monarquía parlamentaria puede contribuir muy positivamente a la proyección internacional de un país debido a varios de sus rasgos constitutivos. En primer lugar, la Corona puede aspirar a encarnar las señas de identidad de una comunidad o, lo que es lo mismo, la historia de una colectividad humana concreta. En última instancia, esto es lo que le permite simbolizar al Estado que encabeza y encarnar a la sociedad a la que representa. Como nos recuerda uno de los padres de la Constitución de 1978, Miguel Herrero y Rodríguez de Miñón, ello es debido a que un símbolo es «ese elemento de la realidad en el que, mediante imágenes, se expresan no sólo sentimientos, sino conocimientos, y en virtud del cual se tiene acceso a un orden distinto, difícil cuando no imposible de alcanzar por otras vías». Así pues, el Rey Juan Carlos supo convertirse en un poderoso símbolo de la nueva España democrática, abierta y tolerante que él mismo había contribuido a alumbrar. Como es obvio, los ciudadanos de un país sólo se sienten satisfactoriamente representados por su monarca cuando actúa más allá de sus fronteras si se identifican suficientemente con quien pretende hablar en su nombre. Este nexo fundamental entre el Rey y los ciudadanos españoles no podía darse por seguro cuando Don Juan Carlos accedió a la Jefatura del Estado en 1975, pero fue fortaleciéndose a medida que fue avanzando el proceso democratizador, si bien experimentaría algunas fluctuaciones y reveses a lo largo de los años.

Ciertamente, esta dimensión simbólica también puede darse en otros tipos de Jefatura del Estado, sobre todo en repúblicas presidencialistas como Estados Unidos y Francia, como demuestran los casos de John F. Kennedy o el general Charles de Gaulle, entre otros (los presidentes elegidos indirectamente, generalmente por sus parlamentos nacionales, suelen desempeñar un papel eminentemente ceremonial y protocolario, por lo que difícilmente suscitan grandes adhesiones, salvo en situaciones excepcionales). Sin embargo, debe recordarse que, si bien Kennedy y De Gaulle concitaron grandes entusiasmos, también suscitaron el rechazo visceral de una parte no desdeñable de sus respectivas sociedades. A diferencia de los presidentes electos, que deben someterse al veredicto de las urnas (o al apoyo de una mayoría parlamentaria) para acceder y mantenerse en el cargo, los reyes de las monarquías parlamentarias pueden situarse por encima de la

competencia y la disputa política, lo cual les permite representar al conjunto de los ciudadanos, con independencia de sus preferencias ideológicas. De ahí precisamente la importancia que el Rey Don Juan Carlos siempre atribuyó al objetivo de convertirse en «Rey de todos los españoles», tal y como le había enseñado su padre, Don Juan de Borbón, que a su vez lo había aprendido del suyo, el Rey Don Alfonso XIII.

Esta dimensión simbólica desempeñó un papel especialmente decisivo en relación con dos Estados importantes con los que España no tenía relaciones diplomáticas al iniciarse el reinado de Don Juan Carlos. Por ello mismo, el establecimiento de relaciones con México e Israel (en 1977 y 1986, respectivamente) supuso mucho más que un acto meramente político, por trascendente que éste fuese. En el primer caso, hizo posible no sólo la recuperación de una relación previamente existente, sino también la reconciliación con los españoles que habían padecido el exilio tras la Guerra Civil, a la vez que permitió expresar el agradecimiento de la sociedad española por la generosa acogida que México les había dispensado. En el segundo, no sólo permitió el reconocimiento del Estado de Israel, sino que –como señaló en su día muy acertadamente el escritor Elie Wiesel– también hizo posible la largamente demorada reconciliación histórica de España con la diáspora sefardí y, en general, con la comunidad judía internacional, asunto que había quedado pendiente desde la expulsión de los judíos a finales del siglo XV. En ambos casos, fue sobre todo la Corona la que facilitó la superación de estos episodios especialmente desafortunados de la historia de España. A título más general, parece innegable que el Rey Don Juan Carlos cumplió siempre a rajatabla el deber que le había impuesto la Constitución de asumir «la más alta representación del Estado español en las relaciones internacionales, especialmente con las naciones de su comunidad histórica» (artículo 56.1), contribuyendo decisivamente a una redefinición de las relaciones con América Latina que permitió dejar atrás el desconocimiento y el paternalismo trasnochado que las había caracterizado durante tantos años.

Por otro lado, y casi por definición, el carácter hereditario de las Jefaturas de Estado monárquicas permite a los reyes permanecer al frente de las mismas durante un período dilatado de tiempo. Esto contrasta con los mandatos relativamente breves de los presidentes de la mayoría de las repúblicas democráticas, a excepción de aquellas que contemplan la reelección presidencial indefinida. Esto da lugar a que los reyes puedan conocer a fondo tanto a los dirigentes políticos de su propio país como a los jefes de Estado y de Gobierno de los países con los que interactúan. Así, durante un reinado que tuvo una duración de casi 39 años, el Rey Don Juan Carlos tuvo ocasión de convivir con un total de siete jefes de Gobierno de

distintas orientaciones políticas (de Carlos Arias Navarro a Mariano Rajoy, pasando por Adolfo Suárez, Leopoldo Calvo-Sotelo, Felipe González, José María Aznar y José Luis Rodríguez Zapatero). A su vez, la larga duración de su mandato le permitió adquirir un notable conocimiento de otros jefes de Estado y de Gobierno extranjeros, acumulando un acervo político que resultó extraordinariamente útil para los gobiernos que se sucedieron en el poder a partir de 1975, así como para el conjunto de la sociedad española. Por ejemplo, el hecho de que el monarca español tratara personalmente a un total de ocho presidentes estadounidenses (de Nixon a Obama) contribuyó sin duda a facilitar las relaciones bilaterales con Washington, y a la superación de las crisis puntuales surgidas a lo largo de los años.

También se olvida a menudo que los monarcas contemporáneos conforman un selecto club (o red) de jefes de Estado, unidos a menudo por estrechos lazos de parentesco o amistad. Evidentemente, en un Estado democrático son los gobiernos y los parlamentos quienes definen las líneas maestras de la política exterior, pero la existencia de estos lazos hacen posible una diplomacia informal al más alto nivel, que puede contribuir a reforzar o complementar las iniciativas emanadas de la esfera política oficial y que puede resultar especialmente útil en situaciones excepcionales. De hecho, la existencia de este entramado de relaciones desempeñó un papel nada desdeñable en el proceso de normalización diplomática impulsado por Don Juan Carlos a partir de 1975. Más concretamente, en ocasiones el monarca tuvo que acudir a otros reyes europeos para que trasladaran a sus gobiernos, inicialmente reacios a reconocer que España había cambiado de rumbo político, que merecía que se le otorgara el beneficio de la duda. Estos lazos con otras dinastías reinantes desempeñaron en ocasiones un papel aun más relevante si cabe, aunque sin duda distinto, en la relación del Rey Don Juan Carlos con las monarquías en las que el monarca seguía ostentando el poder político, algunas de las cuales también están representadas en esta breve antología.

Una de las claves del buen funcionamiento de una monarquía parlamentaria es, sin duda, la relación que se suscita entre el jefe del Estado y el del Ejecutivo y que, curiosamente, ha recibido muy poca atención por parte del mundo académico, tanto en España como en otras latitudes. Dicha relación adquiere especial relieve e interés en lo que a la definición y ejecución de la política exterior se refiere. Al igual que en otros ámbitos, en éste también puede aplicarse la conocida fórmula de Walter Bagehot (1867), según la cual el monarca tiene el «derecho a ser consultado, el derecho de estimular y el derecho de advertir». Si echamos la vista atrás, resulta verdaderamente notable que esta relación no haya planteado grandes problemas en el caso

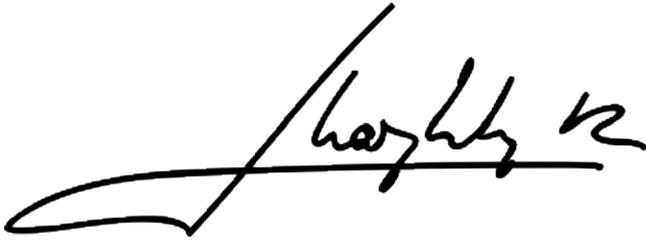
español, sobre todo si tenemos en cuenta que la transición a la democracia supuso también el tránsito de una monarquía autoritaria (aunque limitada) a otra parlamentaria, y además en un plazo relativamente breve de tiempo.

En suma, la lectura de estos discursos ofrece abundante evidencia de la aportación decisiva del Rey Don Juan Carlos a la proyección exterior de España durante sus casi cuatro décadas en el trono. Al hacer el recuento de sus salidas al extranjero, se constata una intensísima agenda, que llevó al monarca –acompañado casi siempre por la Reina Doña Sofía– a algo más de cien países (con una media superior a seis viajes por año y un máximo de trece en 2009), que a su vez generó un número no muy inferior de visitas a España de otros jefes de Estado. Lógicamente, los destinos elegidos reflejan las prioridades internacionales de España: más de ochenta visitas a toda América Latina (con especial incidencia en México, Argentina, Colombia, Chile, Brasil, Venezuela y la República Dominicana), algo menos de ochenta visitas a países europeos (destacando las múltiples ocasiones que estuvo en Portugal, Alemania, Francia, Italia y el Vaticano), quince a Estados Unidos, otras cuarenta al Magreb y Oriente Medio (sobre todo a Marruecos y las monarquías del Golfo), y no pocos desplazamiento a destinos más lejanos, en Asia-Pacífico y África Subsahariana, sin olvidar su presencia en las instituciones europeas y las del sistema de Naciones Unidas. Una comparación con otros monarcas europeos contemporáneos (como Carlos XVI Gustavo de Suecia o Beatriz de los Países Bajos), revela una actividad diplomática bastante superior a la de Estados de peso internacional similar al de España. Podría pensarse que ello refleja sobre todo la necesidad que hubo de recuperar el tiempo perdido y de normalizar unas relaciones exteriores modestas cuando no inexistentes, pero es interesante constatar que el ritmo de intercambios no decayó en absoluto con el paso de los años.

Siendo su carácter hereditario una de las señas de identidad de la monarquía parlamentaria, que permite combinar sabiamente la continuidad y la renovación, parecía obligado cerrar esta antología con varios discursos del Rey Don Felipe VI, cuyo interés por las relaciones internacionales es sobradamente conocido. Menos conocida resulta, quizá, la experiencia que pudo acumular tras participar en las tomas de posesión de 69 presidentes latinoamericanos entre los años 1996 y 2014, lo que sin duda hizo de él el Príncipe de Asturias más americano de la historia de España. Sea como fuere, los discursos del Rey Don Felipe VI que aquí se recogen reflejan la magnitud y profundidad de los cambios que están transformando el entorno internacional en el cual deberá moverse, como expresa muy acertadamente el propio lema de su reinado: «una monarquía renovada para un tiempo nuevo».

**Su Majestad el Rey
Don Juan Carlos I**

1975 - 2014

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Juan Carlos I', with a large, sweeping flourish extending to the left.

PALABRAS DE SU MAJESTAD EL REY A SU LLEGADA A SANTO DOMINGO

Santo Domingo (República Dominicana), 31 de mayo de 1976

Señor presidente:

En el momento de pisar el suelo de las Américas doy gracias a Dios por haberme deparado la honra de ser el primer Rey de España que cruza el Atlántico para visitarlas.

Os traigo el saludo de los españoles. En vos saludo a la nación dominicana y en ella quiero saludar a todas las naciones de nuestra estirpe.

Volando sobre el Mar Caribe he recordado al descubridor, nuestro almirante Cristóbal Colón, y con su recuerdo he pensado en mis antepasados, los Reyes de España que, aun sin conocerla, amaron a América, la imaginaron y la cuidaron. Y con ambos recuerdos, he dirigido mi pensamiento y mi amor al pueblo español, a cuyo servicio estoy, que dejó la huella indeleble de su esfuerzo, su fe y su cultura en el mapa entero de este continente.

No podía ser de otro modo mi entrada en América. Santo Domingo es la cuna de la civilización occidental del Nuevo Mundo y, por serlo, pisar la tierra americana por vez primera en esta isla es arrancar con buen pie y empezar mi visita por el bautismo. Era justo hacerlo, con la humildad y la alegría de quien tiene la suerte de recrear un nacimiento. En muchas ocasiones se ha dicho que visitar América es revalidarse como español. Para volver a encontrar mis raíces y entender más ampliamente la historia de mi patria, llevo a cabo esta peregrinación.

La historia siempre es universal. La historia siempre es futura. Las diferencias de intereses y criterios sobre el quehacer histórico, que afectan

tanto a los pueblos como a los hombres, sólo se pueden unificar en la esperanza. La esperanza común hace la historia, impulsa su dinamismo y da sentido y unidad a los hechos.

Si queremos alentar la esperanza –la de todos los hombres de la tierra, pero, también, la de todos los hombres que hablan nuestra lengua–, será preciso actualizarla en una tarea común.

Nuestro futuro, en el que tantas cosas podemos hacer juntos, no se apoya en la nostalgia sino en una profunda solidaridad con los pueblos de este Continente, que nos hace vivir muy de cerca sus problemas más acuciantes, los que plantean su independencia política y económica, su desarrollo, sus ansias de una mayor justicia social y sus ideales de libertad.

Me complace afirmar estas ideas en el mismo lugar en el que los españoles examinaron por primera vez su conciencia sobre la justificación moral de su misión en el Nuevo Mundo. En este Santo Domingo, solar del primer ensayo civilizador de España en América. En la República que Vos, señor presidente, conducís con una prudencia y un sentido de futuro que todos contemplamos con respeto y admiración.

En un inolvidable viaje juvenil tuve la suerte de conocer la ciudad de Santo Domingo. Al volver a mirarla desde el aire quise verla reconociéndola y tuvieron que buscarla mis ojos. Está rodeada por la promesa de las aguas y de los bosques y está inundada de luz. Al llegar he mirado la luz igual que si la viese por vez primera. Era una luz briosa, apremiante, distinta. Era una luz de natalicio que me ha hecho recordar lo que habéis sido y me ha hecho presentir lo que seréis, porque vosotros habéis sido, dentro del Nuevo Continente, los dadores de luz.

En la isla Española ocurrieron por primera vez cosas transcendentales en la historia del Nuevo Mundo. El primer diálogo entre descubridores y nativos, la primera misa, el primer Ayuntamiento, la primera Audiencia y –en primacía disputada con las de México y de Lima–, la primera Universidad. La tierra en donde se enseñaron las primeras palabras castellanas y en donde los españoles aprendieron las primeras palabras indígenas.

A este Santo Domingo, la Reina y yo queremos darle las gracias. Gracias por una fidelidad histórica que nos conmueve y que alguna vez conoció amarguras que venían de la propia España. Gracias por vuestra hospitalidad que nos llena de emoción.

En vuestras manos dejo el mensaje de España a toda Hispanoamérica; un continente sin leyenda dorada y sin leyenda negra; tal como es de verdad, con sus bondades y sus males, con su herencia española, con su horizonte cuajado de dificultades pero también de certidumbres de triunfo final.

Con nuestra salutación optimista, nuestro agradecimiento profundo por haber hecho posible que España, hoy como ayer, se asome a América por las puertas abiertas de vuestra generosa acogida.

**PALABRAS DE SU MAJESTAD EL REY AL PRESIDENTE
DE LA REPÚBLICA DOMINICANA EN LA ENTREGA
DE LA GRAN CRUZ DE LA ORDEN DE DUARTE,
SÁNCHEZ Y MELLA**

Santo Domingo (República Dominicana), 31 de mayo de 1976

Recibo con verdadera emoción, señor presidente, la Gran Cruz de la Orden de Duarte, Sánchez y Mella, con la que acabáis de honrar a todos los españoles en mi persona.

Con vuestras palabras, que me conmueven profundamente, habéis confirmado en esta solemne ocasión el afecto que a España profesáis y del que tantas muestras habéis dado a lo largo de vuestra brillante trayectoria como escritor y como estadista.

Ha señalado vuestra excelencia que el pueblo dominicano es amante de la libertad y que vive orgulloso de haber sabido conquistar con el coraje heredado de sus antepasados el derecho a dirigir sus propios destinos.

España entera mira hoy con respeto y con admiración a aquellos hombres que hicieron posible la independencia de la República Dominicana y, en primer lugar, la figura de Juan Pablo Duarte, ejemplo admirable de patriotismo y de pureza, de mansedumbre cristiana y de valor, que mantuvo viva hasta su postrer aliento la confianza en el futuro de esta República, que es hoy una nación en pleno desarrollo, dentro del orden y de la libertad, gracias al esfuerzo del pueblo dominicano y a la dirección de vuestra excelencia.

Estamos viviendo, a vuestra generosa invitación, horas inolvidables para la evocación común y para el proyectar ilusionado. Cómo no hacerlo, en esta isla maravillosa a la que el descubridor encontró con grandes valles muy semejantes a los de Castilla, y, por esta razón, la llamó Española ... Sus habitantes, nos dicen las crónicas, eran la gente más hermosa y de mejor condición que vieran hasta entonces en el viaje: las mujeres, tan bellas como las de España; las tierras, de regadío; los caminos, anchos y buenos; los aires, como en Castilla el mes de abril; las noches, de catorce horas; la mar, tan llana como en el puerto de Sevilla; la situación geográfica, a 34 grados de la línea equinoccial. El Almirante, don Cristóbal Colón, no recata su entusiasmo ante ella y escribe así a los Reyes: «Creo que debajo del cielo, no hay mejor tierra en el mundo».

Os decía esta mañana, al pisar tierra dominicana, que todo español que viene a América encuentra en ella sus raíces. Yo soy el último español que ha

llegado y el primero de sus Reyes que la visita. Encontramos en América algo de lo que hemos dejado en la península, no sólo trasplantado, sino recreado. Vivir es recrear y nuestras vidas fueron y son distintas. La vuestra es muy pujante, muy auténtica y muy autóctona, pero tenemos mucho en común: la lengua, la cultura, la historia, la sangre, la arquitectura de las ciudades y el estilo de vida, que nos unen, al mismo tiempo que nos permiten mantener la propia identidad, igual que las montañas, que se unen en la base y se distancian en las cumbres. Distanciarse, no es separarse. Con este viaje inolvidable he venido a confirmarlo. Como confirmación tengo vuestra palabra. La palabra de América que he venido a escuchar.

Si tuviera que elegir una sola de las raíces que nos unen, de las raíces comunicantes que nos igualan sin quitarnos la identidad, elegiría sin duda nuestra lengua. La lengua es la casa común en donde a cada uno de nuestros pueblos corresponde una habitación. La lengua es la morada que todos habitamos. Cuanto hagamos por ella, a ambos lados del mar, la vivifica y la hermosea. Es misión de las distintas generaciones mantenerla actualizada, flexible, rápida, capaz y siempre en forma. No hay una lengua definitivamente hecha. La lengua es nuestra sangre espiritual y establece la frontera exterior de nuestros pueblos en el mundo, pero traza también, en cada uno de nosotros, nuestra frontera personal. Nadie puede conocerse a sí mismo sino a través de ese diálogo en que el hombre pregunta y la lengua responde, pues lo propio del hombre es preguntar, lo propio de la lengua es responder. Por ella somos hombres y por ella también somos quienes somos, pues la frontera personal sólo puede fijarse en ese interno y último diálogo del hombre con su lengua.

En la memoria del niño y en la memoria del hombre las palabras incorporan imágenes, pero también incorporan con ellas las costumbres de un pueblo, sus reacciones vitales ya decantadas por el uso, sus rezos y sus leyes, su modo de gozar y de llorar, su pensamiento y su poesía. Hablar en una lengua determinada es insertarse en la corriente de un río que nos conduce y fertiliza. No estamos solos en el mundo. No hemos nacido ayer porque hablamos en una lengua que nos transmite la solidaridad de los vivos y de los muertos, la solidaridad de cuantos la hablaron desde hace muchos siglos hasta hoy. En última instancia es un repertorio de actitudes vitales que facilita nuestras acciones y representa el patrimonio común de sus hablantes. Empecé este viaje para escuchar, con alegría, nuestra lengua de América.

La segunda raíz que nos une es la historia. Como todos sabéis, nuestra historia común sigue teniendo estratos que algunos consideran conflictivos. Es, sin embargo, nuestra historia y hay que aceptarla como es. No nos debe importar. La historia conflictiva es la más viva: tiene sobre nosotros una

actuación de urgencia. Pero también hay formas de la historia que son más permanentes. Así, por ejemplo, nuestra vida política se ha separado ya hace más de cien años y, sin embargo, las ciudades americanas no se han movido todavía de los lugares donde las asentaron, generalmente con fortuna, sus fundadores. El pasado persiste en el presente y nos brinda todas las posibilidades que tenemos para actuar tanto los pueblos como los hombres.

La cultura es la tercera de las raíces que unen América con España y tal vez representa nuestra comunidad más afectiva. La lengua es nuestra sangre y la cultura nuestro quehacer común. Constituye un destino, que tiende por su misma naturaleza a hacerla universal. España trajo a América el sistema cultural de occidente, pero trajo también su propia recreación de esta cultura.

Será tarea de la Corona española alentar esta voz de la cultura que hoy constituye el único mensaje pacificador y el único lenguaje universal. Trataré de cumplirla y, para darle asiento y logro, quisiera comunicaros un propósito que significa un comienzo de la tarea. Reanudando una noble tradición familiar y monárquica, desearía que se celebrase en España, si todos me ayudáis, la III Exposición Internacional Iberoamericana. Las dos primeras, como recordaréis, se celebraron en Sevilla y en Barcelona y fueron auspiciadas por mi abuelo, el Rey Alfonso XIII. Nuestros pueblos están a punto. Pueden hacer un alarde. Tienen que hacerlo. Sólo precisan demostrar lo que son, demostrar lo que hacen. Para mí, personalmente, nada más alentador que iniciar mi reinado con esta empresa y convertirme en patrocinador de vuestro esfuerzo y en portavoz de vuestro espíritu.

Al agradecer nuevamente a vuestra excelencia el alto honor que me habéis conferido, quiero proclamar desde esta ciudad primada de América mi fe en el futuro de la República Dominicana, que se abre lleno de esperanza ante nosotros, y nuestra firme decisión de mantenernos fieles al mundo hispánico al que, en frase de vuestra excelencia, nos sentimos para siempre vinculados por obra de la sangre y por mandato de la historia.

PALABRAS DE SU MAJESTAD EL REY AL CONGRESO DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

Washington (Estados Unidos), 2 de junio de 1976

Señor *Speaker*, señor presidente en funciones, miembros del Congreso, me honra sobremedida vuestra invitación a dirigir este mensaje al Congreso de los Estados Unidos y, a su través, al pueblo que vosotros representáis. Permitidme comenzar hablando del pasado de nuestros dos países, para luego pasar a examinar el presente y el futuro.

Hace doscientos años nació en esta tierra un sistema de vida pública que habéis preservado con fidelidad para que llegue intacto hasta el día de hoy. Su filosofía, inspirada en el respeto a la libertad del hombre y a la soberanía del pueblo, dio vida y forma a vuestra nación, cuya fundación ahora celebráis y celebramos todos los países amigos. Os dirijo en nombre del pueblo de España votos sinceros de felicidad y de larga y próspera vida nacional en este Bicentenario.

España no puede ser indiferente a nada que acontezca en el continente americano, puesto que lo descubrió y trajo a él, desde 1492 y durante siglos, con sus propios hijos e hijas, la fe cristiana, la lengua española, formas europeas de vida y de pensamiento y un concepto radical de la igualdad esencial del género humano que palpita en las Leyes de Indias promulgadas por mis antepasados. La concepción española de la dignidad de la persona humana, expresada por nuestros teólogos y nuestros juristas a propósito del indio americano, modificó para siempre el derecho de gentes y sentó las bases del moderno derecho internacional.

Una Reina de Castilla, Isabel, de la que yo descendo en línea directa, llevada del instinto profundo que caracteriza el alma femenina, nombró almirante de la marina española a un desconocido, pero experto navegante, Cristóbal Colón, para que hiciera realidad sus proyectos y sus sueños. Las naves de España se encontraron con América, que les esperaba para entrar de lleno en la Historia y convertirse en pocos siglos en singular protagonista del destino humano.

Como primer Rey de España que visita los Estados Unidos, deseo tributar un recuerdo a los exploradores españoles del siglo XVI, que en menos de cincuenta años recorrieron en sus frágiles embarcaciones y con medios rudimentarios todas las costas atlánticas de Norteamérica, desde Río Grande

hasta Cabo Bretón, y gran parte de la costa del Pacífico, remontando desde California hasta el sur de Oregón y cruzando después el océano hasta Hawai.

Y junto a los navegantes he de recordar también a aquellos otros exploradores que, en plazo aún más corto, se internaron por los territorios de dieciséis de los actuales Estados de la Unión, llegando hasta tierras de Nebraska, Kansas y Missouri, y siendo ellos los primeros hombres del Viejo Mundo que contemplaron el impresionante paisaje del Cañón del Colorado y los primeros que alcanzaron las orillas del Mississippi.

Estos hombres no sacaron ningún provecho material para ellos, ni para la Corona de España. Muchos dejaron en el empeño sus vidas, agotados por la enfermedad, en lucha con las dificultades de la naturaleza, destruidos por las mismas ilusiones, a veces fantásticas, que les sirvieron de estímulo. Pero su empresa significa algo más que un sueño vano o una aventura intrascendente, porque realizaron su esfuerzo en beneficio común de la humanidad. Ellos contribuyeron a romper el confinamiento continental en que los hombres vivían separados por la geografía impenetrable y sirvieron al destino de la humanidad de romper las barreras de la naturaleza. El mismo empeño que en nuestro siglo ha llevado a otros hombres, dotados de la tecnología moderna, a lanzarse a la exploración de los espacios siderales.

Hoy rendimos homenaje a la fundación de la nación norteamericana, a la independencia proclamada en el Congreso de Filadelfia hace doscientos años. Este homenaje no puede limitarse a unas frases protocolarias, porque tiene motivos históricos profundos en vivencias comunes en las que han participado nuestras dos naciones.

En este año del Bicentenario nos complace acordar el papel que desempeñaron los españoles y España, con sus recursos políticos, diplomáticos, financieros, navales y militares, en la lucha global cuya victoria consagró el reconocimiento de la independencia de los Estados Unidos.

Ya la noticia del Congreso de Filadelfia encontró en España una resonancia inmediata, y hoy podemos hacer nuestras las palabras con que un periódico español, el *Mercurio Universal*, comentó en enero de 1776 aquel acontecimiento histórico. Dicen así: «La pintura de sus quejas y agravios, el recuerdo y madurez que han reinado en su Congreso, el esfuerzo varonil con que se muestran unánimemente resueltos a hacer frente a todos los peligros... todo parece hacer respetable y sagrada su resistencia y sus justas pretensiones».

En 1776 la Monarquía española se extendía por inmensos territorios del continente Americano y aún mantenía su ritmo expansivo: en el mismo año de la declaración de independencia, los españoles fundaron la ciudad de San Francisco. A la vez que las sociedades de la América hispana experimentaban importantes transformaciones, el gobierno español se dispuso a reorganizar un aparato defensivo y diplomático, reconociendo la beligerancia de las Trece Colonias y procediendo con ellas a un intercambio de misiones diplomáticas extraordinarias.

La prestación de ayuda efectiva y apoyo logístico en los primeros años de la insurrección de los colonos, antes de la entrada de España en la guerra, se realiza por medio de la utilización de los puertos españoles del Caribe por los barcos norteamericanos y el envío de socorros en forma de equipo militar, vestuario, medicinas y dinero. Además de esta ayuda directa, alcanzó gran importancia la ayuda indirecta que representaban los preparativos bélicos que ya entonces hacía España. En septiembre de 1777, tras la Capitulación de Saratoga, España quiso evitar el choque frontal con Gran Bretaña e intentó actuar como mediadora, asegurando el principio de la independencia de los nuevos Estados Unidos. Al fracasar este intento, España entró por fin en la guerra. En ella iba a tratar, entre otros objetivos, de recuperar Gibraltar.

La conquista del puerto de La Mobila y, sobre todo, el ataque y toma de Pensacola por Bernardo de Gálvez, en mayo de 1781, significó el triunfo de la causa norteamericana en Florida y en el golfo de México. Así, esta victoria de Pensacola es un anticipo de la decisiva batalla de Yorktown en octubre de aquel año, en cuyo éxito les toca también una parte a los españoles de La Habana, que proporcionaron recursos económicos, necesarios para sostener la campaña.

Muy pronto la paz consagró los frutos de la victoria aliada. En virtud de ella, los nuevos Estados Unidos de América y España entraron en vecindad geográfica. Para reglamentarla se llegó a la firma del Tratado de 27 de octubre de 1795, cuyo artículo 1º decía así: «Habrà una paz sólida e inviolable y una amistad sincera entre Su Majestad Católica, sus sucesores y súbditos, y los Estados Unidos y sus ciudadanos, sin excepción de personas ni lugares».

No son sólo apoyos en la guerra y relaciones de paz las que unen a nuestras dos naciones al consolidarse la Independencia de los Estados Unidos. Mi país se siente ligado a la formación de la gran nación americana por las aportaciones y vestigios de una cultura de origen español que ha sido conservada e integrada en muchos Estados de la Unión, a veces con esfuerzos y dificultades.

De modo particular, los ciudadanos de habla española de los Estados Unidos constituyen hoy día una realidad social viva y una extraordinaria esperanza para el futuro de vuestro gran país.

El mapa de los Estados Unidos está lleno de centenares de nombres españoles, comenzando por la ciudad de San Agustín, fundada en 1555, que vosotros consideraréis la más antigua ciudad de la Unión. Todos esos nombres recuerdan una historia lejana en el tiempo, un momento distinto del actual, pero que no por ello deja de ser significativa expresión de la vieja comunicación entre las raíces históricas de nuestras dos naciones, cuyos destinos convergen otra vez en nuestros días hacia el futuro del mundo, de ese mundo que ha de ser forjado por todas las naciones libres.

Los españoles sabemos que los fenómenos de integración de elementos heterogéneos en la unidad nacional suscitan problemas y no son fáciles de asumir. España se ha formado en muchos siglos con elementos íberos, celtas, romanos y germánicos, y en la Edad Media fue un conflictivo crisol de razas y de culturas, musulmana, judaica y cristiana, cuya síntesis, sin embargo, ha dejado una huella imperecedera en nuestra nación. Lo que importa es el hilo conductor de la unidad nacional.

Para el pueblo norteamericano, el espíritu generoso de libertad que ha inspirado a sus portavoces eminentes y a sus leyes, y la ejemplar fidelidad a sus ideales por la que siempre se ha distinguido, encierran la clave de un porvenir de creciente concordia y de nobles realizaciones. Señor *Speaker*, señor presidente en funciones, miembros del Congreso, el Rey de España es hoy el jefe del Estado de una nación moderna de treinta y seis millones de habitantes que, apreciando su tradición, mira con fe y optimismo al porvenir.

España es hoy una nación joven, en cuya población dos tercios tenemos menos de cuarenta años. Somos una raza vieja, pero somos al mismo tiempo un pueblo nuevo, dinámico, enérgico, austero y trabajador. En un inmenso esfuerzo desarrollado en las últimas décadas, la economía de mi país sufrió una transformación profunda; nos convertimos en potencia industrial –la décima del mundo–; la explosión cultural llenó escuelas y universidades e hizo que el nivel tecnológico de nuestros trabajadores y de nuestros profesionales en general sea equivalente al del resto de la Europa occidental.

La evolución de nuestra sociedad no deja de ofrecer tensiones, dificultades, contratiempos y hasta violencias. Sufrimos la crisis actual del mundo, es decir, que el paro, la inflación, la contracción de la demanda y los altos costes productivos figuran entre nuestras prioritarias preocupaciones

de gobierno. Pero ningún obstáculo se opondrá decisivamente a que nuestra comunidad española siga adelante trabajando por la creación de una sociedad cada vez más próspera, más justa y más auténticamente libre.

La Monarquía española se ha comprometido desde el primer día a ser una institución abierta en la que todos los ciudadanos tengan un sitio holgado para su participación política sin discriminación de ninguna clase y sin presiones indebidas de grupos sectarios y extremistas. La Corona ampara a la totalidad del pueblo y a cada uno de los ciudadanos, garantizando a través del derecho, y mediante el ejercicio de las libertades civiles, el imperio de la justicia.

La Monarquía hará que, bajo los principios de la democracia, se mantengan en España la paz social y la estabilidad política, a la vez que se asegure el acceso ordenado al poder de las distintas alternativas de gobierno, según los deseos del pueblo libremente expresados.

La Monarquía simboliza y mantiene la unidad de nuestra nación, resultado libre de la voluntad decidida de incontables generaciones de españoles, a la vez que coronamiento de una rica variedad de regiones y pueblos, de la que nos sentimos orgullosos.

Haremos que la Monarquía refuerce el sentido de la familia y del trabajo en nuestras vidas cotidianas, promueva la asimilación de la historia por las jóvenes generaciones, proporcione un renovado propósito y una nueva dirección a la sociedad de nuestro tiempo.

La Monarquía, vinculada desde su origen a la independencia nacional, velará en todo momento por su preservación. No admitirá injerencias ni presiones extranjeras y toda colaboración con los demás países del mundo, que España vivamente desea, habrá de realizarse desde el más escrupuloso respeto a la soberanía y a la dignidad nacionales.

Señor *Speaker*, señor presidente en funciones, miembros del Congreso, España asume con decisión el papel que le corresponde en el concierto internacional. Situados en un lugar estratégico de primera magnitud, entre el Atlántico y el Mediterráneo, estamos dispuestos a poner todo nuestro esfuerzo para el mantenimiento de la paz, de la seguridad y de la libertad en tan importante región del mundo, vital para nosotros. El pueblo español anhela la descolonización de Gibraltar y su reintegración pacífica al territorio nacional.

España es parte de Europa y en cuanto tal hemos suscrito la Declaración de Helsinki sobre la Seguridad y Cooperación en Europa, cuyos principios inspiran nuestra política relativa al continente europeo, así como nuestro propósito de mantener relaciones pacíficas y fructíferas con todos los Estados. Al mismo tiempo, España está dispuesta a reforzar su relación con las Comunidades Europeas, con vistas a su eventual integración en ellas.

España se encuentra estrechamente ligada, por su situación y por su historia, a los pueblos del norte de África. Nuestro gobierno ha puesto de su parte los medios necesarios para que la descolonización del Sahara Occidental se realice en paz y armonía. De ahora en adelante, España se esforzará en acrecentar su cooperación con los Estados del norte de África para la paz y desarrollo de la región.

En cuanto al continente americano, son bien conocidos los lazos íntimos e indestructibles que unen a España con los países de este hemisferio de su misma raza e idioma, en el que aún la llaman «madre patria». Yo deseo rendir homenaje hoy también ante vosotros a las naciones independientes de la América española, a las que si vosotros podéis llamar hermanas como Repúblicas de América, yo puedo llamar hermanas como español.

**PALABRAS DE SU MAJESTAD EL REY AL PRESIDENTE
DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS JOSÉ LÓPEZ
PORTILLO Y AL PUEBLO MEXICANO**

Ciudad de México (México), 18 de noviembre de 1978

Señor presidente, el conjuro de México ha vuelto a ejercer su fascinación. Hoy, como ayer, como hace dos mil años, el mito y la realidad se confunden para crear en el ánimo del visitante un estado de anticipación de emociones totales.

A lo largo de los tiempos, la dimensión legendaria ha formado parte sustancial de vuestro devenir histórico, de vuestro ser colectivo. Sois, intelectual y emocionalmente, conscientes de ello; lo fueron vuestros antepasados desde hace siglos; lo es también quien a vuestras costas acude, con la curiosidad desbordada y el espíritu atento.

Esta dimensión legendaria os precede en el conocimiento del visitante, desterrando la indiferencia y fijando el interés.

Sólo las culturas trascendentes generan leyenda y sólo los pueblos con personalidad de excepción la encarnan y proyectan a lo largo de toda su historia.

Como Rey de España, hoy, yo saludo a uno de esos pueblos señeros: al pueblo mexicano.

He venido a convivir unos días en su realidad presente y a admirar con deleite su pasado histórico y plástico.

He venido a recordar en común unos siglos de existencia conjunta, que tan profunda huella nos dejaron a todos, según ponen de manifiesto unos vínculos y una concepción de vida.

He venido, en fin, a dialogar sobre el futuro. Un futuro que potencialmente se nos abre, a unos y otros, plétórico de posibilidades y promesas. Generaciones y generaciones que han sido, nos legaron ejemplaridades y defectos, humanidades vividas con plenitud, en las que no han faltado la violencia, la lucha y el desaliento; pero que conocieron también la serenidad, la voluntad constructiva, la grandeza de espíritu, la ambición de justicia, el tesón de independencia colectiva y el afán de libertad individual.

Unos y otros fraguamos nuestra nacionalidad con esfuerzo y con dolor, enriqueciendo la entraña de nuestra existencia a través del mestizaje y la mezcla de civilizaciones.

Unidos y por separado, conocimos la grandeza; unidos y por separado, sufrimos la decadencia.

Cada uno de nosotros, por su propio lado, apuramos esa amarga, pero enaltecadora experiencia. Sólo pueblos milenarios, que supieron generar su propia grandeza, alcanzan el talante de aumentar en la adversidad.

Sabemos de estas cosas. Somos maestros curtidos en vaivenes históricos. Conocimos el relativismo de la gloria y, al apurar después la prueba de la postración, vivimos la introspección del por qué esa larga y redentora ascensión del espíritu que vuelve a las esencias, que se pregunta por el hoy y el mañana, ya no en función del ayer, sino en razón de las virtudes y defectos colectivos.

Entre el menosprecio de quienes escenificaron por conveniencia flaqueza de memoria histórica, supimos templar, con humildad pero sin doblegarnos, el espíritu de revitalización que hoy empezamos a culminar.

Mexicanos y españoles optamos por la tecnificación y el desarrollo. Empeñamos nuestro mejor esfuerzo en la actualización de nuestro utillaje y de nuestros conocimientos científicos.

El camino ha sido difícil, pero la aventura está dando sus frutos. Por etapas, pero sin pausa, el bienestar que nuestros pueblos buscaban y que están logrando, se va haciendo compatible con el espíritu de libertad que siempre ambicionaron.

El horizonte se abre ante el aldabonazo de nuestro esfuerzo y la persistencia en él será la fórmula para la consolidación del éxito. Importa, sin embargo, que en esta hora anunciadora de unos procesos que culminan, sepamos plantear nuestro mañana mutuo sin los egoísmos y la cicatería de muchos de los que nos precedieron en ese camino del desarrollo.

Como lo reclaman los más lúcidos espíritus que hoy meditan en nuestro idioma y como lo fórmula uno de vuestros intelectuales más singulares «debemos concebir modelos de desarrollo viables y menos inhumanos», capaces de ser compartidos por otras naciones, sobre todo por las que nos son más afines.

Como la misma voz nos advierte, analizando las consecuencias del modelo de desarrollo que hasta ahora se nos ha ofrecido como panacea, «la producción de bienes amenaza ser ya inferior a la producción de desechos».

El bienestar que nuestros pueblos exigen no debe pasar por el despilfarro, ni por el consumismo materialista, ni por la deshumanización de la existencia individual. Tenemos que idear modelos propios de desarrollo.

Grandes esperanzas ciframos, a este respecto, en México, señor presidente. Grandes ilusiones depositamos también en esa impresionante floración de escritores, artistas y pensadores que la América de nuestra área idiomática está ofreciendo hoy a la cultura universal.

Decisiva seguridad nos brinda, en fin, la contemplación de vuestras esencias populares, ejemplares en su fidelidad a sí mismas, a la espera permanente de ese gran proyecto vital que intuyen y que sólo aguarda su formulación intelectual.

México está llamado a cumplir un protagonismo de excepción en su esfuerzo patético de reencuentro con la solidaridad que hoy constituye la esperanza de la América hermana.

En un mundo vertebrado por la tecnología de las comunicaciones y los intercambios, la riqueza de recursos es un reto a la responsabilidad del propio desarrollo y, a la vez, un compromiso moral de ayuda honesta en respuesta a la llamada fraterna.

Como espectadores interesados y como hermanos que asumimos el mismo compromiso, quiero hacer pública nuestra confianza en ese destino mexicano, en su nueva proyección de universalidad y en la forma serena con que ha de saber cumplir con su originalidad de siempre.

Mexicanos y españoles, y todos los pueblos de nuestra lengua y de nuestra cultura, estamos llamados en esta hora a cumplir una gran aventura: la de crear una realidad nueva y una palabra inédita, capaz de expresar el sentido trascendental que nuestros pueblos tienen de la justicia, de la libertad y de la dignidad.

Antiguos mitos mexicanos e ibéricos, magistralmente descritos por ese gran intelectual que es el profesor López Portillo, están ante nosotros y esperan y piden nuestra respuesta, para despedirnos del siglo XX y entrar en el siglo XXI, de acuerdo con lo que este nivel histórico tan perentoriamente reclama.

Señor presidente, la Reina y yo os agradecemos vivamente esta calurosa bienvenida que hemos recibido. Habéis tenido la generosidad de incorporarnos a la celebración de este aniversario que lo es a la vez de la Revolución Mexicana y de todo cuanto de innovación y mejora ha supuesto ésta para el país.

Como vos lo llevasteis a España, con ocasión de vuestra recordada visita, a mi vez os traigo el fraternal saludo del pueblo español, cuya unión afectiva y profunda con el pueblo mexicano ha sido y es inquebrantable.

En esta festividad y en esta ocasión histórica, en que un Rey de España se encuentra por primera vez en tierra mexicana, permitidme que levante mi copa por la creciente grandeza de esta nación hermana, el acierto rotundo de vuestra acción de gobierno y la felicidad plena de cada uno de sus ciudadanos.

**PALABRAS DE SU MAJESTAD EL REY EN
LA CENA DE GALA OFRECIDA POR SU MAJESTAD EL REY
HASSAN II DE MARRUECOS**

Fez (Marruecos), 14 de junio de 1979

Majestad, el día 20 de agosto pasado, en vuestro discurso a la nación, dijisteis estas palabras: «El pueblo marroquí es el heredero de su historia».

Esa historia ha sido por mucho tiempo compartida con el pueblo español. Y en este momento solemne en que nos encontramos, no puedo evitar pensar que marroquíes y españoles somos hoy, más que nunca, herederos de nuestra historia común.

Imaginad por ello, Majestad, con qué profunda emoción pronuncio estas palabras, consciente, como estoy, del peso que la historia deposita sobre nuestros hombros.

Imaginad con qué hondos sentimientos he llegado a Marruecos, he escuchado vuestras palabras de amistad y he agradecido la acogida de exquisita cortesía que desde el primer instante nos habéis ofrecido a la Reina y a mí. No quería expresaros mi gratitud ante tan noble y amistosa hospitalidad sin hacer alusión a ésta, para mí conmovedora, circunstancia histórica que confiere a mi viaje un relieve trascendental.

Decir que considero un gran honor estar hoy aquí, en el corazón de Marruecos al lado de su Rey; decir que la Reina y yo nos sentimos felices rodeados de la calurosa y tradicional hospitalidad marroquí, no es cumplir con una formalidad protocolaria, es, simplemente, hacer honor a la verdad.

Y, sin embargo, no es decirlo todo.

A mí me parece, Majestad, que lo más importante que puede suceder en este momento es que Vos y yo y todos cuantos aquí nos encontramos, y los pueblos marroquí y español en su integridad, tengamos la conciencia viva de la ocasión trascendental de la que somos testigos: el encuentro de Marruecos y España, al cabo de los años, en la persona de sus Reyes y en paz.

Pocos países hay en el mundo cuyas interacciones recíprocas hayan sido tan hondas y prolongadas.

Con frecuencia se ha dicho que Marruecos y España se encuentran respectivamente en la interioridad misma de sus pueblos y de su más íntimo ser histórico, sin ninguna distancia que les aleje de la historia del país vecino. Yo suscribo esta afirmación, porque me parece que es la clave de la comprensión de nuestras relaciones a lo largo de la historia y de la misión que nos corresponde en el futuro.

¿Cómo no evocar en esta hora –aunque sólo fuera por el orgullo que ello debe producirnos a unos y a otros– la grandeza majestuosa de la Mezquita de Córdoba, la belleza de la Alhambra de Granada, el rumor de las fuentes del Generalife, la pureza geométrica de la Giralda de Sevilla, el despliegue poderoso de la Alcazaba de Almería y, en fin, tantas y tantas obras de arquitectura y de arte hispano-árabe como se alzan en mi país?

¿Cómo no pensar en aquel gran hispano-magrebí, Ibn-Jaldun, que estudió y trabajó en Fez y que un día había de ser embajador del Rey árabe de Granada ante la corte cristiana española para simbolizar así la íntima comunidad de España y el Magreb?

¿Cómo olvidar que España es el único país del mundo occidental cuya capital, Madrid, lleva un nombre de origen árabe?

¿Cómo ignorar los millares de palabras de vuestra lengua que enriquecen la nuestra y la música y tantas costumbres y formas de vida española como proceden de la cultura árabe?

¿Y cómo, en sentido inverso, no mencionar las tradiciones andaluzas de Tetuán, Fez o Rabat, y las innumerables familias marroquíes que llevan un apellido de origen andaluz o, en fin, toda la presencia de Al-Andalus en la intimidad de la historia de Marruecos, de sus ciudades y sus gentes a lo largo de los siglos?

¿Cómo no pensar que todo ese legado árabe nos vino principalmente a través de Marruecos y que la devolución a la cultura árabe de los frutos españoles pasó por Marruecos también principalmente?

¿Cómo no comprender, en fin, que, tal como Vuestra Majestad lo ha recordado más de una vez, el estrecho de Gibraltar no fue un foso marítimo, sino un puente constante entre nuestros pueblos?

España y Marruecos, que han vivido una historia tan llena de fecundas realizaciones, comparten también una misma área geográfica en el Mediterráneo occidental y en esa gran arteria estratégica que es el Estrecho.

Es preciso que la amistad y la cooperación entre nuestros dos pueblos sirvan de base a una creciente solidaridad entre los países ribereños de este mar, convirtiéndose así en un factor de estabilidad en la región y en la mejor garantía de que el Estrecho seguirá al servicio de la prosperidad y de la paz entre todos los pueblos.

Por eso, porque tenemos presentes los lazos históricos y geográficos que nos unen, estamos convencidos de que nuestro destino nos lleva a entendernos, a reafirmar una amistad clara y duradera y tejer un entramado de intereses comunes tan denso y extenso que dentro de él se resuelva pacíficamente cualquier problema que pueda surgir entre nosotros y, al mismo tiempo, prosperen las inmensas posibilidades de colaboración que se ofrecen a estos dos países nuestros que caminan juntos desde el comienzo de la Historia.

España comprende perfectamente, que, de sus tres fronteras, la del norte con Francia, la del oeste con Portugal y la del sur con Marruecos, es esta última la que le pone en comunicación no sólo con este país, sino en contacto inmediato con el mundo árabe y africano.

Queremos, en consecuencia, darle toda la importancia que merece y estamos persuadidos de la gran dinámica global que a partir de ella puede producirse.

El Gobierno español ha reiterado recientemente su vocación africana, respondiendo de nuevo a un mandato geográfico que adoptó a lo largo de los siglos muy diversas formas de expresión y que ahora sólo puede tener a forma de un propósito de amistad y cooperación entre iguales, dentro del respeto de cada uno.

Queremos que si se ha de ejecutar en nuestros días ese mandato y poner en marcha esa cooperación deberá, por razones obvias, empezar por Marruecos, pues si no estaríamos creando ya inicialmente un vacío en nuestro propósito de atender a África, vivir con África, cooperar con África.

Y lo estaríamos creando en aquel país que, de todos los africanos, fue el primero con el que convivimos históricamente y el que más profunda huella dejó en nuestra propia existencia.

Me complace expresar estas ideas, que creo necesarias y saludables, ante un descendiente directo del gran alauita el Sultán Sidi Mohamed ben Abdallah.

Vuestro antepasado, Majestad, es una figura simbólica para nosotros los españoles y para mí en particular.

No puedo olvidar que también es un antepasado mío directo el Rey de España Don Carlos III de Borbón y que entre los dos Soberanos, y en una época en que ambos países hacían un esfuerzo de progreso y desarrollo y de la comunicación con el exterior, se firmó un gran acuerdo de paz, amistad y comercio, el Tratado de 28 de mayo de 1767.

Este Tratado se negoció en una época en que predominaba el espíritu de la apertura y comunicación de los hombres y de los pueblos; el intento de una comprensión más global del mundo y de unos conocimientos más completos y precisos sobre la realidad internacional.

Ello nos debe hacer pensar en el presente y el porvenir.

Marruecos y España se encuentran a caballo sobre dos mares que bañan las costas de Europa y África, en el medio del camino más corto entre ambos continentes, en el punto en que se tocan dos mundos: el mundo desarrollado de la Europa occidental y el mundo en vías de desarrollo del continente africano.

Toda una gran política económica de envergadura global, la de la relación norte-sur, puede pasar por nosotros y encontrar en la cooperación bilateral marrueco-española su campo de ensayo más fácil, tanto por los factores económicos en juego en ambos países como por los elementos humanos y la proximidad geográfica que les unen.

Es preciso que Marruecos y España sean plenamente conscientes de las posibilidades que derivan de ser la bisagra sobre la que giran los dos continentes unidos, más que separados, por el Mediterráneo.

España está decidida a potenciar esa posición geográfica y esos lazos históricos que la vinculan al pasado y al presente de los países árabes, para llevar a Europa la preocupación por sus inquietudes y sus problemas, y hacer valer allí sus intereses y sus aspiraciones dando así al diálogo euro-árabe una nueva y más profunda dimensión.

Pensándolo así, de nuevo me pregunto: ¿Cómo podrían Marruecos y España ignorarse y negarse a una política bilateral franca y abierta que no sólo les liga a ellos dos, sino que pone en comunicación a dos continentes y cumple la misión de puerta o pasillo entre las más alejadas tierras escandinavas de la Europa del norte con las profundidades del África negra?

Con estos pensamientos en mi ánimo quiero terminar haciendo una exhortación amistosa a marroquíes y españoles.

Es necesario que nos conozcamos mejor; casi me atrevo a decir que nos conozcamos, simplemente, tanta es la ignorancia recíproca que nos caracteriza.

Limpiemos nuestras visiones mutuas de imágenes falsas, de ideas preconcebidas y de simplificaciones que a veces reducen nuestros conocimientos recíprocos a burdos clichés. Invito a marroquíes y españoles al estudio de nuestra historia en común y a la reflexión serena y profunda sobre la personalidad de cada uno y los avatares que la han ido formando, procurando que las emociones y sentimientos procedentes de épocas cercanas o de deformaciones históricas no enturbien nuestro juicio.

Propongo que el «hispanismo» o el «arabismo» no sean patrimonio de unos pocos, rincón para especialistas o casi ciencia exótica, sino conocimiento general de dos vecinos que han vivido toda la historia juntos y a los que la ignorancia parece hacer alejar, a veces excesivamente.

Pensemos que en nuestros archivos y bibliotecas se encuentra parte de la historia de cada uno de nuestros países, acaso inédita en algunos capítulos, y que en el conocimiento de nuestros idiomas respectivos reside una parte de la posibilidad de entendernos más a fondo.

He recordado antes cuánto la lengua árabe enriqueció la española y me permito ahora decir que Marruecos y en especial la zona norte es una de las áreas naturales de conocimiento del español en el mundo por razones obvias que ya nadie puede borrar.

Con un entendimiento recíproco como el que acabo de esbozar, España y Marruecos habrán contribuido no sólo a consolidar su amistad particular, a estrechar las relaciones de mi país con el mundo árabe y a la cooperación inteligente y pacífica de España con todo el continente africano, sino muy especialmente a hacer posible la mejor comprensión de los problemas del África del norte, esa región vital del mundo.

Es región vital cuya paz, estabilidad y entendimiento justo y duradero considero imprescindible y urgente para la paz mundial; entendimiento que pasa necesariamente por la amistad y paz entre cada uno de sus miembros, pues de otra manera se encontraría gravada por una hipoteca que haría imposible la abierta paz entre los dos.

Y ahora, Majestad, querido hermano, dejadme de nuevo agradecer en nombre de la Reina y en el mío propio, en nombre del Gobierno y del pueblo español, la noble hospitalidad que nos habéis ofrecido y las palabras de amistad que nos habéis dirigido. En respuesta a ello, permitidme expresar mi admiración por este pueblo de Marruecos que bajo vuestra sabia y prudente guía avanza en su desarrollo y prosperidad, así como mis votos fervientes de progreso y bienestar para todos los marroquíes y de salud y felicidad para Vos mismo y para vuestra familia, y la que Dios quiera siempre proteger. Y la paz.

**PALABRAS DE SU MAJESTAD EL REY
A LA ASAMBLEA PARLAMENTARIA
DEL CONSEJO DE EUROPA**

Estrasburgo (Francia), 8 de octubre de 1979

Señor presidente, señoras y señores parlamentarios, quisiera en primer lugar, agradecer a la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa y a sus órganos rectores, su amable invitación a tomar la palabra ante ustedes. Es para mí motivo de especial satisfacción encontrarme hoy en Estrasburgo y dirigirme a la más antigua y representativa de las instituciones europeas, en el año en que se celebra el trigésimo aniversario de su fundación.

Treinta años de ilusiones y frustraciones, de avances y estancamientos, pero en todo caso de labor infatigable en favor de una unión entre los pueblos europeos, esfuerzo mediante el cual el Consejo de Europa ha respondido positivamente a las esperanzas formuladas en el mensaje a los europeos.

Al saludar a esta Asamblea, no puedo olvidar el papel decisivo que desempeñó en la adhesión de España al Consejo de Europa, con una actitud que en cierto modo rebasó moldes formales y temporales para hacer prevalecer la fe y la esperanza en el proceso de transición a la democracia en España.

En efecto, con una cierta anticipación que tanto hemos sabido apreciar los españoles, la Asamblea se apresuró a otorgar su plena confianza a los legítimos representantes del pueblo español, tan pronto como éste se hizo libremente dueño de sus propios destinos.

Pero más allá del caso concreto de mi patria, quiero aquí rendir homenaje a la contribución esencial aportada por esta Asamblea, tanto a la realización de la idea de la unidad europea como a la promoción de los valores consustanciales a nuestra civilización y, en particular, la libertad, la dignidad y los derechos fundamentales de la persona, base del orden político y de la paz social.

En efecto, de 1949 a 1979, no se ha producido acontecimiento significativo, ni abierto camino a una esperanza razonablemente válida, que no haya recibido contribución efectiva, o no haya tenido eco profundo –cuando no la iniciativa– en esta Asamblea.

Señor presidente, la unidad de Europa, de los europeos, es una realidad que preexiste a los proyectos de unión europea. A todo lo largo de nuestra accidentada historia, los europeos hemos tenido conciencia de este hecho. Esa interpretación de la sociedad europea es la que hace que Francisco de Vitoria estudie en París y Juan Luis Vives profese en Lovaina y Oxford, en tanto que el Greco pinta en Toledo y Doménico Scarlatti compone en Madrid, por citar sólo algunos ejemplos que atañen a mi país.

El hecho europeo sustenta un proyecto europeo, una empresa europea. A ello responden las organizaciones europeas y a ello se aplica la decana de las mismas, el Consejo de Europa, perfectamente consciente de que, como dijera Robert Schuman, *«L'Europe, avant d'être une alliance militaire ou une entité économique, doit être une communauté culturelle»*.

¿Cuáles son los elementos que configuran esa identidad de los hombres europeos?

De entre todos los que se han propuesto, me gustaría hacer hincapié en tres, porque pienso que también caracterizan la acción del Consejo de Europa y deberían seguir inspirando todos sus pasos: el humanismo, la diversidad y la universalidad.

Si hay una idea-fuerza en la civilización europea, ésta es la primacía de los valores de la persona humana, de todo hombre y de cada hombre. El mejor ejemplo de esta idea y, a la vez, la más notable contribución del Consejo de Europa, lo constituye el Convenio Europeo de Protección de los Derechos Humanos y Libertades Fundamentales, que establece un sistema internacional de garantías inigualado hasta el momento y al que España acaba de incorporarse al depositar, hace pocos días, el correspondiente instrumento de ratificación.

Aunque todos podemos sentirnos satisfechos de los logros alcanzados, también nos sentimos todos estimulados a profundizar en los mismos. Esta Asamblea, que tan importante y dinámico papel desempeñó en la adopción del Convenio Europeo de Derechos Humanos, es particularmente sensible a la necesidad de ampliar el catálogo de derechos protegidos, incorporando los derechos económicos, sociales y culturales, abriendo camino a nuevas dimensiones y fronteras de los derechos humanos.

Así, tras la importante Declaración adoptada por el Comité de Ministros, el 27 de abril de 1978, la Asamblea Parlamentaria adoptó la

Recomendación 838, relativa a la ampliación del ámbito de aplicación de la convención europea de derechos humanos, cuya relevancia es innegable.

Por otra parte, es un hecho notorio que la Comisión de las Comunidades Europeas ha formulado la propuesta de que éstas, en cuanto tales, se adhieran al Convenio Europeo de Derechos Humanos, propuesta que es, a la vez, una clara muestra de la vitalidad de la obra cumbre del Consejo de Europa y un importante paso en la progresiva realización de la mejor aportación europea a la historia humana: la dignidad y la libertad del hombre.

Al referirme a la dedicación del Consejo de Europa al hombre, a sus derechos y libertades fundamentales, quisiera evocar algunos aspectos de dicha dedicación: en primer lugar, su acción en favor de la mejora continua del entorno y de la calidad de vida. En segundo lugar, sus esfuerzos en favor, de los trabajadores migrantes y sus familias, respecto de quienes siempre será poco todo lo que se haga. En tercer lugar, su honda preocupación por la juventud, a fin de ilusionar a los jóvenes europeos en la tarea de construir Europa.

Este último aspecto es esencial. El Consejo de Europa no ha olvidado en ningún momento la necesidad de preocuparse por el hombre europeo del mañana, y de hacer participar a la juventud en una noble tarea, propia de varias generaciones. Por ello, ha establecido el Fondo Europeo de la Juventud y el Centro Europeo de la Juventud, en los que ya participan activamente jóvenes españoles y sus organizaciones propias.

No menos definitoria del ser de Europa es su pluralismo, su diversidad.

La vocación europea es el unir e integrar a los pueblos europeos según su verdadero genio, que es el de la diversidad, a fin de abrir al mundo el camino que busca: el de las libertades organizadas.

Es ésta una idea que expresaron las Comunidades Europeas en su documento sobre la identidad europea, al decir que la diversidad de culturas dentro del marco de una civilización común, la profesión de unos mismos valores y la determinación de construir una unidad en la diversidad, es lo que da a la entidad europea su originalidad y su dinamismo propio.

No es incompatible, antes al contrario, con la preservación de la diversidad, que el Consejo de Europa se preocupe cada vez más de las graves amenazas que presentan los desequilibrios territoriales en el desarrollo

económico, que contraponen una Europa del norte y una Europa del sur, una Europa del centro y una Europa de la periferia.

Un proceso de armónica construcción europea exige que se ataque resueltamente este problema, y para ello esta Asamblea Parlamentaria ha servido de conciencia y estímulo, alentando los esfuerzos de los gobiernos y de las demás instituciones europeas.

Europa no sería verdaderamente Europa sin su proyección universal. Por eso la construcción europea no puede ser una obra provinciana, encerrada en sí misma. Ha de estar, por el contrario, bien atenta a las transformaciones del mundo moderno, caracterizado, entre otras cosas, por la globalización de las relaciones sociales y problemas con que se enfrenta la humanidad.

Construyamos Europa –decía nuestro compatriota Salvador de Madariaga– no sólo como un mercado común, sino también como una gran familia humana y respetemos este principio intacto en todas nuestras instituciones.

Esta preocupación universal que animaba ya a los fundadores del Consejo de Europa, sigue estando presente en sus trabajos, especialmente en esta Asamblea Parlamentaria, siempre alerta a los nuevos retos de la ciencia y la técnica y al mapa cambiante de las relaciones internacionales.

El espíritu europeo es el de diálogo. Y no os sorprenderá que, viniendo de España, insista sobre todo en un aspecto de ese diálogo global que nos es particularmente querido: me refiero a la necesidad histórica de un diálogo entre Europa y América.

El ejemplo del Consejo de Europa ha significado ya mucho para los países americanos, como lo demuestra la Convención de San José de Costa Rica sobre derechos humanos.

Pero también tenemos cosas que recibir, porque todo auténtico diálogo tiene que ser un camino de doble dirección. Estad seguros de que, para desarrollar y hacer fructificar esa comunicación, sólo encontraréis por parte española aliento, apoyo y entusiasmo.

Señor presidente, se ha dicho que España se ve en Europa y nada más natural, pues si humanismo, diversidad y universalidad son notas definitorias de Europa, también lo son, y en alto grado, de mi país, España, cuya vocación europea es bien patente.

Mucho falta por hacer en la construcción de Europa. Nos queda aún un largo camino por recorrer, lleno de obstáculos y encrucijadas. Lo importante es la decisión de haberlo emprendido y de hacerlo todos juntos, pues no hay dificultad que no podamos salvar con determinación e imaginación.

Y con el hombre como punto de partida y como meta. Como dijera el vasco, español, europeo y universal, Miguel de Unamuno: «El fin de la historia y de la humanidad somos los sendos hombres, cada hombre, cada individuo... Y esto de que el individuo sea el fin del universo, lo sentimos muy bien nosotros los españoles.»

Muchas gracias, señor presidente, señoras y señores parlamentarios.

**PALABRAS DE SU MAJESTAD EL REY
A LA COMUNIDAD DE EUROPEOS AL RECIBIR
EL PREMIO CARLOMAGNO**

Aquisgrán (Alemania), 20 de mayo de 1982

Excelentísimo señor presidente de la República Federal de Alemania, excelentísimo señor canciller, excelentísimo señor primer alcalde de Aquisgrán, excelencias, señoras y señores, quiero ante todo agradecer muy sinceramente las elogiosas palabras que me han dedicado, tanto el primer alcalde de esta histórica ciudad como el canciller de la República Federal y el actual presidente del Consejo de Ministros de las Comunidades Europeas y ministro de Negocios Extranjeros del Reino de Bélgica.

Me siento realmente conmovido, porque su amabilidad incrementa aún más el honor que hoy se me concede. Gran honor es para mí, en efecto, un Rey europeo, recibir el Premio Carlomagno instituido en recuerdo del primer soberano que soñó con ser emperador de Europa.

Egregias personalidades me han precedido en esta distinción: Alcide de Gasperi, Jean Monnet, Konrad Adenauer, Winston Churchill, Robert Schuman, entre otros muchos, han sido honrados y a su vez honran a este Premio Carlomagno. Todos ellos supieron dedicar lo mejor de su voluntad y lo más fecundo de su pensamiento a la obra común de la creación de una Europa unida.

Europa nace como realidad histórica a consecuencia de uno de los hechos más trascendentales de la Edad Media: la división de la cuenca mediterránea, origen de la cultura antigua, por las invasiones islámicas del siglo VII y comienzos del VIII. El Mediterráneo deja de ser el *Mare Nostrum*; va a ser el mar de los cristianos y el mar de los musulmanes. La orilla cristiana queda aislada de lo que había sido el África helenizada, romanizada, cristianizada de los Ptolomeos o de Filón o de San Agustín. Y como su *hinterland* surge Europa.

Esa Europa incipiente, naciente, va a ser a un tiempo románica y germánica. La Romania fragmentada por las invasiones se va articulando con una Germania que se va incorporando a una historia común.

El gran sueño político es, durante siglos, la restauración del imperio romano, con un explícito elemento germánico y, por supuesto, cristiano: el

Sacro Imperio Romano Germánico. Pero, en realidad, lo que se está creando es otra cosa: Europa.

El año 800, por obra del gran Carlos, empieza a germinar aquí, en esta ilustre ciudad, esa comunidad europea tantas veces escindida y en lucha, siempre renacida.

«*L'Europe n'est qu'une nation composée de plusieurs*», dirá Montesquieu un día; Balzac hablará de «*la grande famille continentale, dont tous les efforts tendent à je ne sais quel mystère de civilisation*»; y el español Antonio de Capmany decía en 1773, que «toda la Europa es una escuela general de civilización».

Es aquí precisamente donde recibo el Premio Carlomagno, en esta vieja ciudad tan europea que tiene nombre en casi todas nuestras lenguas: Aquisgranum fue su nombre latino, conservado tan de cerca en el español Aquisgrán y en el italiano Aquisgrana; Aix-la-Chapelle para franceses e ingleses; Aachen para los alemanes; Aken para los holandeses.

Para mí, como Rey de España, tiene singular emoción el ser honrado en Aquisgrán, en el lugar en que fue coronado emperador, en 1520, mi antepasado y antecesor en la Corona de España, Carlos I, a quien por esa dignidad se conoció después como Carlos V.

Al dar las más profundas gracias por el honor que me habéis hecho, al designarme para recibir este Premio que lleva el nombre de tan remoto fundador de Europa, permitidme asociar a él el de mi lejano abuelo, artífice también de la construcción de esta gran comunidad de pueblos, que contribuyó de modo tan extraordinario a la proyección y dilatación de Europa más allá de los océanos, a la creación histórica y política del occidente. El nombre de aquel otro Carlos en cuyo reinado el hombre tomó posesión física de la redondez del planeta, cuando Elcano lo circunnavegó por primera vez en la historia.

Los países de Europa han nacido como partes de un conjunto más importante que cada uno de ellos, sobre un suelo nutricio del que ha derivado lo común de su sustancia.

Por debajo de la fragmentación, de los intereses particulares, las rivalidades y la lucha por el poder, los elementos europeos han actuado como un factor de unidad y convergencia: la herencia cristiana, el recuerdo de Roma, con su unidad, su lengua universal, convertida en vehículo de la cultura y la liturgia, el derecho romano y el sentido de la autoridad más allá

de la fuerza; los impulsos de libertad individual y lealtad personal, aportación germánica a la Edad Media.

Desde esos principios, Europa ha dialogado durante siglos, a veces en paz, otras en combate, con el Islam, y ha llevado dentro de sí, no sólo la tradición judaica del cristianismo, sino la presencia de un fermento judío estimulante, unas veces aceptado como enriquecedor y otras rechazado.

Y a esa Europa latinizada se ha ido integrando la otra, griega y bizantina, incorporada principalmente por los pueblos eslavos, que tantas veces se ha segregado del resto, por cismas teológicos o políticos, pero que todo verdadero europeo considera irrenunciable.

Las monarquías han sido a lo largo de la historia europea un factor de unidad. No solamente han superado la atomización de los minúsculos poderes, sino que han establecido relaciones personales entre los pueblos, representados por sus reyes.

Y los matrimonios entre los miembros de las familias reinantes han establecido vínculos entre países divididos por la lengua, la raza o las costumbres, han tendido puentes entre las diversidades; han ido reforzando la conciencia de unidad, de pertenencia a una realidad común.

Las monarquías de Europa han sido artífices de la constitución de «*ces grands corps que sont les nations*», como decía Descartes, el avanzado intelectual de la Europa moderna; y, si se mira bien, han refrenado y limitado el espíritu devastador e insolidario del nacionalismo.

La nación española se fue constituyendo mediante un sistema de sucesivas incorporaciones creadoras de los reinos, principados o condados medievales, en que todos los reyes españoles habían llegado a ser de la misma familia, de manera que, desde muy pronto, no hubo relaciones de extranjería entre ellos. Y esto explica el hecho admirable, y pocas veces señalado, de que los reinos cristianos de la España medieval combatieron entre sí incomparablemente menos que las partes de las demás naciones actuales de Europa.

La gran empresa española, la Reconquista, daba un sentido de fraternidad a los cristianos y hacía que sus energías se dirigieran casi exclusivamente en lo belicoso a la recuperación de lo que se llamó «la España perdida».

Esto explica la constitución de España como nación moderna en fecha tan temprana, casi medio siglo antes de la coronación de Carlos V en

Aquisgrán. Cuando esto ocurre, España lleva ya una larga historia nacional y ha realizado una segunda innovación política e histórica: la supernación como comunidad de pueblos, eso que ahora anda buscando la humanidad para superar sus problemas más agudos y evitar los mayores peligros.

La Monarquía española fue pronto la «Monarquía hispánica», integrada por diversos países en ambos hemisferios, bajo la misma Corona: la primera realización efectiva de occidente.

De este modo se creó una comunidad de pueblos hispánicos que perdura más allá de los vínculos políticos como unidad de lengua, de cultura, de tradiciones y costumbres.

Es lo que ha hecho del español una lengua universal en la que conviven creadoramente trescientos millones de personas de muy diversos países y razas; una lengua en la cual tienen una patria espiritual y encuentran un milenio de literatura propia y de pasado histórico común. ¿Se entendería de otro modo que Carlos V antepusiera el ser Rey de España a toda otra dignidad, incluso a la imperial que aquí recibió?

Hace seis años que tengo sobre mí el honor y la responsabilidad de llevar ese mismo título de Carlos I. He sentido mi deber de fidelidad a esta tradición. He creído que mi obligación como Rey de España era restablecer plenamente la unidad, la libertad, la concordia de todos los españoles.

En el siglo XX, esto no puede hacerse más que democráticamente y he tenido interés en impulsar el proyecto constitucional de España, que había de dar una ordenación jurídica a nuestra vida pública y señalar mi puesto de servicio a mi patria.

Puedo decir con satisfacción que, sin rupturas ni discordias, sin exclusiones ni venganzas, se ha establecido en brevísimo tiempo un orden de libertad, convivencia y diálogo, de autoridad legítima, de afirmación del pluralismo, que permite avanzar en el camino de la justicia.

Hoy me siento orgulloso de ser Rey de España: el honor de ser el primer servidor de mi país me compensa de los trabajos, las preocupaciones o los riesgos que esa magistratura lleva consigo.

España, sin comprometer una paz que estima más que ninguna otra cosa después de haber experimentado en su carne el dolor de la discordia y de la guerra, ha superado la tentación del inmovilismo y avanza hacia grandes empresas: el desarrollo de su personalidad histórica, la conservación

de sus fecundas diferencias, el incremento de la libertad, la consecución de una mayor justicia, la dilatación de una cultura que tanto ha contribuido a la formación de Europa y de todo occidente.

España no puede hacer esto más que como nación europea. Lo ha sido siempre, ha estado hecha de sustancia europea desde su nacimiento. Se ha dicho que los demás países europeos son europeos porque simplemente lo son y no pueden ser otra cosa, pero que España, invadida a comienzos del siglo VIII por los musulmanes, es europea porque, contra toda aparente razón, quiso serlo y no perdió su condición latina y cristiana como otros pueblos que también la poseían. España ha estado presente en todas las empresas de Europa y se propone seguir estándolo.

Y no olvidemos que ahora se trata de construir entre todos, más allá de la unidad, de la ya antigua unidad de Europa, su unión.

En esa empresa, España ha sido también adelantada. Dos de los más grandes espíritus de la España actual, José Ortega y Gasset y Salvador de Madariaga –que también fue galardonado con el Premio Carlomagno–, han sido defensores inteligentes y entusiastas de la unión europea. Ese gran libro que se llama *La rebelión de las masas* proponía, en 1930, como única solución de los problemas europeos, la unión de Europa, la supernación que había que inventar, los Estados Unidos de Europa. Y este impulso no se ha extinguido nunca en mi patria.

Pero hay algo más que tengo que recordar ante vosotros: España, nación, radicalmente europea, no es sólo europea, es transeuropea, está proyectada, desde su mismo nacimiento, como nación moderna, más allá de nuestro continente: es una nación hispánica, uno de los miembros –ciertamente el más antiguo, el originario– de una comunidad de naciones hispánicas independientes.

¿Disminuye eso su condición europea? Al contrario, la fuerza, porque Europa es transeuropea, ha consistido siempre en ir más allá de sí misma, en irradiar, en verterse hacia otros pueblos.

Una Europa cerrada, egoísta, desdeñosa de los demás, sería ciertamente menos europea.

Al ser fiel a su condición hispánica, al referirse constantemente a los pueblos de lengua española al otro lado del Atlántico, incluso a las comunidades que conservan esa lengua en otros continentes, España no disminuye su europeidad, sino que la afirma y realiza creadoramente.

Así entiende hoy España, y personalmente su Rey, sus deberes históricos. Mantenimiento de la paz y la convivencia dentro del país y contribución a afianzarlas en el mundo entero. Incremento de la libertad para los hombres, los grupos sociales, las comunidades autónomas y, fuera de nuestras fronteras, para los diversos países que con ningún pretexto deben ser violentados, dominados o invadidos.

Potenciación de la unidad, no de manera abstracta y homogénea, sino mediante la articulación de las partes que componen realmente un mundo riquísimo, complejo y diverso.

Aumento de la riqueza mediante la cooperación internacional inteligente, sin que se pueda usar de los recursos naturales como armas al servicio de la extorsión, como instrumentos de dominación o explotación.

Avance, hasta donde la realidad lo permita en cada momento, hacia la justicia y la participación creciente en los bienes que posee la humanidad.

Estas serían las líneas generales del programa histórico de España en esta hora.

Podría resumirlo todo en una sola palabra: amistad. Por primera vez en mucho tiempo, creemos que los españoles pueden sentirse, sin restricciones, amigos.

En el campo internacional, España desea no ver otra cosa que amigos y colaboradores en el mundo entero.

España no tiene rencores, ni deseos de revancha, ni envidias, ni más ambición que la de su propia perfección mediante el esfuerzo de sus hombres y mujeres. Quiere colaborar e integrarse con plena dignidad, con la máxima eficacia, en las grandes empresas complementarias y mutuamente necesarias de nuestro tiempo: la empresa occidental, la empresa europea y la empresa hispánica.

Y, desde esas grandes unidades, la aproximación hacia el ideal de un mundo en que los hombres todos, sin perder sus caracteres propios, sin confundirse, vivan juntos, fraternalmente, en paz.

Si en algo contribuyo durante mi reinado a que esto sea así, al final de él creeré que he merecido el Premio Carlomagno. Por habérmelo anticipado hoy, os doy otra vez rendidamente las gracias.

**PALABRAS DE SU MAJESTAD EL REY
A LA COMUNIDAD HISPANOAMERICANA AL RECIBIR
EL PREMIO SIMÓN BOLÍVAR**

Caracas (Venezuela), 24 de julio de 1983

Con la misma emoción y respeto que esta misma mañana deposité mi ofrenda ante el Panteón de Simón Bolívar, acepto hoy de vuestras manos el premio internacional que lleva el nombre del Libertador.

Quiero comenzar expresando mi especial satisfacción por el alto significado de solidaridad que encierra el haber unido, bajo el símbolo bolivariano de este primer Premio Internacional a quien, prisionero, asume el dolor de un enorme sector de la humanidad que clama por la libertad y la justicia, y al que ha heredado la gloria, la responsabilidad y el riesgo de iniciar la nueva andadura de un país como España, encrucijada de tres civilizaciones.

Al testimoniaros mi agradecimiento por este Premio, señor presidente de Venezuela, señor director general de la UNESCO, quiero también hacerlo extensivo al ilustre Jurado que lo propuso.

Y lo extiendo asimismo al amplio y plural grupo de gobiernos, de instituciones y personalidades que –más en homenaje a España y al pueblo español que a mi persona– ha respondido a los sentimientos íntimos y profundos de ese mismo pueblo, suscitando y apoyando la simbólica asociación de la Corona con el nombre de Simón Bolívar.

Culminan hoy, sin agotarse, las ceremonias y solemnidades que han marcado a este año como el del bicentenario del nacimiento del Prócer, personificación de todas las ansias de libertad y justicia de este continente, compendio hoy en el suyo de todos los nombres de los demás libertadores, de los demás luchadores americanos. Se consagra así el reconocimiento del alcance universal de su obra y de su personalidad.

Con el recogimiento que exige esta ocasión y la serenidad de quien recibe una distinción en que se decantan doscientos años de esperanzas y frustraciones, aparentemente distantes pero paralela e íntimamente compartidas, quisiera poder contribuir a tomar conciencia de lo que el nombre de Simón Bolívar evoca, no sólo como símbolo universal, sino también como ejemplo humano.

Todo español que viene a América –dije en una ocasión para mí memorable– siente que en ella encuentra sus raíces. Todo español, por ello, tiende a reconocer, en los grandes hombres que la representan, el espíritu de la stirpe. Un espíritu basado, más que en identidades o diferencias de raza, en tareas comunes y siglos de convivencia.

Simón Bolívar es para nosotros, ante todo, la figura que resume con carácter egregio lo más positivo de aquellos forjadores de nuestra historia común.

No es difícil descubrir la solidaridad con aquella historia, la conciencia americana y española presente en los grandes movimientos de emancipación.

Muy vivamente lo expresaban en 1811 los firmantes del Acta Solemne de Independencia de la Confederación Americana de Venezuela, al señalar, como uno de sus fundamentos, los agravios causados «a todos los descendientes de los descubridores, conquistadores y pobladores de estos países, hechos de peor condición por la misma razón que debía favorecerlos».

Por ello, al recordar al hombre Bolívar, enraizado en su pasado español, pudo decir Miguel de Unamuno que el alma de Bolívar «era de todos, que creó patrias y que, enriqueciendo el alma española, enriqueció el alma de toda la humanidad».

Profundamente instalado en la realidad de su tiempo, en el que se desploman las estructuras del antiguo régimen y con él la fecunda utopía de la Monarquía hispánica, comulgará en lo esencial Simón Bolívar con las ideas que animaron a gran parte de sus contemporáneos, algunos de ellos adversarios en el campo de batalla, mientras se trataba, también en la península, de constituir una sociedad nueva, manteniendo vivo y más libre el cuerpo de las dos Españas.

El precursor, Francisco de Miranda, saludó a la Constitución de Cádiz como «el más importante monumento jamás dado por la metrópoli en beneficio del continente americano». Pensaba, en efecto, que ofrecía la posibilidad de que «un acuerdo pacífico reconciliase a americanos y españoles para que en lo sucesivo formasen una sola sociedad, una sola familia y un solo interés».

El admirable esfuerzo de aquellas Cortes de 1812, refrendado por cuarenta y nueve diputados americanos de todas las latitudes y orígenes y entre cuyos nombres peninsulares y criollos aparece la firma del peruano

Dionisio Inca Yupanqui, inspiró muchos de nuestros textos fundamentales y vivifica hoy todavía con su savia la Constitución española de 1978.

Tampoco Bolívar es historia pasada.

Un examen de conciencia colectivo nos obliga a descifrar el mensaje permanente para el futuro, que su vida, tan breve, y su obra, altísima e inacabada, ofrece a los hombres de hoy.

La extraordinaria originalidad del pensamiento bolivariano, y en la que posiblemente radica el secreto de su fuerza movilizadora, es la conjugación del espíritu de libertad y de la idea nacional, incipiente todavía en Europa e inexpressada en el continente americano.

Un paso más, en el que se combinan su intuición y su realismo, a pesar de la apariencia utópica del proyecto, le lleva a la concepción de la patria grande.

Este es el sentido que contiene la Carta de Jamaica, de la que hoy también España se siente destinataria.

Se trata, nada menos, que de la libertad en la unión, que, en palabras del propio Simón Bolívar, «no nos vendrá por prodigios divinos sino por efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos».

Importante es también el sentimiento de la justicia que subyace en toda la obra y la vida del Libertador, no sólo cristalizada en proyectos y realizaciones constitucionales, como los de Colombia y Bolivia, en los que se articulan las instituciones heredadas sobre nuevas bases fundadoras de un Estado de derecho, sino también en el espíritu que anima a sus disposiciones para el reparto de tierras entre los campesinos, las medidas contra la usurpación de derechos y caudales del Estado y la tenacidad en garantizar los derechos de todos a la educación, como base esencial de la convivencia ciudadana y de la paz social.

Fue esta paz en la libertad y la justicia la que persiguió denodadamente el Libertador.

«Hizo la guerra» como Unamuno recordaba al comparar a Bolívar con don Quijote, «para fundar la única paz durable y valedera: la paz de la libertad».

Propugnó así, en Angostura, como pieza esencial de un nuevo e ideal orden constitucional, la instauración de un poder moral compuesto de dos cámaras: la de educación y la de moral, cuya finalidad última era justamente la de situar en un plano prioritario de las acciones del Estado, aquellas tendentes a la perfección moral y a la instauración de la paz en el derecho.

Nos legó también Bolívar, insisto, un ejemplo como hombre, al poner enteramente su persona al servicio de su obra. Fue un hombre entera y radicalmente honesto y, como destacaba otro americano, José Martí, «después de defender, sobre todo, el derecho de América a ser libre, murió del pesar del corazón más que del mal del cuerpo: murió pobre y dejó una familia de pueblos».

Al asumir íntegramente hoy el legado de la historia común, comprometo también mi fidelidad a ese mensaje de libertad, justicia y paz en la mente de los hombres y en la vida de los pueblos que nos legara Bolívar. Primero, a los hombres y países que componen esa comunidad a uno y otro lado del Atlántico y, por extensión, a toda la humanidad.

Si sabemos ser fieles a tal legado, será éste un feliz, gozoso y prometedor reencuentro.

Nuestro futuro, en que tantas cosas podremos hacer juntos, no se apoya ni en la nostalgia ni en el rechazo del pasado, sino en una profunda solidaridad con los pueblos de este continente, que nos hace vivir muy de cerca sus problemas más acuciantes, sean los de su independencia política y económica, los de su desarrollo o los derivados de sus ansias de una mayor justicia social. Pero, como he dicho ya alguna vez, la historia es siempre universal y la historia siempre es futuro.

Las diferencias de intereses y criterios que afectan tanto a los pueblos como a los hombres, sólo se pueden unificar en la esperanza. Desde la variedad de los pueblos de España, desde el respeto a la complejidad de esta América que tan claramente supo percibir Simón Bolívar, yo os quiero decir que España, los españoles y su Rey, estamos con vosotros en esa esperanza.

Complejos y diversos son nuestros problemas.

Dentro del propio continente, y sobre un origen común, sobre una lengua y una cultura comunes, compartidas por España, se combinan las más

diversas situaciones como círculos diversos, unas veces concéntricos, otras tangentes, que componen una espléndida rosa, complicada, conflictiva, pero prometedora.

Lo han dicho autorizadas voces americanas: estamos llamados, como grupo de países, a desempeñar un papel de mediadores en la sociedad universal entre el norte o centro industrializado y el sur o periferia, rico en recursos pero trabado en compromisos y en tensiones, ya sean surgidas en el propio seno de nuestras sociedades o provocadas desde fuera.

Gran parte de los habitantes de nuestro planeta vive sacrificada por los inexorables mecanismos de la economía a niveles de vida, de miseria material y de degradación de su condición humana.

Todos esperamos que algún servicio pueda prestar a la transformación de esa realidad, no sólo la puesta en marcha del potencial humano y la movilización de los recursos económicos de nuestra comunidad, sino también el sople espiritual que inspiró al Libertador y a la obra que se inició hace poco menos de quinientos años, alumbradora con dolores y gozos de un nuevo mestizaje y de la esperanzadora empresa que es Iberoamérica.

No creo que nuestra comunidad pueda estar ajena a lo que ocurre, no ya dentro de su seno, sino en el amplio y vecino mundo.

«Hay otro equilibrio que nos importa a nosotros –dijo Bolívar–. El equilibrio del universo. Esta lucha, la lucha por la libertad, no puede ser parcial de ningún modo, porque en ella se cruzan intereses esparcidos por todo el mundo».

La libertad, como ha dicho Su Santidad el Papa Juan Pablo II, «se mantiene como una lucha y se paga con todo el ser». Sólo podemos encontrar nuestra libertad en la libertad de los otros.

No puede llamarse libre quien fundamente su libertad sobre la opresión de los demás.

Por eso, a la vez que reitero mi satisfacción, reitero hoy la decisión de España, de su Rey y de su gobierno, de continuar prestando destacada atención a los problemas de África, y de apoyar activamente las justas causas africanas en todos los foros y muy especialmente la libertad total del Continente y la lucha contra el *apartheid*, que el pueblo español rechaza como un agravio a la dignidad del hombre.

«Donde duerme Bolívar cabe un mundo», escribió el político español Emilio Castelar.

Ojalá quepa un mundo también en los ideales de paz, de justicia y de libertad que presiden hoy los afanes del Gobierno de Venezuela, de todos los países de nuestra comunidad y de la UNESCO, que desempeña tan altas tareas en las más sensibles regiones del espíritu y de la vida humana.

Simón Bolívar, que sufrió antes y después de recibir todos los honores y las glorias del nuevo orden que con su esfuerzo se empeñó en construir, estaría hoy muy satisfecho de que su nombre continúe unido a los que sufren por la esperanza de la justicia y de la libertad.

Por mi parte, como Rey de España, seré fiel al compromiso que hoy he asumido y deseo fervientemente que este Premio a la esperanza consagre una realidad en marcha, a la que, con todos los españoles, estoy dispuesto a aplicar mis esfuerzos.

PALABRAS DE SU MAJESTAD EL REY EN LA FIRMA DEL TRATADO DE ADHESIÓN DE ESPAÑA A LAS COMUNIDADES EUROPEAS

Palacio Real de Madrid (España), 12 de junio de 1985

Señores primeros ministros, señor presidente del Consejo, señores presidentes de las instituciones comunitarias, señoras y señores, bienvenidos a España. Bienvenidos a Madrid su capital. Bienvenidos a este Palacio de Oriente. Como acostumbramos a decir los españoles, sentíos en vuestra casa.

España se honra en recibir a los más ilustres dignatarios de las Comunidades Europeas y de las naciones que las integran. Encarnáis lo que el pueblo español entiende por Europa: los principios de libertad, igualdad, pluralismo y justicia, que también presiden la Constitución española. El pueblo español os recibe satisfecho y consciente de la alta significación que este acto encierra.

Si vuestros países son Europa, España lo es también por su cultura y por voluntad secular. En el alba de la época moderna, al constituirse la comunidad internacional, España estaba presente como uno de los primeros Estados nación constituidos en nuestro continente.

Antes, España, este país, que convivió durante siglos con las culturas islámica y hebrea; este país, que asentó su condición de nación en una empresa transeuropea llamada América, nunca quiso dejar de ser Europa. A lo largo de la historia, España ha estado presente en los principales esfuerzos de Europa y se propone seguir estándolo.

Estamos hoy aquí sancionando la participación de mi país en el proyecto común europeo. Esto representa una responsabilidad para todos nosotros, y los Gobiernos españoles sabrán cumplir el compromiso europeo de España.

Vivimos un gran día para España y para Portugal, la nación peninsular hermana; juntos emprendemos una andadura que ha de vivificar nuestras relaciones. Vivimos un gran día para Europa. Un día que debe tener también significado positivo más allá del continente europeo.

No es la primera vez que digo que Europa es transeuropea: que en su ser está el tratar de ir más allá de sí misma. Una Europa cerrada, desdeñosa de lo ajeno, sería menos Europa.

Por eso, España, al poner de manifiesto constantemente sus vínculos con los pueblos de habla hispana, al fomentar la amistad con el mundo árabe y africano, no disminuye su europeidad, sino que la manifiesta creadoramente.

Señores primeros ministros, señor presidente del Consejo, señores presidentes de las instituciones comunitarias, señoras y señores, es para mí una especial satisfacción invitaros a que procedáis a dar testimonio del empeño que todos compartimos de ampliar las Comunidades Europeas. Y, más allá, de la voluntad común de construir una Europa unida, lo que constituye un objetivo que llena de esperanzas nuestro futuro.

PALABRAS DE SU MAJESTAD EL REY AL PARLAMENTO BRITÁNICO

Londres (Reino Unido), 23 de abril de 1986

Lord canciller, señor *Speaker*, primer ministro, señores pares del Reino, miembros de la Cámara de los Comunes, señoras y señores, al agradecer vuestras palabras de bienvenida quiero subrayar de manera especial la importancia de este solemne acto.

Por primera vez, el Rey de España se dirige a los miembros del Parlamento británico en un acto cuya significación ante la historia es patente. Esta acogida que me dispensáis rebasa el marco estrictamente protocolario y asegura la apertura de nuevos horizontes en las relaciones entre España y Reino Unido, que la invitación de Su Majestad la Reina ha venido a subrayar de manera muy especial.

La considero, por tanto, no sólo un gesto de hospitalidad y cortesía del pueblo británico al que representáis, sino, y sobre todo, una manifestación de amistad que, a través de mi persona, dirigís al pueblo español.

La geografía y la historia han hecho que España y la Gran Bretaña hayan caminado en la misma dirección por el largo y complejo camino del devenir de Europa y del mundo, unas veces enfrentados y otras, aliados.

Desde los tiempos lejanos en que don Enrique de Trastámara y el Príncipe Negro sellaran la amistad y la alianza de nuestros dos pueblos hasta el matrimonio de mi augusto abuelo, el Rey Alfonso XIII, con la Princesa Ena de Battemberg, los azares de la historia han hecho que, en ocasiones España e Inglaterra se enfrentaran en búsqueda de la supremacía mundial y, otras veces, como ocurre ahora en el marco de la Comunidad Europea, marchen juntas buscando los mismos objetivos de democracia, libertad, justicia y paz.

Nombres como los de Isabel, Constanza y Leonor de Castilla marcaron el camino de la amistad y el entendimiento.

También en el caso de otras alianzas matrimoniales entre nuestros pueblos, Gran Bretaña ha demostrado ser un país que sabe aceptar íntegramente su historia. Prueba de ello son las efigies de Catalina de Aragón y del Rey Felipe, expuestas en una sala de este Palacio.

El protagonismo histórico de España antecedió al de Inglaterra, posiblemente porque –terminada la empresa secular de la reconquista del territorio nacional de 1492– España se sentía obligada a dar continuidad a su esfuerzo histórico. Por ello, y con el apoyo decidido de los Reyes Católicos, España se lanzó al mar desconocido para descubrir lo que, con propiedad absoluta, recibiría el nombre de Nuevo Mundo.

Nuestros países se han ido formando por la conjunción de tres elementos: dos de ellos comunes (el sedimento de la civilización romana y la inmigración germánica) y uno específico de cada país (unas razas, relativamente autóctonas). Sobre estos y otros elementos básicos se ha ido formando a lo largo de los siglos nuestra historia y la de nuestras relaciones, que pasarían por épocas de acercamiento y de distanciamiento, configurando, en definitiva, la historia de Europa.

«Con todos, guerra, paz con Inglaterra» fue una divisa que guio a los reyes de la Casa de Austria.

Pero la Historia hizo que nuestras naciones pasasen por la prueba del enfrentamiento, uno de cuyos resultados aún sigue presente como una sombra oscura en el camino de dos naciones a las que todo llama a entenderse.

Cierto es que, con el Acuerdo de Bruselas de 1984, se ha dado un paso adelante en la solución del viejo contencioso de Gibraltar, pero todavía queda mucho por andar. Confío en que nuestros Gobiernos sabrán estar a la altura de la historia para encontrar aquellas fórmulas que permitan transformar esta sombra en un elemento de concordia para la más amplia cooperación entre ambos países y para bien de todas las partes interesadas y del futuro de Europa.

Recuerdo que, en mis años de estudiante en la Universidad de Madrid, los tratadistas de derecho constitucional solían referirse a este parlamento dándole el título honroso de madre de los parlamentos.

No es mi intención, de ningún modo, restar nada a esta alabanza. Simplemente quiero dedicar un recuerdo a un ilustre especialista británico de derecho constitucional, lord Acton, quien se refería a las antiguas «Cortes» de Lérida como el primer caso en Europa en que el Monarca debía obtener la conformidad de los ciudadanos representados en aquellas Cortes para poder aumentar los impuestos que exigía las constantes empresas guerreras de la Reconquista.

El actual sistema jurídico-político de España está basado en la Constitución, aprobada por las Cortes Generales, ratificada por el pueblo español en las urnas y sancionada por mí el 27 de diciembre de 1978. Esta norma fundamental de la organización política de España reanuda la tradición política y constitucional que se iniciara en los albores del siglo pasado, con la Constitución de 1812. España está constituida como un Estado social y democrático de derecho que propugna como valores superiores de su ordenamiento jurídico la libertad, la justicia, la igualdad y el pluralismo político.

La soberanía nacional reside en el pueblo español, del que emanan los poderes del Estado. Queda así, pues, España constituida como una monarquía parlamentaria de la que nadie debe sentirse excluido y a la que convoqué a todos los españoles sin excepción el día en que asumí la Jefatura del Estado.

La Corona es garantía de la continuidad constitucional y, por ello, hace poco más de dos meses, Su Alteza Real el Príncipe de Asturias, Heredero de la Corona, en solemne ceremonia celebrada ante los miembros de las Cortes Generales, prestó juramento de fidelidad a la Constitución como continuidad dinástica y como reafirmación del compromiso de la Corona con los valores democráticos contenidos en la Constitución.

Durante los diez años transcurridos desde que accedí al trono de España, he considerado como fin permanente de mi actuación el afianzamiento de la unidad, la libertad y la concordia de los españoles, sirviendo con todas mis fuerzas al proyecto constitucional en que se basa el orden jurídico de nuestra vida pública.

Puedo decir, con orgullo y satisfacción, que, en un período tan breve históricamente, se ha establecido, sin rupturas ni discordias, sin exclusiones ni descalificaciones, un orden de libertad, convivencia y diálogo; de autoridad legítima y de afirmación del pluralismo, que nos permite avanzar cada día por el camino de la libertad y de la paz.

En mi primer discurso a la nación convoqué a todos quienes se sintieran con fuerzas para compartir ese ideal, señalando claramente que «si permanecemos unidos, habremos ganado el futuro».

Cada día los hombres y mujeres de España avanzan por el sendero de la paz y de la esperanza y ninguna satisfacción o recompensa mayor puede encontrar el Rey de España que el fortalecimiento de nuestras instituciones democráticas.

España y Gran Bretaña han sido dos naciones que fueron llamadas por el destino de la historia a proyectarse muy lejos de sus fronteras, y han sabido ser fundadoras y cabezas de pueblos que aún hoy día se sienten unidos por valores comunes.

España aportó a aquel nuevo mundo, al que aún se siente indisolublemente unida, todo lo mejor que tenía. Y así, llevó a América la primera compilación legislativa sistemática de protección de los habitantes del continente mediante las Leyes de Indias, en las que todos, peninsulares y americanos, hallaban la protección de la Corona, y que sólo una deformación maliciosa e interesada hizo que Europa no apreciara todo lo que de avance social y jurídico se contenía en ellas.

También llevó España a una gran parte de América una lengua y una cultura de las que hoy en día son los propios iberoamericanos los primeros defensores por sentirse orgullosos de ellas.

España fundaba allí las Universidades de Santo Domingo y de Lima a principios del siglo XVI, y a ellas añadía teatros, como el de Puebla, el primero de América, cuando muchas ciudades europeas que se consideraban avanzadas carecían aún de estos focos de cultura.

España ve con orgullo cómo estos países han llegado hace tiempo a su mayoría de edad. Se alegra de sus éxitos y se entristece con sus dificultades. Y estará dispuesta a servir de intérprete y de valedor entre ellos y Europa siempre que para ello se nos requiera.

El primero de enero del presente año, España ha recobrado el lugar que por su historia merece en la construcción de la Europa del siglo XXI. El ambicioso proyecto que naciera a comienzos de los años cincuenta no habría estado completo sin la presencia y la aportación de España. Con ello se respondía a un sincero deseo compartido por todo el pueblo español.

El desarrollo de las negociaciones para la adhesión de España a las Comunidades Europeas figura ya en los libros de la historia, desde que, el pasado mes de junio en el Palacio Real de Madrid, se firmara el Tratado que culminaba largos años de negociaciones, no siempre fáciles.

Gran Bretaña fue en todo momento un interlocutor noble y sincero. Defendió sus intereses con tesón y con habilidad, pero los españoles siempre supimos que, por encima de la discusión de los problemas técnicos, el Gobierno británico apoyaba inequívocamente la ampliación de la Comunidad a España y a Portugal.

No cabe decir que España ha «entrado» en Europa. La historia y la geografía harían mentir a quien afirmase esto. España nunca ha dejado de estar en Europa. Eso sí, España, ha «entrado» en una organización que puede y debe significar un paso trascendental en el avance social, político, económico y cultural de esa Europa que deseamos.

Ahora, dentro de las Comunidades Europeas, tendremos la ocasión de enriquecer y aumentar el entramado de nuestras relaciones bilaterales, que es uno de los más apretados en Europa.

Nuestros intercambios comerciales son extraordinariamente importantes y baste con citar algunos datos:

- Las exportaciones británicas a España en 1984 sobrepasaron el nueve por ciento del total de vuestras ventas al extranjero: el Reino Unido es actualmente el cuarto proveedor de la economía española y también el cuarto mercado de nuestras exportaciones. En aquel año Gran Bretaña fue el quinto inversor de capitales en España y el cuarto país de destino de las inversiones españolas.

- En el campo de la tecnología se está trabajando en fijar los medios para una mayor cooperación bilateral. En el marco del programa Eureka, se ha aprobado ya un proyecto hispano-británico en biotecnología y se está negociando la participación española en otro proyecto sobre rayos láser.

- Las relaciones culturales son intensas pero pueden desarrollarse aún más especialmente en lo que se refiere a la enseñanza del idioma español.

- En el marco laboral y de relaciones humanas, quiero hacer una referencia especial y rendir un homenaje de admiración y afecto desde este histórico lugar a los miles de españoles que viven y trabajan en este país, aportando sus mejores esfuerzos al desarrollo y al bienestar de la sociedad en la que conviven.

- Y no puedo dejar de mencionar, como otra prueba de la importancia de estas relaciones humanas, a los más de cuarenta mil británicos que residen en España y a los cinco o seis millones de nacionales de vuestro país, que cada año visitan el mío, lo conocen y lo aprecian.

Estos datos son un breve indicador de las circunstancias que nos unen y que llaman a que pronto desaparezca el único problema que nos separa.

España ha sido siempre, ha estado hecha de sustancias europeas desde su nacimiento. Se ha dicho que los demás países europeos son europeos simplemente porque lo son y no pueden ser otra cosa. Pero España es europea porque, contra toda razón aparente, quiso seguir siéndolo Y no perdió su condición latina y cristiana. España ha estado presente en todas las empresas de Europa y se propone seguir estándolo.

Somos plenamente conscientes de las dificultades que encontraremos en el camino y de que nos ha cabido vivir una época en que todos los valores son puestos continuamente en tela de juicio.

Avanzar por el camino que lleva a Europa desde el siglo XX al siglo XXI no significa, sin embargo, que debemos renunciar a nuestra propia personalidad. Pero igual que dentro de cada nación los individuos deben someter su bien personal al bien general, las naciones de la Comunidad Europea deberán tener la generosidad de saber buscar el mayor bien del conjunto y avanzar por esta vía con decisión y entusiasmo.

Uno de nuestros más ilustres filósofos contemporáneos, José Ortega y Gasset, decía que la unidad de Europa no es una fantasía, sino que es la realidad misma y que la fantasía es, precisamente «lo otro».

Europa ha sufrido dos veces en menos de medio siglo el desgarramiento de la guerra, el sufrimiento de la muerte y el odio, la ruina de la destrucción material. Por ello, sólo la voluntad de construir una gran Europa con el grupo de los pueblos que se integran en la Comunidad puede hacer latir con brío el pulso de nuestro continente y hacer que Europa vuelva a creer en sí misma. A esta misión estamos convocados.

Muchas gracias.

PALABRAS DE SU MAJESTAD EL REY AL PARLAMENTO EUROPEO

Estrasburgo (Francia), 14 de mayo de 1986

Señor presidente, señores parlamentarios, deseo, ante todo, manifestar mi profundo agradecimiento por la amable invitación que me brinda la oportunidad de visitar el Parlamento Europeo, ante el que, por primera vez, tomo la palabra. Esto constituye para mí una sincera satisfacción.

Lugar especialmente propicio para el encuentro, la ciudad de Estrasburgo, centro geográfico de la antigua Lotaringia, ha sido, desde su fundación, un crisol fecundo de culturas y una encrucijada permanente de la historia. En ella, no sin dificultad, pero también sin decaimientos, vio la luz, ya en nuestros días, el proceso de construcción de la unión europea, pues en esta ciudad se asentó el Consejo de Europa como primera piedra de tan atrevida empresa.

Quiero resaltar el aspecto institucional de la construcción europea porque en el terreno de las ideas, la unión europea ha estado latente en nuestros pensadores y en la conciencia colectiva de nuestros pueblos cuando Europa, en tiempos ya remotos, deja de ser una mera noción geográfica para convertirse en cuna de civilización.

Desde muy antiguo, Europa adivinó su vocación de unidad, pero, al mismo tiempo, presintió que para llegar al objetivo común sería necesaria una etapa intermedia en la que los componentes nacionales se enriquecieran recorriendo su propio camino, para después formar una realidad más rica, más diversa y más fecunda.

Pero esta vía tenía serias limitaciones y entrañaba graves peligros, como quedó demostrado, por unos nacionalismos exagerados y por la división religiosa.

Descartados los escasos y fallidos intentos de alcanzar la unidad por la fuerza de las armas, se centra en la lógica vía de la concertación, después de que dos enfrentamientos fratricidas en el corto espacio de medio siglo sembraran el horror en nuestro suelo y amenazaran con borrar de la faz de la tierra más de veinte siglos de historia.

Europa decide buscar, finalmente, la unidad en la diversidad. Unidad que se fundamentará en el entendimiento profundo entre sus pueblos. Unidad como expresión de la voluntad de vivir en común, en paz y en libertad, y no sólo de un acuerdo entre gobernantes. Todo ello animado, además, por el deseo de mantener a Europa como un baluarte de la libertad, de la democracia y del respeto de los derechos humanos.

Señor presidente, quiero rendir homenaje a los hombres, pensadores, estadistas y gobernantes que en la inmediata posguerra sentaron las bases jurídico-políticas de esta Comunidad, en la que hoy España se integra plenamente y sin reservas. Los nombres de Schuman, Spaak, Monnet, De Gasperi, Adenauer y tantos otros están grabados con trazos imborrables en nuestro acervo común.

Al cumplirse este año el centenario de su nacimiento, es obligado recordar, asimismo, al gran español, europeo y universal, Salvador de Madariaga, cuya larga vida e inminente obra estuvieron siempre comprometidas con el ideal de la construcción europea. Un busto en este edificio es justo recuerdo de una figura que medio siglo atrás se calificaba ya, a sí mismo, de parlamentario europeo.

Largo es el sendero recorrido desde la firma del Tratado de París y desde la Conferencia de Mesina, preludio de los Tratados de Roma. El éxito es tan evidente que parece inútil señalarlo. La vitalidad de esta empresa común se ha demostrado cuando, en un período de dificultades que siguió al rápido avance inicial, la Comunidad ha sido capaz de ampliarse en tres sucesivas ocasiones, al mismo tiempo que ha seguido persiguiendo objetivos pendientes y solventando dificultades sobrevenidas.

A lo largo de todo este proceso, un papel preeminente ha correspondido a esta Asamblea que hoy representa a más de ciento veinte millones de personas. De su labor, muy significadamente quiero recordar la postura abierta y positiva mantenida hacia mi país a lo largo de un proceso de negociación duro y prolongado, que culminó con la adhesión de España a las Comunidades. Por ello, quiero dejar patente el profundo reconocimiento del pueblo español hacia este Parlamento Europeo.

Un Parlamento que fue, desde la creación de las Comunidades, una fuerza motriz del proceso de renovación. Por esto, recibió la consagración que entraña el sufragio universal y ha sido este sistema de elección el que, a su vez, le ha colocado en una dinámica nueva y más profunda que le ha convertido en el protagonista privilegiado de la vida comunitaria.

No podría suceder de otra forma en un parlamento elegido directamente por los pueblos de Europa. Y ello encaja perfectamente en la lógica de la evolución histórica. Dentro de esta misma lógica tiene lugar en esta casa, en 1984, la adopción del proyecto de Tratado que instituye la unión europea.

Esta decisión y las sucesivas actitudes adoptadas por el Parlamento Europeo en la Conferencia Intergubernamental que se convocó por acuerdo del Consejo Europeo de Milán, fueron elementos importantes en la configuración final del Acta Única Europea, firmada este año por los doce países miembros con el objeto de seguir trabajando para el logro de la unión europea.

Tenemos la obligación de no desfallecer en este empeño y no vamos a detenernos ahora ante dificultades menores, cuando el resurgir del proyecto común se fraguó en los peores momentos de la historia de nuestro continente.

Cada uno, desde su parcela de responsabilidad, tiene que aportar su esfuerzo, y yo quiero reafirmar solemnemente el compromiso de España en la realización de ese futuro de unidad, porque nadie tiene derecho a dilapidar la herencia recibida.

Una herencia cultural de más de veinte siglos de historia y vida en común. Una herencia institucional recibida de unos estadistas y gobernantes que tuvieron el valor de dar el gran salto adelante salvando enormes dificultades, porque supieron interpretar en el corazón de sus pueblos, que la voluntad de Europa ha de seguir siendo parte activa en el mundo, después de haber escrito las más brillantes páginas de la historia.

Señor presidente, una sociedad internacional, cuya característica fundamental es su creciente independencia, nos plantea una serie de desafíos a los que tenemos que hacer frente.

El problema del desempleo, que tan dolorosos daños materiales y morales inflige a nuestros pueblos y, muy especialmente, a los jóvenes de Europa. El desafío tecnológico, piedra de toque de un futuro ya inminente que debemos vencer con imaginación creativa para no vernos superados por otras áreas económicas del mundo que están conociendo una gran expansión.

Las diferencias regionales, a las que esta Asamblea se ha mostrado tan sensible y que resulta imprescindible corregir. Un medio ambiente que se degrada, especialmente en las zonas más industriales de nuestro continente. La defensa del incalculable patrimonio cultural que nos es propio, la

salvaguardia y promoción de los derechos del hombre y los problemas de seguridad en un mundo dividido.

Cuando el fantasma del conflicto ha dejado de interponerse entre nuestros pueblos, Europa sufre una división como quizás no haya conocido antes en su historia y se ha convertido en un escenario potencial de enfrentamientos dentro de un mundo bipolar que evoluciona rápidamente, de la era atómica hacia la era espacial, y en el que la seguridad necesita la cooperación porque ni siquiera una hipotética superioridad asegura la propia supervivencia.

Por ello, y dentro del marco del sistema de seguridad occidental, la Europa comunitaria puede y debe desempeñar un papel determinante para conseguir un mundo regido por la distensión que permita alcanzar resultados concretos en el terreno del desarme.

Es posible hacerlo, y es obligado intentarlo, sin tener que abdicar de nuestro sistema de vida y de nuestras libertades.

Quisiera expresar una idea que ha sido ya manifestada en numerosas ocasiones, pero no por ello deja de ser menos válida: por separado, nada podremos hacer frente a estos desafíos. Sólo una Europa unida y solidaria será plenamente capaz de ello y podrá decidir su propio futuro e influir en el curso de la historia de la humanidad.

Hay que evitar que algunos actúen exclusivamente a la búsqueda de un beneficio propio.

Es cierto que debemos valorar adecuadamente las ventajas que la Comunidad ha supuesto y supone para los ciudadanos de sus Estados miembros, pero avanzando por el camino que hemos emprendido, además de resolver las tareas materiales que tenemos presentes, seremos coherentes con el devenir histórico y cumpliremos la obligación moral de responder a la vocación de unidad que, desde antiguo, sienten nuestros pueblos.

Para progresar hacia el objetivo de la unidad de Europa, es preciso ahora cumplir los objetivos fijados. La unión económica y monetaria debe ser el pilar sobre el que se construirá un verdadero espacio interior sin fronteras que supere la concepción de mercado común. Su solidez dependerá de la solidaridad que debe inspirar necesariamente todos nuestros actos, y de que se tengan en cuenta, muy especialmente, las necesidades de los sectores más deprimidos de la sociedad europea y de las regiones más atrasadas de nuestro continente.

También debemos tener presente que esa Europa que construimos ha de resultar cercana al ciudadano europeo y, por ello, hay que intensificar la cooperación en aquellos aspectos que tienen una repercusión inmediata sobre el bienestar de los ciudadanos y que, por consiguiente, contribuye a que éstos tomen conciencia clara de las ventajas que les reporta.

Ello ha de ser compatible con la adopción de medidas de garantía y de autodefensa.

En ese sentido, debe intensificarse la cooperación ya existente en la lucha contra el terrorismo. Debemos usar todos los medios lícitos a nuestro alcance para proteger la libertad y la democracia frente a la amenaza de quienes atentan fanáticamente contra los principios básicos que inspiran el sistema de convivencia pacífica de nuestra actual sociedad europea.

Estamos ante un momento decisivo, como ha habido pocos en la historia de la Comunidad. Estoy plenamente convencido de que Europa sabrá aprovechar esta oportunidad.

No obstante, frente a estos impulsos positivos se manifiestan dudas e interrogantes, a la par que surgen dificultades objetivas, que deben prevenirnos frente a la fácil tentación de lanzarse por una pendiente aventurera. En el futuro próximo incumbirá al Parlamento Europeo un papel privilegiado de vigilancia y de iniciativa, por ser la mejor caja de resonancia de las aspiraciones de los pueblos de Europa.

España se ha incorporado a una Comunidad que es la base y el motor del proceso de la construcción europea; pero sería un error olvidarse de la Europa no comunitaria, puesto que todos los pueblos europeos han contribuido ampliamente a formar y enriquecer el patrimonio común que hoy disfrutamos. Pienso muy especialmente en el conjunto de países democráticos del Consejo de Europa. Con todos ellos y también con los otros países europeos hemos compartido el pasado y esperamos, asimismo, compartir el futuro, más allá de las divisiones derivadas de la historia.

Al ser la sociedad internacional cada vez más interdependiente y Europa sinónimo de universalidad, sería suicida practicar una política egoísta hacia el resto de los países del mundo. La necesaria solidaridad entre nuestros pueblos ha de ampliarse respecto de un tercer mundo que nos mira con angustia y espera. España, al sumarse a este proceso de integración no puede ni quiere olvidar los estrechos y muy especiales lazos que le unen con las naciones iberoamericanas y espera que la Comunidad, cuyas relaciones

con los países de África, del Caribe y del Pacífico han sido calificadas de modelo de cooperación, pueda ofrecer a Iberoamérica un marco adecuado para llevarla a cabo de la manera más eficaz.

Tampoco quisiera dejar de referirme al mundo mediterráneo con el que España mira, con intensidad y preocupación al norte de África, y a Oriente Medio, zonas de gran importancia política en las que Europa tiene una especial responsabilidad para que queden garantizadas la paz, la estabilidad y el progreso.

Señor presidente, ésta es la Europa a la que España se incorpora.

España siempre se ha sentido parte de Europa y, si Europa es pluralismo y universalidad, cabe afirmar que la aportación de España al fondo común reviste una importancia específica. Durante muchos siglos, cruce de razas y culturas, España fue, durante la baja Edad Media, un eslabón privilegiado entre oriente y occidente y, lo que es más, contribuyó decisivamente a la proyección universal de la civilización europea mediante el descubrimiento de América, cuyo V Centenario celebraremos próximamente.

La España que hoy represento ha recorrido en los últimos diez años una trayectoria decisiva para la que otros países europeos precisaron más de un siglo. A la sabiduría tradicional y el legado cultural histórico se ha sumado la savia nueva de un pueblo joven que ha establecido un sistema democrático de convivencia basado en la libertad, la justicia, la igualdad y el pluralismo. Con ese esfuerzo, que ha tenido también adecuado reflejo en lo económico, lo social y lo cultural, España ha consagrado su apertura al exterior agregándose a los países europeos que han decidido buscar la vía del progreso mediante la acción en común.

De esta forma, el pueblo español, con vocación universal, dueño de su propio destino, desde el pluralismo y el respeto a los derechos humanos, ha regresado al lugar del que su ser y su sentir nunca se apartaron.

Grandes han sido los sacrificios pedidos a España, pero reconocemos también los ajenos. Y como Rey de España afirmo la decisión del pueblo español de seguir por el camino del afán y del esfuerzo, así como la de exigirnos cada vez más a nosotros mismos. Por esto, España ha firmado el Acta Única Europea y está dispuesta a ratificarla con prontitud. En el largo proceso de construcción de la unidad europea, España quiere avanzar tan lejos como sea factible.

España se ha integrado en la empresa comunitaria de la construcción europea.

Una Europa libre, unida y solidaria será un factor de paz de incalculables consecuencias. Una Europa, no sólo amortiguadora pasiva de tensiones, sino también generadora de paz en la tierra.

Esta es la mejor vía para defender los intereses de nuestros pueblos y el sendero que nos permita mirar el futuro con confianza.

Sabemos que el Parlamento Europeo está dispuesto a andarlo con nosotros con la mayor de las convicciones.

El futuro será nuestro si tenemos fe en la unidad, si trabajamos con humildad y perseverancia, si colaboramos con generosidad y alteza de miras.

Este es nuestro mayor empeño y a él les convoco.

Muchas gracias.

PALABRAS DE SU MAJESTAD EL REY EN LA XLI ASAMBLEA GENERAL DE LAS NACIONES UNIDAS

Nueva York (Estados Unidos), 22 de septiembre de 1986

Señor presidente, quisiera en primer lugar manifestar mi satisfacción y la del Gobierno de España por su presidencia en este período de sesiones. Su probada experiencia profesional y sus relevantes cualidades personales contribuirán decisivamente a que los trabajos de la Asamblea General rindan los frutos que todos esperamos.

Quisiera, asimismo, destacar la habilidad y eficacia mostradas por su antecesor, el embajador Jaime de Piniés, a lo largo del anterior período de sesiones, y expresar mi admiración hacia la labor callada, pero infatigable, del secretario general, Pérez de Cuéllar.

El Gobierno español ha deseado que el Rey, en el ejercicio de su función constitucional de representar al Estado, haga oír en este foro la voz de mi país. Un país que inscribe como sus mejores títulos históricos el respeto al derecho de gentes y su dilatado esfuerzo para hacer más segura, pacífica y solidaria la convivencia entre los pueblos. Un país para el que resulta grato dirigirse a este foro universal que concita la esperanza de que los ideales de paz, de justicia y de solidaridad imperen firmemente en el orden internacional.

España fue en el tiempo una de las primeras colectividades que se constituyó como Estado-nación en la Europa del Renacimiento, dando así, juntamente con otras, un paso decisivo en el proceso de racionalización de la convivencia política. Ya entonces, ciertos juristas y teólogos españoles, al examinar los títulos de la acción de España en América, defendieron la existencia de límites al poder nacional, cuyo ejercicio, para ser legítimo, debe inspirarse en una conciencia ética y respetar los derechos y aspiraciones de los otros pueblos. O mejor dicho, en lenguaje de la época, procurar «el bien común del orbe».

De Francisco de Vitoria, uno de los fundadores del derecho de gentes, es decir del derecho internacional, es la siguiente frase: «Si en la consecución de una causa justa se irroga un daño al orbe, la causa se convierte en injusta».

En la raíz originaria de nuestra constitución como Estado se encuentra, pues, la conciencia de una sociedad internacional cuyo bien común limita la

acción estatal y en la que está presente un empeño de solidaridad entre todos los miembros del género humano. Ambos rasgos dan base a la organización jurídica de la comunidad internacional que hoy tiene expresión institucional en las Naciones Unidas.

Desde esta vieja tradición me dirijo a la Asamblea y lo hago también en representación de un pueblo que es joven por la edad de sus gentes y porque ha recobrado, con la democracia y sus libertades, una actitud vital que caracteriza a la juventud: la capacidad de mirar al futuro con arrojo y con esperanza.

Cuando un pueblo recobra su impulso, integrando sus tradiciones en un proyecto de futuro, no se puede olvidar que esta revitalización debe inspirarse tanto en los ideales de su propia sociedad como en los requerimientos de una convivencia internacional armónica, pacífica y justa.

El mundo es hoy, por primera vez, uno, siendo al mismo tiempo culturalmente diverso.

En épocas pasadas, la pretendida superioridad de una cultura y una civilización determinada fue utilizada para justificar la dominación de unos pueblos sobre otros. La diversidad cultural era combatida por un impulso que se alimentaba en la búsqueda del beneficio comercial o del predominio estratégico.

Hoy, la regla comúnmente admitida es que cada cultura debe ser entendida y juzgada exclusivamente en relación con sus propios valores y no por sus posibilidades de adaptación mimética o forzada a ninguna otra cultura pretendidamente superior. De esa idea-fuerza sobre la universalidad y la diversidad cultural de la humanidad derivó el gran impulso hacia la descolonización política.

Las Naciones Unidas son claro testimonio de esta poderosa realidad que inaugura una nueva fase de la historia. Las Naciones Unidas han sido marco e instrumento primordial de este paso a una verdadera sociedad de las naciones.

Es cierto que aún subsisten algunas situaciones coloniales residuales bien conocidas.

Y una de ellas afecta anacrónicamente a mi país. España mantiene, con todo vigor y con el peso de la razón que le asiste, su voluntad de encontrar

una pronta solución al problema de Gibraltar de manera que el Peñón se reintegre al territorio nacional español. A partir de la Declaración de Bruselas de 27 de noviembre de 1984, y desde que los Gobiernos del Reino Unido y de España decidieron, en febrero de 1985 en Ginebra, resolver el problema en todos sus aspectos, incluida la soberanía a través de la negociación, se ha abierto un capítulo nuevo dominado por la esperanza de terminar con una situación injusta, sin que se menoscaben los intereses de la población.

Nos encontramos no solamente ante un mundo diverso política y culturalmente, sino también ante un orden económico en el que subsisten y se agrandan las diferencias. Nos encontramos ante una coyuntura caracterizada en la última década por la crisis económica, el endeudamiento de importantes zonas en proceso de desarrollo y el rebrote de nuevas tendencias proteccionistas. No solamente la justicia y la solidaridad, sino la misma paz y la seguridad, reclaman la disminución de estas diferencias y la corrección de estas tendencias.

Hace pocos meses, la Asamblea, que se enfrentó con la crítica situación económica en África, fue escenario, por un lado, del convencimiento de los propios países africanos de la necesidad de realizar un gran esfuerzo de definición, de ajuste y de acción; por otro lado, de la toma de conciencia de los demás países de que no es posible aceptar pasivamente el estancamiento y el deterioro de una parte del mundo que es esencial al todo. Esta manifestación de lucidez política y de solidaridad es esperanzadora. España, dentro de sus recursos y posibilidades, ha ofrecido, y hoy reitera, su colaboración.

El endeudamiento exterior de ciertos países, y entre ellos de algunos que nos son muy próximos, es un grave problema que nos afecta a todos y no es de fácil solución. En la creación de tal situación han intervenido, sin duda, diversas causas y conductas. Las responsabilidades son varias y compartidas, pero lo que hoy más importa es que las políticas de ajuste, necesarias para la corrección de las situaciones interiores, sean alentadas, no solamente con el aplauso, sino también con generosidad y con apoyos concretos. Su alcance tiene marcados unos límites en la medida en que estas políticas puedan romper la solidaridad y la paz interior, quedando así entorpecidos los delicados procesos de cambio político y social.

En el período de reconstrucción política en curso hace diez años, mi país ha delimitado su posición internacional.

Desde el anterior período de sesiones de la Asamblea General, España ha procedido a dos importantes definiciones: en 1986, ha pasado a ser

miembro de la Comunidad Europea y, tras consulta al pueblo español, ha definido los términos de su permanencia en la Alianza Atlántica.

Al adherirse a los organismos e instituciones de integración europeo-occidental, España no hace sino confirmar lo que la historia y la cultura habían hecho de ella desde el comienzo de los tiempos modernos. España ha sido siempre parte integrante y esencial de Europa, por geografía, por historia y por vocación. Al participar ahora en la toma de decisiones de los Doce, se encuentra en condiciones de hacer oír su voz en los asuntos intraeuropeos y de aportar a la acción de la Europa comunitaria otras dimensiones unidas a su trayectoria histórica. Europa no puede caer en ninguna tentación de ensimismamiento. Nos esforzaremos, por el contrario, en que se intensifiquen los intercambios y los contactos de la Comunidad Europea con otras partes del mundo y, en especial, con los países del continente americano. Europa no puede limitarse a cultivar su propio jardín, ni contentarse con preservar una envidiable calidad de vida, cuando otras regiones del planeta se encuentran agarradas por el estancamiento, por la reducción de los intercambios y por el juego negativo de factores comerciales y financieros.

Desde nuestra posición de aliados occidentales, contribuimos a la seguridad común y, como parte fundamental, nos esforzamos en que prospere el diálogo entre las superpotencias y en que intensifiquen su tarea los foros de entendimiento. Abrigamos la esperanza de que la deseable consolidación de un clima de diálogo y una mayor confianza en las relaciones internacionales conduzcan, en un plazo relativamente breve, a la drástica reducción, por primera vez, de los arsenales nucleares; a la detención de la carrera de armamentos; a la prohibición total de las armas químicas y a avances significativos en el campo del desarme convencional.

En una dimensión regional, la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa, nacida de Helsinki, y que revalidó sus funciones en Belgrado y Madrid, prolonga su acción en distintos foros. Precisamente hoy, en el foro de Estocolmo se ha alcanzado un importante consenso que, sin duda, restablece la seguridad europea y la armonía de las relaciones internacionales en un amplio marco geográfico. Es de esperar que este éxito incida positivamente sobre la nueva fase de la Conferencia que próximamente se abrirá en Viena.

Esta doble definición, europea y occidental, completa y enriquece nuestras relaciones con los países y pueblos de Iberoamérica con quienes nos unen especiales vínculos culturales e históricos que nos hacen sentirnos

solidarios en la búsqueda de soluciones justas a los problemas políticos, económicos y sociales con los que hoy se enfrentan.

A los factores de inquietud se ha añadido en los últimos años uno de alcance insospechado: el terrorismo, que atenta contra vidas inocentes, alienta visiones catastróficas y roba la paz de los ciudadanos.

El terrorismo, máximo atentado contra el más primario y, a la vez, más profundo de los derechos humanos «el derecho a vivir en paz», tiene dimensiones internacionales. El aliento y aún la tolerancia con los terroristas descalifican a cualquier Estado como miembro de buena fe de la comunidad internacional.

El Gobierno español se ha manifestado repetidamente en favor de la intensificación de la cooperación internacional frente a esta amenaza contra todos. La condena unánime e inequívoca de cualquier forma de terrorismo pronunciada por esta Asamblea el pasado mes de diciembre constituyó, sin duda alguna, un paso esperanzador, que debe ser seguido por medidas concretas y eficaces de colaboración mutua.

Desgraciadamente, una vez más esta Asamblea habrá de centrar su atención en una serie de situaciones conflictivas en diversas regiones del mundo. Con ellas, más recientes unas y casi crónicas otras, se está produciendo la más grave quiebra de los principios de la Carta de nuestra Organización. Y, entre tanto, vemos con impotencia cómo unos pueblos, que deberían estar labrando su futuro en paz y armonía, se desangran en medio de una destrucción y unos sufrimientos indecibles.

Ante estos dolorosos conflictos, las razones que abonaron nuestras conocidas tomas de posición no solamente permanecen, sino que en algunos casos se han incrementado. Desde esta tribuna, hago un llamamiento para que la negociación y el diálogo se impongan de una vez a la intolerancia y la intransigencia, a fin de que la fuerza de la razón y del derecho prevalezca sobre la razón de la fuerza.

La paz es la tranquilidad y la armonía en el orden, y no cabe armonía si en el mundo se mantienen situaciones de clara injusticia y mucho menos si se ahogan las voces que denuncian esta injusticia. El respeto de los derechos humanos será un criterio conforme al que se juzgarán nuestra civilización y nuestras conductas concretas, no solamente las de quienes los vulneran, sino también las de aquellos que no condenan las violaciones o adoptan ante ellas una actitud de resignada pasividad.

El radical desprecio del ser humano que significa la discriminación racial y la política de *apartheid* constituyen el ataque más flagrante a la concepción de la unidad del género humano. Frente a ella es preciso adoptar todas las medidas necesarias para conseguir su desmantelamiento y su total abolición. Hay que hacer entrar en razón a los que, presos de sus prejuicios y temores, además de condenar a la gran mayoría de sus compatriotas a una dominación y vejación intolerables, ciegan el futuro de su propio país.

En estos últimos tiempos la cooperación internacional por medio de cauces multilaterales está siendo progresivamente menoscabada. Lo cierto es que, en nuestro mundo, cada vez más interdependiente, numerosos problemas imponen el estudio y la búsqueda de una solución en el marco multilateral.

A las dificultades a las que se enfrentan tradicionalmente las Naciones Unidas, se han añadido este último año graves problemas institucionales y financieros.

El secretario general, cuya acción merece nuestro reconocimiento y apoyo, ha llevado a término valientes iniciativas. Por su parte, esta Asamblea habrá de examinar y adoptar las decisiones necesarias para mejorar la eficacia y la buena administración de la Organización. La comunidad internacional no puede permitir que las Naciones Unidas, que son el mejor instrumento a escala general para el mantenimiento de la paz y la seguridad; que llevan a cabo una inestimable labor de cooperación en múltiples campos; que son depositarias de la idea de un orden internacional regido por el derecho, vean menoscabada su acción y disminuido su prestigio por falta de medios financieros o por una inadecuada asignación de los recursos disponibles.

El período de sesiones que se inicia será sin duda importante para encontrar soluciones a tantos problemas que definen una situación internacional no exenta de graves inquietudes, pero que también encierra posibilidades de progreso hacia los fines que nos marca la Carta.

Estoy seguro de que la Asamblea seguirá avanzando en su camino, por difícil que a veces sea, hacia la paz, la seguridad y la cooperación.

Muchas gracias, señor presidente.

**PALABRAS DE SU MAJESTAD EL REY A LA COMUNIDAD
IBEROAMERICANA CON MOTIVO
DE LA PRIMERA CUMBRE IBEROAMERICANA**

Guadalajara (México), 18 de julio de 1991

Señor presidente, señores jefes de Estado, señores presidentes de Gobierno, quisiera agradecer al presidente de México sus palabras de salutación y su magnífica hospitalidad, puesta de relieve de manera espléndida desde el primer momento de nuestra llegada a este país y, muy singularmente, en esta noche.

España, consciente de la trascendencia del momento que vivimos, acude a este encuentro con espíritu de servicio y voluntad solidaria, para compartir no sólo la historia, sino también el presente y el futuro.

Dijo aquel gran hombre universal que fue Miguel Ángel: «Dios dio una hermana al recuerdo y la llamó esperanza».

Desde el recuerdo compartido, pongamos nuestra esperanza en un futuro común y trabajemos para conseguir el progreso y cimentar los principios de la democracia, del respeto a los derechos humanos y del desarrollo de nuestros pueblos.

Después de haber recibido con honda emoción los sentimientos de afecto de tantos pueblos de este continente y de comprobar la firmeza de los lazos que nos unen, mi país recoge ilusionado y agradecido el testimonio de manos mexicanas y sabrá honrar la confianza que tan altos mandatarios en él han depositado.

Asumimos una gran tarea, pero en nuestro camino no faltarán ni la imaginación ni el desvelo. Tengan la seguridad de que España, con el generoso respaldo de todos ustedes, multiplicará las ilusiones que hoy le confían para poder entregar a su sucesor, Brasil, una comunidad más desarrollada.

1992 es un año de capital importancia para España, pues quedará resaltada de manera particular su personalidad internacional. Al mismo tiempo que nos encaminamos de manera imparable hacia una Europa sin fronteras, España se abrirá al mundo, y de manera muy especial a Iberoamérica. Es una tarea que me incumbe, de acuerdo con nuestro ordenamiento constitucional, y a la que me entregaré con auténtica vocación.

Este año nos brinda una buena ocasión para que ustedes descubran, con su participación en la Exposición Universal y en los Juegos Olímpicos, la nueva imagen de una España, que ilusionada les espera.

Quiero cursarles la más cordial invitación para asistir a la II Cumbre Iberoamericana, que tendrá lugar en Madrid, en julio del año próximo.

Para entonces, el edificio, cuya primera piedra hoy hemos puesto, será ya más sólido y visible en un mundo internacional cada vez más complejo y competitivo.

Señor presidente, permítame que levante mi copa por esta Comunidad Iberoamericana, libre, próspera y solidaria.

PALABRAS DE SU MAJESTAD EL REY AL MUNDO OLÍMPICO

Palacio Real de Pedralbes, Barcelona (España), 25 de julio de 1992

Estamos a punto de dar comienzo aquí, en Barcelona, al más universal de los acontecimientos de la era moderna: los Juegos Olímpicos. Durante las dos próximas semanas, esta ciudad será el principal escaparate del mundo, el lugar sobre el que estará concentrada la atención de millones de personas de los cinco continentes.

Será una gran fiesta deportiva, una inmensa celebración popular que hemos preparado durante años con un esfuerzo sostenido y prolongado, con serena responsabilidad.

La difusión masiva del deporte de competición es uno de los fenómenos culturales más característicos del siglo XX. Los Juegos Olímpicos han quedado asociados a los ideales de la paz, la cooperación y la comunicación entre los pueblos, y por ello, su valor simbólico es inmenso.

Cada cuatro años, jóvenes procedentes de todos los rincones del planeta se reúnen en una ciudad para competir noblemente en las distintas disciplinas deportivas. Las diferencias políticas, económicas, raciales, religiosas o de cualquier clase que dividen a la humanidad pasan entonces a segundo plano. Triunfa así la tolerancia y, en base a ella, la amistad.

Barcelona ha tenido el gran honor de albergar estos Juegos de la XXV Olimpiada en un año de enorme significado para nosotros, el mismo año en que celebremos el V Centenario del encuentro con nuestros hermanos de América; probablemente, el acontecimiento singular que más universal ha hecho la historia de la humanidad.

En nombre de Barcelona, Cataluña y España, quiero dar la bienvenida a toda la familia olímpica y agradecer muy especialmente la visita de los jefes de Estado y de Gobierno, de todos los mandatarios y representantes de distintos países que aquí se encuentran, cuya presencia es un testimonio más de la fuerza aglutinante de los Juegos Olímpicos y de su capacidad para promover el diálogo y la solidaridad entre las naciones.

Brindo por el éxito de estos Juegos, los más universales celebrados hasta la fecha, y por quienes han trabajado denodada y eficazmente para hacer realidad la gran fiesta olímpica que hoy comienza.

Brindo por los deportistas, que se han preparado con tesón para estar aquí y que despertarán nuestra emoción y nuestra admiración con su noble competir.

Brindo, finalmente, porque Barcelona sea en estos días el marco en el que todos, unidos por el ideal olímpico, demos una nueva oportunidad a la paz y la concordia entre los hombres y las mujeres del mundo entero.

PALABRAS DE SU MAJESTAD EL REY A LA ASAMBLEA NACIONAL DE LA REPÚBLICA FRANCESA

París (Francia), 7 de octubre de 1993

Señor presidente, el honor que me hacéis al invitarme a esta reunión con vosotros y concederme el privilegio de dirigiros la palabra desde lo alto de esta tribuna prestigiosa, es excepcional por varias causas y soy plenamente consciente de ello.

En realidad, al pensar en esta circunstancia, se comprende con facilidad mi presencia entre vosotros. Por considerable que sea vuestra benevolencia hacia mi persona –y no dudo en absoluto de la misma–, es el interés efectivo, siempre amistoso y con frecuencia apasionado, por la España nueva que represento, lo que justifica vuestra invitación.

La España que, después de una larga historia sembrada de dificultades ha encontrado al fin el camino de la modernidad democrática a lo largo del último cuarto de siglo. España ha sabido afrontar con coraje y con decisión gracias a un impulso colectivo los múltiples desafíos de la modernización económica y de la democratización política, y ha recobrado así su puesto y su papel en Europa y en el mundo.

Es lo esencial que ha vuelto a sacar a la luz y a poner en acción sus profundas virtudes de tolerancia, de diálogo y de respeto del otro, antiguas virtudes arraigadas que tanto han contribuido a moderar su personalidad de país complejo y fronterizo, resultado de encrucijadas, de fértiles mixturas e influencias ricas y variadas.

España, dentro de la unidad cuyo símbolo es la Monarquía que encarno, ha vuelto a encontrar y ha profundizado en las riquezas de su diversidad, en el pluralismo de las culturas nacionales que constituyen su identidad histórica.

Esa España, señor presidente, a la que habéis querido honrar al invitarme. Ella os lo agradece.

Señoras y señores diputados, al comenzar Alexis de Tocqueville sus consideraciones sobre el Antiguo Régimen y la Revolución se preguntaba si Francia había ejercido una benefactora influencia sobre los hombres de su época. Dejaba al porvenir el cuidado de decidirlo, pero nadie puede dudar que esa influencia ha sido grande.

La razón de ello era fácil de explicar, según Tocqueville. El pueblo francés –escribe–, rompiendo todo vínculo con sus recuerdos, pisoteando sus viejos usos, repudiando sus antiguas costumbres, escapando de manera violenta a las tradiciones familiares, a las opiniones de los clásicos, al espíritu provinciano, a los prejuicios de la nación y al imperio de las creencias, proclama que la verdad es una, que no se modifica ni por el tiempo ni por el lugar, que cada uno puede descubrirla y debe adoptarla.

En pocas palabras, según Tocqueville, no es por ser ideas francesas por lo que las ideas de Francia han triunfado en Europa y en el universo, sino precisamente por ser ideas universales. Han sido adoptadas por su dimensión general –afirma él–.

Ahora bien, la marcha de España hacia ese universalismo de la razón democrática no ha sido fácil. Ha estado sembrada de obstáculos, con momentos de avance y momentos de retroceso. La relación entre nuestros dos países, entre nuestros dos pueblos, ha estado en el centro de esa marcha. Hace dos siglos vuestros ilustres predecesores aprobaron la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano –y yo me jacto de contarme entre aquéllos, numerosos a través del mundo, para quienes ese texto constituye una fuente permanente de inspiración– y desde entonces nuestras relaciones, ya fuese en la desgracia o el malentendido, aunque mucho más a menudo en la entente y la curiosidad recíprocas, han producido la consolidación primero y, después, una sólida base para una alianza necesaria y fructífera. Alianza que nos imponen la historia y la geografía, como fácilmente convendréis.

Considerando nuestra realidad de los dos últimos siglos con una perspectiva desde la altura, y en particular el tiempo más reciente, se desprende una conclusión.

Los momentos en que España se encierra y se aísla, cultivando su diferencia y haciendo alarde de una autenticidad con frecuencia arcaica, son aquéllos en los que las libertades públicas se hallan limitadas o escarneadas. Los momentos, por el contrario, en que esas libertades se restablecen y amplían, son los de la apertura de España al mundo y los del intercambio de los frutos de su creatividad.

Pero si España en esos momentos de repliegue sobre sí misma ha conocido desgarros internos, también ha encontrado al mismo tiempo en Francia una tierra de asilo y acogida para las sucesivas generaciones de exiliados e inmigrantes, buen número de los cuales acabará optando por una plena y completa integración en la vida de vuestro país.

La gran tela de Pablo Picasso *Homenaje a los españoles muertos por Francia* es el símbolo más acabado, más conseguido, más vigoroso también, de una comunidad de destino forjada por nuestros dos pueblos en la lucha por la libertad.

Señor presidente, decía a la Asamblea al comienzo de mi discurso que el privilegio que me concedéis era extraordinario por varias razones. He aquí la segunda.

Desde hace algún tiempo, ningún jefe de Estado extranjero, había tenido la oportunidad de hacer uso de la palabra desde esta histórica tribuna. Fue en febrero de 1919, en efecto, con motivo de los trabajos de la Conferencia de la Paz reunida en París, cuando Woodrow Wilson, presidente de los Estados Unidos, se dirigió desde aquí mismo a los parlamentarios y al pueblo francés.

Comprendéis, pues, mi emoción al ver que hoy se reanuda, con mi presencia entre vosotros, el hilo lejano e interrumpido de esta tradición. En 1919, desde esta tribuna el presidente Wilson proclamó: «¡Vamos a hacer un mundo para vosotros, en el cual se vivirá bien y en el que todas las naciones podrán gozar de la herencia de la libertad que las Potencias Aliadas han pagado tan caro!».

Nadie se atrevería hoy a repetir de manera inocente las mismas palabras. Después de pronunciadas, tuvo lugar una segunda guerra mundial todavía más mortífera que la primera. El mundo ha vivido durante decenios en el equilibrio del terror nuclear. Se han venido abajo imperios o han quedado deshechos. Los imperios coloniales primero, el imperio soviético después.

Durante los trastornos y los torbellinos que han seguido a todo esto, naciones durante mucho tiempo oprimidas se han vuelto a encontrar con sus asuntos públicos pendientes y con su propia soberanía, fenómeno evidentemente muy positivo.

En otros casos, la afirmación nacional, por legítima que sea, ha adquirido la forma inadmisibles de la violencia y de la purificación étnica, transformando las fronteras en algo muy distinto, en cicatrices arbitrarias y sangrantes marcadas sobre el frágil tejido de historias inacabadas. Ahora bien, el gran escritor catalán Josep Plá ha escrito: «La frontera no es un límite: es una gran ventana abierta».

Guardémonos, sin embargo, de considerar el desorden actual y de lamentar el orden antiguo. Este se encontraba fundado sobre el silencio de

los pueblos amordazados, sobre la toma como rehenes de centenares de miles de hombres y mujeres, víctimas anunciadas de un conflicto nuclear. El fin de la Guerra Fría y la división artificial de Europa, así como las gigantescas mutaciones que se han producido en nuestro continente y a escala planetaria desde 1989, han transformado radicalmente nuestra perspectiva. La amenaza nuclear se ha visto reemplazada por la incertidumbre; el equilibrio del terror por la multiplicación de focos de desequilibrio regional o local. El progreso de las libertades tiene lugar de manera paralela en los países del antiguo bloque del Este bajo dificultades económicas, sociales y de identidad nacional.

Sin duda hay que poner remedio al desorden actual, mediante el despliegue de la imaginación política, a través de una estrategia que ha de elaborarse colectivamente, en las instancias legítimas de la comunidad internacional. Pero, sobre todo, hay que poner remedio y ello no ha de extrañar ni horrorizar, al desorden de la vida recuperada o de la libertad reencontrada.

Señor presidente, señoras y señores diputados, cualesquiera que sean las analogías que se puedan establecer –y son numerosas– entre la época en que el presidente Wilson tomó la palabra en esta Asamblea, y la época en que yo lo hago al cabo de tres cuartos de siglo después, dos diferencias saltan a la vista.

Y ambas son considerables. Aparecen indudablemente como cruciales para la continuidad de la historia.

La primera diferencia afecta al lugar que ocupa la democracia en el universo mental y político de las dos épocas.

Después de salir en 1919 de una guerra mortífera cuyo sentido y objeto escapaban a la mayoría de los pueblos europeos agotados y desmoralizados, la democracia era un sistema desacreditado, criticado y atacado por todas partes.

La democracia parlamentaria, liberal, del mundo occidental se había hecho responsable no sólo de las absurdas matanzas de la guerra sino también de la crisis económica y social de la posguerra.

Es en ese clima político enrarecido en el que se han alzado con fuerza movimientos revolucionarios de signo contrario, pero de intención totalitaria, unos u otros. Movimientos que obtuvieron en los años treinta un apoyo popular lo bastante amplio para emprender una ofensiva general contra las democracias.

Hoy la situación es otra, diferente por completo.

Cualesquiera que sean los problemas que conocen nuestras sociedades –y son graves, a veces dramáticos, pues son el efecto de una crisis de civilización y el reflejo de un cambio en el equilibrio planetario–, nadie piensa hoy encontrar una solución para ellos más allá de nuestros sistemas democráticos de economía social de mercado.

Lo que se propugna es la reforma de nuestras sociedades frente a la crisis, según programas políticos que pueden oponerse legítimamente, pero que respetan todas las reglas del juego democrático. Nadie piensa hoy en ir más allá de éstas por la vía de una ruptura revolucionaria del tejido social.

Así, la herencia de libertad que evocaba el presidente Wilson en esta tribuna en 1919, tan desacreditada en los siguientes decenios, herencia que se ha mostrado largo tiempo tan frágil y tan amenazada, ha sobrevivido a las vicisitudes de la historia, hasta alcanzar su plenitud hoy como sistema mundial frente al cual ninguna alternativa histórica ha podido prevalecer.

La segunda diferencia mayor entre la época del presidente Wilson y la nuestra se refiere a Europa.

Verdaderamente, como figura espiritual, como territorio de intercambios culturales donde se han forjado y se han reelaborado aportaciones diversas, Europa existe desde hace siglos. Verdaderamente, con el Renacimiento y el descubrimiento del Nuevo Mundo, Europa ha medido con la vara del planeta la validez –también los límites– de sus normas morales, sus modos de producción y de distribución de la riqueza.

Verdaderamente, desde la época de las luces y de las revoluciones, se ha impuesto el modo de vida europeo como la imagen propia o el modelo de la modernidad, con la imparable y con la frecuente brutal objetividad de los procesos históricos, esto es, creando felicidad y bienestar pero provocando también desastres ecológicos y culturales.

¿Se puede afirmar por ello que Europa existe? ¿Se puede sostener que es una verdadera comunidad de naciones que unifica sus esfuerzos progresivamente con un objetivo común, libremente decidido y compartido?

Europa, a pesar de todos los tratados, pactos y ententes que constituyen la trama de la Paz de Versalles, esa Europa ¿era algo distinto que un ensamblaje de naciones diferentes, que no influían las unas en las otras más que por las rivalidades del comercio o los combates de la fuerza?

Europa, señor presidente, señoras y señores diputados, esa Europa que vamos construyendo, es una idea nueva en el mundo.

No evocaré aquí –están en las memorias de todos– los nombres de los padres fundadores. No me extenderé en los méritos de esos personajes ilustres que han establecido, con el voluntarismo de la razón y de la esperanza, los fundamentos de nuestra actual Comunidad. Una palabra, sin embargo, para subrayar en el papel fundamental de las instituciones democráticas en la idea de Europa.

Desde sus orígenes, ese papel ha resultado decisivo en todas las etapas de la construcción europea. Pero las circunstancias imponen, me parece, que este papel se incremente. Así, al término del sucinto análisis comparativo –tan sucinto que corre el riesgo de pareceros esquemático, pero comparación no es razón, sino todo lo más incitación a la reflexión– podemos definir la novedad del momento actual de nuestra historia por el indiscutible reforzamiento, además de indiscutido, al menos de modo global y radical, del sistema democrático y, en segundo término, por la existencia de la Comunidad Europea. Es sobre estos dos elementos nuevos e íntimamente ligados sobre los que tenemos que trabajar y tomar apoyo para afrontar las turbulencias de la crisis actual, cuya larga duración es probable.

Señor presidente, los desafíos a los que Francia y España deben hoy hacer frente, son sin duda más apremiantes que los que hubimos de afrontar en 1958, en el momento de la fundación de la V República, o en 1975, al comienzo de mi reinado.

Son desafíos que afectan al funcionamiento del conjunto de nuestras sociedades, a todos los niveles de las estructuras económicas y de los códigos ideológicos y éticos.

No obstante, en cierto modo todo da vueltas y forma torbellinos, todo se articula o se desagrega en función del acontecimiento mayor de este fin de siglo: el desmoronamiento del sistema de lo que se llamaba el bloque del Este.

Ese acontecimiento extraordinario de desmoronamiento acaba de trastornar todos los datos políticos, todas las estrategias y todas las previsiones. Exige por nuestra parte una respuesta adecuada, esto es, igualmente extraordinaria.

Se oye decir a veces a este propósito que la historia nos ha cogido de sorpresa. Mejor hubiera sido, se nos dice, que el desmoronamiento se hubiera

producido algunos años después. Así, la Comunidad Europea habría podido prepararse adecuadamente. Sin embargo, se trata de una opinión incoherente, de un verdadero sofisma.

Primero, porque la historia siempre nos pilla de sorpresa. Cualquiera que sea el talento de los historiadores y de los sociólogos en describirnos *post festum* su carácter inevitable, ningún acontecimiento histórico mayor habrá hecho jamás algo diferente que coger de sorpresa a los contemporáneos.

¿Es posible entonces prepararnos para un acontecimiento imprevisible? Nadie puede prepararse para esto de manera distinta que la espiritual, en la subjetividad de una esperanza o de una creencia.

Por lo que nos afecta, por lo que concierne a Francia y a España, comprometidas en un mismo proceso europeo, no sería posible que esa pequeña frase de que la historia nos ha pillado de sorpresa sirva hoy de pretexto para nuestra pusilanimidad, para nuestra pereza moral o práctica.

Hemos confirmado muchas veces estos últimos años que estamos de acuerdo en las prioridades y en el ritmo de relanzamiento necesario que permita alcanzar el estatuto y la estatura de una Europa unida, que hable con una sola voz y que tenga un mismo peso en los asuntos del mundo. Las tensiones producidas por la desaparición del antiguo orden europeo han llevado la guerra a nuestras puertas, han producido la insurgencia en ciertos países del centro y del este de viejos tropismos nacionalistas intransigentes, el crecimiento de las presiones migratorias sobre nuestras fronteras y el estancamiento económico generalizado.

Pero la Europa comunitaria no puede ignorar al resto del continente. Necesitamos tender la mano a las nuevas democracias emergentes y tratar de contribuir a su estabilidad. Debemos lamentar que carezcamos todavía de los medios políticos para impedir tragedias como la que se ha abatido sobre la antigua Yugoslavia. Se puede poner en duda la eficacia de los esfuerzos que Europa ha desplegado desde hace casi dos años, pero no la recta intención de todos los que –en el marco de la CE y de la ONU– hemos participado en ese esfuerzo para aliviar los sufrimientos y hallar soluciones justas y viables.

España y Francia trabajan juntas sobre la realidad. España se siente orgullosa de sus soldados, que socorren a poblaciones civiles maltratadas por la guerra. Han caído como sus camaradas franceses en defensa del derecho de los enfermos a ser curados, el derecho de los niños a ser alimentados y protegidos y el derecho de todos a vivir en paz.

Señor presidente, la presión de todos estos cambios e incertidumbres sobre la Europa que estamos construyendo es formidable. La Comunidad Europea ha sido un punto de referencia continuo de aquellas transformaciones en la Europa central y oriental: todavía es su objetivo. Hemos vivido largos meses de frustración de los ideales europeos en el curso de los cuales la desafección real de muchos ciudadanos –sin duda incrementada por la incertidumbre económica– ha aparecido a la luz del día.

Son sensibles las tensiones, agravadas por la amplitud del paro y por las incertidumbres de la situación económica. Tensiones entre quienes se proponen acelerar el movimiento y aquellos otros a quienes la amplitud de los cambios arroja al subdesarrollo.

Tensiones sobre los partidarios de una ampliación inmediata de la Comunidad y los que propugnan la consolidación y la transformación previa de las estructuras actuales. Tensiones entre los elementos de supranacionalidad, que la profundización de las responsabilidades comunitarias comporta de manera natural, casi orgánica, y, de otro lado, las exigencias históricas de las identidades nacionales.

En esta reflexión, en esta búsqueda de vías nuevas y de energía común renovada, España aporta su experiencia y su esperanza. La experiencia es fácil de definir, incluso aun cuando haya sido dolorosa de vivir, en las profundidades de la vida social y espiritual de mi país. Lo que preserva la identidad de los pueblos y de las culturas no es el repliegue sobre sí mismas, ni es la protección artificial contra los vientos de la historia, ni siquiera cuando sopla un huracán.

Lo que protege nuestra identidad, como lección que España ha aprendido y que proclama, sin arrogancia, pero con firmeza, es la profundización permanente de la democracia. Señor presidente, señoras y señores diputados, las relaciones entre nuestros dos países son hoy mejores que nunca, como lo recordaba en Albi el año pasado el presidente de la República.

Son profundas, amplias, fundadas en el respeto mutuo y en el ideal compartido de la Razón democrática.

Hemos recorrido juntos, a lo largo de los dieciocho últimos años, un camino sin precedentes en el acercamiento de nuestros dos pueblos.

Hemos superado las dificultades del pasado. Nuestros escritores, nuestros intelectuales –y me gustaría saludar en particular el inmenso trabajo

de vuestros hispanistas– han superado los tópicos antiguos y han abandonado la facilidad de los lugares comunes.

Nuestra cooperación en todos los ámbitos ha encontrado concreta expresión, no sólo eficaz sino poderosamente simbólica en la lucha común de nuestras democracias contra el terrorismo, que es el último vestigio atrozmente arcaico y ciego de un pasado de intolerancia totalitaria.

Y sin duda queda mucho por hacer, tanto en el marco de las relaciones bilaterales como en el de la construcción europea. Señor presidente, señoras y señores diputados, Francia y España por su historia y por la irradiación de sus culturas nacionales tienen responsabilidades que rebasan sus fronteras, más allá incluso de sus responsabilidades de países europeos y aliados, y en el caso de Francia como potencia nuclear y miembro permanente del Consejo de Seguridad. Tenemos lazos de naturaleza particular con países a los que hemos estado unidos durante largos períodos de nuestra historia.

España considera que estos lazos que la unen a los países de América Latina son más importantes hoy que nunca, justamente en razón de las transformaciones de la vida internacional a las que acabo de referirme.

Estos lazos –institucionalizados desde 1991 en la Conferencia Iberoamericana y reforzados con ocasión de la conmemoración del V Centenario del descubrimiento de América– son una contribución importante a la estabilidad por la vía del reforzamiento de la identidad y del nuevo papel que estos países deben desempeñar en un mundo que ya no es bipolar ni dividido.

En América Latina, donde penetraron las ideas de la Revolución Francesa, aunque se frustraron a menudo por dificultades económicas y políticas, esas relaciones pueden contribuir al definitivo arraigo de la democracia que ha hecho progresos formidables en los últimos años. Tienen también la consecuencia de aproximar aquel fabuloso continente, lleno de creatividad y de recursos, de inteligencia y de iniciativa al conjunto de Europa, cuyos valores e ideales comparte.

España comparte además con Francia una dimensión mediterránea que alcanza de manera singular a los países del Magreb, nuestros vecinos. No habrá verdadera estabilidad en el Mediterráneo salvo que las diferencias de nivel de vida entre las dos orillas se atenúen. Nos incumbe a nosotros, franceses y españoles, hacer comprender a nuestros socios comunitarios, que necesitamos abrirnos a sus preocupaciones y contribuir a su desarrollo.

Señor presidente, Francia y España deben también emprender juntas los desafíos globales que se nos presentan en este fin de siglo.

Entre éstos el desafío mayor, el más apremiante, es el de dar esperanza a los abandonados de la historia, a los desencantados de la descolonización y de la desestalinización y a todos los que no han conocido del siglo XX otra cosa que la miseria.

Señor presidente, acabáis de recordar una sentencia de André Malraux: «Francia no es ella misma –ha dicho– sino cuando manifiesta una parte de la esperanza del mundo». Fórmula chocante y bella en su equilibrio dialéctico, cuyos términos no se pueden desunir sin falsificarlos.

Y llevar una parte de la esperanza del mundo para ser ella misma, quiere decir que es preciso ser a la vez ella misma y el otro en el mismo movimiento del verbo y de la acción. Que es preciso al menos ponerse en el lugar del otro para ser uno mismo: hablar por el otro cuando está amordazado, llevar sus esperanzas cuando está desesperado.

Seamos así nosotros mismos, franceses, españoles, europeos de hoy y de mañana, y sepamos por ello llevar una parte de la esperanza del mundo.

¿Qué mejor programa, señor presidente, señoras y señores diputados, podría proponerse a la juventud de nuestros países?

PALABRAS DE SU MAJESTAD EL REY A LA KNESSET

Jerusalén (Israel), 9 de noviembre de 1993

Señor presidente del Estado de Israel, señor presidente de la Knesset, señor primer ministro, señoras y señores diputados, señoras y señores, en esta ocasión en que realizamos nuestra primera visita de Estado a Israel, no podía dejar de aceptar la invitación de la Knesset y dirigirme a vuestra asamblea parlamentaria y a sus miembros, como representantes legítimos de la soberanía popular del Estado de Israel.

España ha mantenido una histórica y especial vinculación con el pueblo de Israel. Sabemos de la existencia en nuestra tierra de comunidades judías durante el Imperio romano que permanecieron durante el reino visigodo. Convertida la península ibérica en el centro más dinámico de la diáspora, los judíos españoles emprendieron la importante tarea de revitalizar la lengua hebrea, hasta entonces relegada al uso litúrgico.

El hebreo dejó de ser allí lengua muerta para convertirse en vehículo expresivo de sabios, viajeros y literatos como Yehudá Haleví, Mosé Abén Esrá, Maimónides y Benjamín de Tudela. Esa riqueza ha permitido hablar de una edad de oro del judaísmo en España. España está también presente en vuestra lengua en la expresión que hace referencia a cosas bellas y difíciles de alcanzar, *Jalomot beAspania*.

Junto a esta emoción del reencuentro con los elementos de la cultura de Sefarad, quisiera a su vez expresar mi reconocimiento al histórico papel desempeñado por esta Asamblea. Su constitución, tras las elecciones de 1949, fue el ejemplo esencial de la voluntad democrática de los padres de Israel y de su pueblo.

Desde entonces, sin interrupción alguna a pesar de las dificultades internas y regionales, la vida política del Estado de Israel ha estado definida siempre por el respeto y la defensa de los valores democráticos y del pluralismo de una sociedad libre en la que conviven diferentes actitudes y proyectos políticos.

En la Knesset se encuentran representadas no sólo las diversas tendencias políticas de vuestra población, sino también las distintas comunidades que componen la sociedad israelí. Israelíes de religión judía, israelíes de confesión drusa y ciudadanos israelíes de origen árabe, tienen su representación en estos escaños.

La Knesset es conocida en el mundo entero por su actividad y la viveza de sus debates. Esta vitalidad es representativa del estado de ánimo de un pueblo que no se conforma con lo alcanzado hasta ahora, sino que quiere seguir progresando hacia nuevas metas. Señor presidente, señoras y señores diputados, España e Israel comparten la fe en la democracia y en su piedra angular, la institución parlamentaria. La Knesset ha mantenido una relación fluida con las Cortes españolas, desde antes incluso del establecimiento de relaciones entre nuestros dos países en enero de 1986.

El 31 de marzo de 1992, el presidente del Estado de Israel, Chaim Herzog, quiso incluir nuestro Congreso en el curso de su visita oficial y pronunció allí un importante discurso. Hago votos para que los contactos entre los dos Parlamentos continúen y se amplíen en la presente coyuntura de expansión de las relaciones bilaterales hispano-israelíes.

En el momento político que atraviesa esta región, el ejemplo del Parlamento de Israel demuestra que la democracia no está reñida con la estabilidad y el mantenimiento de la paz y la seguridad.

Es necesario valor y decisión para aplicar y defender el Estado de derecho y respetar las minorías y los derechos humanos de todos sus ciudadanos.

Señor presidente, son múltiples los retos que Israel y España deben afrontar en un mundo en continuo cambio.

La caída del muro de Berlín y el desmembramiento de la Unión Soviética fueron acontecimientos que vinieron a conmover profundamente el viejo orden político internacional.

La comunidad internacional ya no se rige por el enfrentamiento ideológico este-oeste y los diferentes países pueden ahora abordar con plena libertad de acción sus verdaderos desafíos sin la necesidad de que éstos se resuelvan mediante su reenvío a instancias bipolares.

Hoy día otros objetivos parecen más acuciantes: la victoria de la democracia, el respeto de los derechos humanos, el establecimiento del Estado de derecho, la erradicación de toda forma de racismo y xenofobia, el desarrollo económico, la protección internacional del medio ambiente y de los recursos naturales. Todos ellos constituyen la condición necesaria para consolidar un sistema de paz y seguridad en cualquier región del mundo.

Será difícil instaurar un régimen protector de la dignidad de la persona, promotor de un sistema económico moderno si no existe una paz previa que garantice la convivencia entre los hombres y mujeres de este ámbito. Una realidad diferente empieza a emerger en Oriente Medio.

Señor presidente, otras murallas empiezan también a tambalearse en esta región. La bíblica ciudad de Jericó y la franja de Gaza empiezan a escuchar con esperanzas las trompetas de la paz. Los viejos esquemas no son válidos para tratar de comprender la nueva dinámica de cambio, que parece instalarse en esta zona.

Hace ahora dos años, mi país tuvo el honor de organizar la Conferencia de Paz sobre Oriente Medio. En Madrid se dio un paso decisivo y revolucionario. Por primera vez se abandonó la dinámica de confrontación y se realizó una apuesta en favor de la negociación como vía para resolver los problemas del pasado.

En el Palacio Real se produjo un cambio cualitativo y trascendental, que nos permite hoy a todos hablar de un antes y un después de Madrid en la historia de Oriente Medio. Con altibajos, el proceso ha seguido su curso y producido importantes avances.

Hace unas semanas, todos volvimos a ser testigos de otros acontecimientos decisivos para el devenir de los pueblos y los Estados de Oriente Medio: la firma de la Declaración de Principios entre Israel y la OLP y el intercambio de documentos. En ellos, la Organización para la Liberación de Palestina reconoce el derecho de Israel a su existencia y renuncia a la utilización de métodos que no sean la negociación y el diálogo para la solución del conflicto. Israel, por su parte, reconoce a la OLP la condición de representante del pueblo palestino.

A ustedes, como representantes del pueblo israelí, les ha correspondido también en esta ocasión hacer historia y no ser meramente testigos de ella.

Después de un debate, en el que expresaron abiertamente sus diferencias de opiniones por cauces democráticos y parlamentarios, su aprobación de la Declaración de Principios, firmada en Washington, supuso una decisiva contribución a un nuevo horizonte de paz y cooperación, abierto a todos los pueblos de la región.

La Conferencia de Madrid y la firma de Washington, constituyen pues los dos acontecimientos más relevantes en favor de la paz en Oriente Medio.

Ambos están imbuidos de esperanza, pero ninguno está exento de las graves tensiones del presente.

Señor presidente, señoras y señores diputados, España siempre ha abogado por la búsqueda de una solución definitiva, que respete los derechos legítimos de todos y de cada uno de los pueblos de la región.

La paz sólo será definitiva si alcanza a todos los países de la zona. El establecimiento de una agenda de negociación con Jordania es un signo esperanzador que ojalá se vea acompañado por pasos similares en las negociaciones con Siria y Líbano.

El camino que queda por recorrer es largo. En todo caso, conviene tener en cuenta dos premisas. La primera, el derecho de todos los Estados a la existencia, dentro de fronteras seguras y reconocidas internacionalmente. La segunda, garantizar a todos los pueblos de la región el pleno ejercicio de sus derechos y libertades fundamentales, incluido el derecho a la libre autodeterminación de pueblo palestino. Compromiso territorial y seguridad, principios básicos de las Resoluciones 242 y 338 del Consejo de Seguridad, siguen siendo el marco de una solución permanente del conflicto.

Sólo ese resultado sentará las bases para la prosperidad de esta región, una vez establecido el necesario clima que permita la cooperación para el uso de sus recursos, en especial la tierra y el agua, en beneficio de todos sus habitantes.

Para alcanzar con rapidez y garantías este resultado, es necesario establecer unas medidas de confianza que tomen como guía el respeto de los derechos humanos y evitar acciones que provoquen el comportamiento violento de los sectores radicales. Así se podrá ir creando una atmósfera de tolerancia y diálogo indispensable para afrontar pacíficamente el futuro. Como dijo una voz de vuestro pueblo, Jasak Veemáz, «sed valientes».

España, que históricamente se encuentra ligada por profundos lazos de sangre, cultura y civilización con judíos y árabes, apoya decididamente el proceso de paz y desea fervientemente que reine para Israel y para todos sus vecinos un futuro de convivencia y libertad.

En la medida de sus posibilidades, mi país aportará su contribución al esfuerzo coordinado de la comunidad internacional.

La tradición de libertades políticas, culturales y religiosas que adornan al Estado de Israel y la democracia pluralista que encarna la Knesset pueden servir de faro orientador a esta región en su andadura hacia un futuro de paz, cooperación y prosperidad para todos sus pueblos.

Me consta que el pueblo israelí sabe que ha llegado el momento de la generosidad, que es preciso tener visión de futuro y que es necesario sustituir la desconfianza mutua por la buena voluntad. El respeto del otro sólo podrá triunfar si se erradican de esta región la incomunicación, la violencia, la discriminación y el conflicto.

El precio de la paz es siempre mucho menor que el de la guerra. En ese camino, cuentan ustedes con la comprensión y la ayuda de la comunidad internacional y desde luego con el decidido apoyo de España.

Señor presidente, este nuestro primer viaje a Israel tiene una profunda significación en el contexto de las relaciones existentes entre nuestros dos países.

La historia de nuestros dos pueblos ha atravesado por épocas brillantes, por períodos de claroscuro y por momentos de incompreensión y de total distanciamiento. Sin embargo, es necesario contemplar el futuro con el optimismo y con la esperanza que nos brindan las experiencias de estos últimos tiempos.

Hemos avanzado considerablemente en nuestro objetivo común de consolidar un profundo y tupido entramado de intereses, de contactos y de cooperación en todos los sectores.

Sé que la Knesset no es ajena a este espíritu que nos anima a todos y que en su seno existe una Liga Parlamentaria de Amistad Israel-España, integrada por miembros de diferentes partidos políticos. Ello es señal evidente de que, por encima de las tendencias ideológicas, se impone una voluntad común de avanzar en nuestro conocimiento mutuo y de crear una vía de diálogo permanente.

Señor presidente, España e Israel tienen ante sí un futuro fecundo de nueva cooperación, pero también tienen la obligación de contribuir a que el mar del que ocupamos las riberas más alejadas recupere su ancestral papel de crisol de culturas y de civilizaciones, de pacífico espacio de convivencia.

Ser mediterráneo implica un especial bagaje para aprender las lecciones del pasado en lo que significan de evitar errores y generar coexistencia y paz, un particular talante para zambullirse en una realidad cambiante que nos hace día a día más interdependientes.

La vocación mediterránea de España se traduce ahora en un acentuado interés de mi país por la estabilidad y el desarrollo social y económico de la región en un marco de seguridad y cooperación, progreso y libertad. Este mar debe recuperar su pasada pujanza como cruce de culturas, sentido del equilibrio y espíritu de tolerancia y convivencia.

Que la paz os acompañe.

PALABRAS DE SU MAJESTAD EL REY EN LA INAUGURACIÓN DEL I CONGRESO INTERNACIONAL DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Zacatecas (México), 7 de abril de 1997

Señor presidente de los Estados Unidos Mexicanos, distinguidas autoridades, señoras y señores,

Nos sentimos muy honrados de asistir a los actos de inauguración del «Primer Congreso Internacional de la Lengua Española», en esta hermosa ciudad de Zacatecas.

En la clausura de la Exposición Universal de Sevilla, en 1992, el Dr. Ernesto Zedillo Ponce de León ofreció gentilmente la hospitalidad de México para la celebración de esta reunión científica. Sean, pues, mis primeras palabras de agradecimiento a México, a su Gobierno, a la Secretaría de Educación Pública y al Estado de Zacatecas, por haber acogido con tanta generosidad y simpatía el Congreso «La lengua española y los medios de comunicación».

Nos han convocado aquí el amor a la lengua española y la preocupación por su futuro en un campo de tanta importancia para la comunidad hispanohablante.

México, tierra de nuestra historia común, es un privilegiado punto de partida para un compromiso de preocupación y de cuidado del idioma.

Si un gran escritor, don Ramón María del Valle Inclán, pudo decir «México me abrió los ojos y me hizo poeta», México y esta reunión en la ciudad de Zacatecas deben abrirnos los ojos y, como poetas, convertirnos a todos en artífices cuidadosos del español de hoy y de mañana.

Este es el rumbo que nos han marcado magistralmente nuestros tres escritores: Gabriel García Márquez, Octavio Paz y Camilo José Cela, símbolos de tantos escritores que hoy han elevado nuestra literatura a una nueva Edad de Oro, que representan tierras tan distantes y, a la vez, tan próximas en el ámbito de la lengua española, y que son brillantes modelos de imaginación, de riqueza idiomática y de personalidad creadora.

Españoles y americanos debemos sentirnos unidos y, como ha aconsejado el profesor Rafael Lapesa, «Leernos mutuamente, escucharnos unos a otros, vernos recíprocamente actuar en nuestro ejercicio de la lengua oral, una y múltiple. Hagámosla nuestra toda, sin fronteras ni aduanas. Gocemos la literatura panhispánica haciendo nuestro lo creado por unos y otros». Los medios de comunicación originan imágenes audaces, innovaciones sintácticas, palabras de nueva creación.

No sólo son ejemplo magnífico de la vitalidad y variedad de la lengua española, sino que aparecen hoy como una de las principales fuentes de renovación del idioma y de extensión veloz de las novedades.

Se convierten, así, en los modelos más próximos para los hispanohablantes. De ahí que, junto con la información veraz, presidida por las ideas de libertad y de justicia, el cuidado de la lengua debe ser una de sus más deseables metas.

Este mismo cuidado debe procurarse en el mundo de la terminología, que debe ser común, y en el de los nuevos avances técnicos de la comunicación, dominio en el que nuestra lengua puede tener un excelente futuro al convertirse en el vínculo de unión de usuarios hispanohablantes, que tienen en estas nuevas técnicas las posibilidades de vencer las dificultades espaciales y de crear, a la vez, un nuevo territorio para nuestra lengua.

La lengua española es el gran vínculo de unión de nuestros pueblos, es nuestro mejor bien, y su preservación es responsabilidad de todos los miembros de nuestra comunidad.

Los sistemas educativos, en especial, deben esforzarse para que desde los primeros años de la formación escolar la lengua española, en sus distintas variedades españolas y americanas, sea sentida con el amor debido a su rico pasado y a su prometedor porvenir y que, por encima de las literaturas nacionales, nuestros escritores, de Cervantes a Sor Juana Inés de la Cruz, de Neruda a Borges, de Mutis a Monterroso, sean leídos con el placer y la admiración de su pertenencia a nuestra única historia literaria.

Felicito a las instituciones que han hecho posible este Congreso y deseo de todo corazón que la lengua española, «creada y acrecentada por el quehacer de todos, enriquecida por los ríos fecundantes de los préstamos y las peculiaridades nacionales», como la describía la pluma señera del mexicano Alfonso Reyes, tenga un futuro brillante, rico y acomodado a las exigencias de las nuevas situaciones técnicas.

En esta hermosa tarea de amar a nuestra lengua y de trabajar por su unidad futura y por su desarrollo cultural, en convivencia con otras lenguas y con otras culturas, os ofrecemos nuestra colaboración más apasionante.

Muchas gracias.

PALABRAS DE SU MAJESTAD EL REY EN EL ACTO INAUGURAL DE LA XV CUMBRE IBEROAMERICANA DE JEFES DE ESTADO Y DE GOBIERNO

Salamanca (España), 14 de octubre de 2005

Señores jefes de Estado y de Gobierno, señor secretario general de Naciones Unidas, señor secretario general iberoamericano, señores invitados especiales, señoras y señores, me cabe el alto honor y la gran satisfacción de darles, en nombre del pueblo español y en el mío propio, la más cálida bienvenida a España y a esta espléndida ciudad de Salamanca, convertida en estos días en capital del mundo iberoamericano.

Junto a ese honor y satisfacción, los españoles sentimos una especial ilusión al poder acoger esta Cumbre, pues no en vano nuestra identidad histórica, cultural y política como nación difícilmente podría entenderse al margen de la realidad iberoamericana.

Hace poco más de catorce años que iniciamos, en la ciudad mexicana de Guadalajara, el proyecto de articular sobre los pilares de la libertad, la democracia y los derechos humanos, la Comunidad Iberoamericana de Naciones.

Aún recuerdo con especial emoción aquella histórica Cumbre. Por primera vez en casi cinco siglos nos reuníamos con el noble objetivo, como entonces afirmamos, de convertir nuestras afinidades históricas y culturales «en un instrumento de unidad y desarrollo basado en el diálogo, la cooperación y la solidaridad».

Reafirmamos entonces nuestro compromiso con los derechos humanos, con el desarrollo económico y social, y con la educación y la cultura, así como con los legítimos anhelos de nuestros pueblos. Y decidimos proyectar con fuerza nuestra Comunidad, concebida como «uno de los grandes espacios que configuran el mundo de nuestros días».

Un año después, en 1992, coincidiendo con el «V Centenario del Encuentro de Dos Mundos», España tuvo el honor de albergar en Madrid la segunda de nuestras Cumbres.

Permítanme recordar aquella memorable ocasión. Sobre las líneas trazadas en México, subrayamos la importancia que revisten para nuestro

proyecto común, tanto la concertación política como los programas concretos de cooperación, que entonces se ponían en marcha.

Desde entonces, en todas las Cumbres hemos debatido sobre los grandes retos que Iberoamérica y el mundo afrontan. Nuestras Cumbres se han convertido así en la máxima expresión político-diplomática y multilateral de los lazos que nos ligan. De ahí, la gratitud que todos los presentes debemos a cuantos jefes de Estado y Gobierno también contribuyeron, con su voluntad y esfuerzo, a construir nuestra Comunidad.

Hoy, catorce años después, todos somos más conscientes del inmenso potencial que alberga la más estrecha concertación y cooperación entre las Naciones hermanas que conformamos Iberoamérica. En ese mismo período, se ha ido tejiendo además entre nuestras sociedades una tupida red de colaboración, que abarca los más diversos sectores de interés y actividad, con numerosos congresos, organizaciones, foros y asociaciones, bajo el mismo rótulo iberoamericano.

Señoras y señores,

Las metas que nos fijamos fueron ambiciosas. Constatamos que ya hemos alcanzado logros indudables y que nuestros encuentros encierran, por sí mismos, un alto significado. Por eso, debemos perseverar en su fortalecimiento.

Nos reunimos para tomar decisiones que contribuyan eficazmente a mejorar el bienestar de nuestras sociedades. En nuestras Declaraciones hemos formalizado un conjunto de valores, principios y acuerdos. Trabajamos para que se materialicen de forma efectiva.

El desarrollo de nuestro sistema de Cumbres nos llevó a buscar las mejores fórmulas para lograr la mayor cohesión interna y la más amplia proyección internacional.

En la duodécima Cumbre, celebrada en la República Dominicana, encomendamos al expresidente brasileño Fernando Henrique Cardoso que reflexionase sobre la institucionalización del Sistema de Conferencias, los mecanismos para hacer más efectiva la cooperación, y las peticiones de vinculación de terceros países a las Cumbres.

Producto de esa reflexión fue el excelente informe que nos orientó sobre las pautas a seguir. Hoy, en la decimoquinta edición de la Cumbre, que iniciamos en esta bella e histórica ciudad de Salamanca, nos congratulamos de la reciente puesta en marcha de la Secretaría General Iberoamericana; un órgano concebido para fortalecer nuestra Comunidad con un sólido apoyo institucional, técnico y administrativo.

Felicitemos a su primer titular, Enrique Iglesias, y hacemos votos por el fructífero desempeño de sus funciones.

Señoras y señores,

Durante los dos próximos días reflexionaremos sobre temas que importan sobremanera a nuestras sociedades. Permítanme que, entre ellos, subraye la proyección internacional de nuestra Comunidad. Por su dimensión y potencial político, económico, social y cultural, Iberoamérica puede y debe desempeñar un papel más relevante en el mundo actual.

Nuestra Comunidad, asentada en dos continentes, podrá coadyuvar al fortalecimiento e impulso de las relaciones entre Iberoamérica y Europa. Como principal depositaria del tesoro que representan las lenguas española y portuguesa, así como por su vasto patrimonio cultural, humano, económico y social, debe saber proyectarse cada vez con más fuerza hacia otros países y regiones del mundo.

Son muchos los millones de personas que anhelan resultados concretos de esta Cumbre. Poblaciones en muchos casos con recursos limitados, problemas de primer orden o necesidades apremiantes, que debemos contribuir a resolver.

En estos días nuestros corazones siguen desgarrados ante la dimensión de la tragedia de tantos cientos de seres humanos, víctimas de la devastación causada por el huracán *Stan*. Quiero expresar a nuestros hermanos mexicanos y centroamericanos, en particular guatemaltecos y salvadoreños, en nombre propio, y en el del pueblo y Gobierno de España, nuestro más hondo pesar y mayor solidaridad.

Les dedicamos todo nuestro apoyo y cariño, así como el compromiso de trabajar codo con codo para atender a las personas afectadas, ayudar a reconstruir las áreas devastadas y diseñar, desde ahora, mecanismos de ayuda de emergencia, coordinada y eficaz, para poder afrontar situaciones similares.

Señoras y señores,

Saludamos a Andorra como nuevo miembro de la Comunidad Iberoamericana de Naciones. A su jefe de Gobierno, señor Albert Pintat, dirijo una cálida bienvenida en nombre de todos los participantes en esta Cumbre.

También deseo agradecer la participación como invitado especial del secretario general de la Organización de las Naciones Unidas, señor Kofi Annan. Su presencia pone una vez más de manifiesto su probado interés por Iberoamérica, que se corresponde con el firme compromiso de nuestra Comunidad con el sistema de las Naciones Unidas.

Quiero asimismo saludar a los otros muchos invitados especiales, entre ellos, al presidente de la Comisión Europea, señor José Manuel Durão Barroso, un iberoamericano como todos nosotros, cuya presencia simboliza el nexo entre Europa e Iberoamérica que Portugal y España, desde el seno de la Unión Europea, se vienen esforzando por fortalecer.

Señoras y señores,

Agradezco muy sinceramente a las autoridades y ciudadanos de la Comunidad Autónoma de Castilla y León y de la ciudad de Salamanca, así como a su ilustre Universidad, la cálida y generosa hospitalidad con la que nos acogen en tan espléndido marco.

Salamanca, como ciudad única, mágica y monumental, uno de los principales escenarios de la génesis del derecho internacional y cuna de los principios jurídicos y políticos de lo que, con los siglos, ha llegado a ser la Comunidad Iberoamericana de Naciones, nos alberga con insuperable solera en esta Cumbre. A ella y a sus habitantes dirigimos nuestra admiración y felicitación al cumplirse este año el 250 aniversario de su espléndida e incomparable Plaza Mayor.

Antes de concluir, permítanme reafirmar mi firme compromiso personal e institucional como Rey de España, con el desarrollo de la Comunidad Iberoamericana. Un compromiso consustancial a la propia identidad de España, consagrado en la Constitución Española y que tiene su mejor garantía de continuidad en la vocación y dedicación iberoamericanas del Príncipe de Asturias.

Desde ese compromiso, comprenderán mi orgullo por lo que Iberoamérica representa, mi satisfacción por lo mucho que ha progresado y mi fe en lo mucho que aún podremos seguir avanzando, si lo hacemos unidos por la senda de la paz y la democracia, en favor del creciente bienestar de nuestros pueblos y naciones.

Con la esperanza puesta en el buen desarrollo y resultados de los trabajos que vamos a acometer, declaro inaugurada la «XV Conferencia Iberoamericana de jefes de Estado y de Gobierno».

Muchas gracias.

**PALABRAS DE SU MAJESTAD EL REY EN EL XXV
ANIVERSARIO DE LA FIRMA DEL TRATADO DE
ADHESIÓN DE ESPAÑA Y PORTUGAL A LAS
COMUNIDADES EUROPEAS**

Palacio Real de Madrid (España), 12 de junio de 2010

Hoy conmemoramos un día de especial significación para Portugal y para España.

Se cumplen veinticinco años de la firma del Tratado que sellaría la plena incorporación de ambos Estados ibéricos a la gran familia europea. Un aniversario que va mucho más allá, pues cubre uno de los períodos más apasionantes de la construcción europea. La Unión se ha ensanchado de doce a veintisiete miembros y ha profundizado sus ambiciones desde el Acta Única hasta el Tratado de Lisboa.

Recuerdo muy bien aquel doce de junio de 1985. A esta hora culminaban muchos años de arduas negociaciones, de ilusiones y esperanzas puestas en el ingreso de España y Portugal en las instituciones comunitarias, asumiendo el papel que les corresponde en el presente y el futuro de nuestro continente.

Por lo que se refiere a nuestro país, se hacía realidad un objetivo crucial de la nueva España democrática, contando con el respaldo unánime de todas las fuerzas políticas con representación parlamentaria.

España anhelaba su ingreso en la tarea de construcción europea, no sólo por lógica histórica y cultural –pues es evidente que Europa no puede entenderse sin España y Portugal–, sino también por coherencia política, económica y social.

La apuesta por el ingreso de España en las Comunidades Europeas era, además, el colofón exterior en la edificación de nuestra democracia, y la expresión más palpable de la firme voluntad española de contribuir al proyecto europeo.

Señoras y señores,

Estos veinticinco años nos permiten subrayar lo mucho que nuestro ingreso en la Unión ha supuesto para la estabilidad, el progreso y la

modernización de España, así como para articular ese activo compromiso de nuestro país a favor de la integración europea.

Como dije en la Universidad de Lovaina en 1997, «ninguno de nuestros grandes objetivos puede lograrse sin contar con el resto de los pueblos del continente».

Como ya se ha recordado, son muchos los datos que avalan el salto de grandes proporciones dado por España en estos veinticinco años. Nos lo ha mostrado asimismo el vídeo que acabamos de ver.

Cambios sustanciales en el nivel y la calidad de vida de nuestros ciudadanos; cambios en nuestra proyección exterior; en el fuerte crecimiento, la apertura y la expansión de nuestra economía, con empresas punteras a escala internacional; o en la mejora de nuestras infraestructuras.

En ese camino mucho es lo que debemos a la Unión Europea y a la solidaridad de los restantes Estados miembros, pero sobre todo al esfuerzo, tesón y apuesta de futuro de todos los españoles.

Conforme a las convicciones europeístas de los españoles, son igualmente numerosos los ejemplos que nos muestran que España ha dado lo mejor de sí misma a la causa europea encabezando o contribuyendo a las propuestas o planteamientos más integracionistas.

También hemos colaborado intensamente junto a Portugal a enriquecer la proyección exterior de la Unión, aportando a su condición de actor global unas intensas y seculares relaciones con Iberoamérica, el Mediterráneo y África.

En ese marco de impulso continuo al proyecto europeo, se inscriben asimismo los trabajos y esfuerzos de la actual presidencia rotatoria de la Unión, que España ejerce guiada de nuevo por una decidida voluntad de servir a Europa y de apoyar a sus instituciones.

Presentada nuestra demanda de adhesión tras las elecciones democráticas de 1977 e iniciadas las negociaciones al poco de aprobarse nuestra Constitución, quiero reiterar hoy nuestra mayor gratitud a los Gobiernos que, con el respaldo unánime de nuestro Parlamento, presentaron la solicitud y encauzaron y condujeron a buen puerto la negociación.

Una gratitud que hago extensiva al esfuerzo de los sucesivos Gobiernos que, entre otras muchas cosas y en consonancia con nuestras ambiciones europeas, han situado a nuestro país entre los primeros en incorporarse al Euro y en adoptar el Tratado de Lisboa.

Gracias a todo ello –y sin merma de su unidad, pluralidad y diversidad– España es más Europa, al tiempo que está también más presente en el mundo conforme a la naturaleza universal de su vocación histórica.

Señoras y señores,

Hace veinticinco años afirmé en este Salón de Columnas que estábamos dando «testimonio de la voluntad común de construir una Europa unida», convencidos de que la integración y la solidaridad entre europeos eran y son más necesarias que nunca.

Nunca, en efecto, habíamos sabido avanzar tanto juntos, ni habíamos expresado de manera tan clara y unívoca lo que queremos ser: un proyecto político, económico, social y cultural abierto, solidario e integrador.

Desde la perspectiva del éxito del ingreso de España y Portugal en la Unión Europea, que tan intensamente ha fortalecido las relaciones hispano-lusas, es hora de tomar aún mayor conciencia de lo mucho que los Estados miembros necesitamos y debemos a Europa.

Como bien señaló Robert Schuman «Europa sabe que tiene en sus manos su propio porvenir».

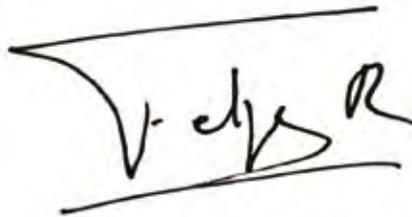
Por ello, si gracias a la Unión Europea hemos progresado y superado otros momentos de dificultades, hoy todos debemos volver a aunar en torno a ella el liderazgo y las energías necesarias para asegurar a Europa el peso y la voz que le corresponden frente a los retos y las crisis de nuestro mundo global.

La fe en el futuro de Europa es nuestro destino, es también nuestro compromiso, y será nuestro mejor legado para las generaciones venideras.

Muchas gracias.

**Su Majestad el Rey
Don Felipe VI**

2014 - 2018

A handwritten signature in black ink, enclosed within a hand-drawn rectangular frame. The signature is stylized and appears to read 'Felipe VI'.

PALABRAS DE SU MAJESTAD EL REY EN LA ASAMBLEA GENERAL DE LAS NACIONES UNIDAS

Nueva York (Estados Unidos), 24 de septiembre de 2014

Es un honor grande y un privilegio dirigirme, como Rey de España, a esta Asamblea General de las Naciones Unidas, en el comienzo de mi reinado.

Comparezco ante ustedes para compartir con la comunidad internacional el compromiso de mi país con los principios y valores universales que mejor definen a la humanidad. Y tengo hoy el placer de exponerles lo que una España renovada, pero fiel a sí misma y a sus compromisos internacionales, puede ofrecer en favor de la paz, la libertad, la justicia y los derechos humanos en todas las naciones y para todas las personas, junto a su bienestar y prosperidad.

España es una nación con raíces milenarias y una clara vocación universal, que ha contribuido intensa y decisivamente a moldear la historia del mundo. Recordemos que está en la génesis histórica tanto de la globalización y el derecho internacional, como del parlamentarismo medieval y la democracia liberal contemporánea. Con esa perspectiva de los siglos vemos con claridad que nuestros mejores momentos tienen lugar cuando avanzamos abiertos y volcados al mundo.

Sinceramente, a pesar de nuestros problemas, veo hoy a la sociedad española como un ejemplo de compromiso con la dignidad de las personas, solidaria con los más desfavorecidos. Tiene un profundo sentido de la igualdad, rechaza el fanatismo, la violencia y la intolerancia, y ama la paz. Es una sociedad diversa en su cultura y en sus lenguas, capaz de superar dificultades con entereza y con sentido de la responsabilidad; y que demanda integridad y ejemplaridad como valores cívicos intrínsecos a la democracia.

La española es una sociedad fuerte y generosa, con empuje, de la que me siento verdaderamente orgulloso.

Y así, los españoles miramos hoy al futuro con una voluntad firme de compartir y de ayudar a construir una realidad mejor para todos los pueblos. Nuestras bases son sólidas, forjadas durante siglos y fortalecidas, en particular, en los últimos decenios; y sobre ellas se fundamentan los compromisos que España asume con el resto de la comunidad internacional.

La democracia es hoy guía esencial de nuestra convivencia colectiva. Pronto se cumplirán cuatro décadas de la transición política española, que nos permitió pasar de una dictadura a un sistema político de libertades y derechos, marcados por un afán de reconciliación histórica y un verdadero espíritu de concordia.

Permítanme, por tanto, reivindicar con orgullo –y con emoción– esa gran obra política de los españoles, ejemplo para muchos en el mundo. Un sistema desde el que los españoles hemos articulado un Estado social y democrático de derecho que ampara a todos los ciudadanos y a los distintos territorios de España en su diversidad política, geográfica, cultural y lingüística.

Por tanto, cuenten siempre con el firme compromiso de España para promover y defender los valores democráticos en el mundo.

Sin olvidar los efectos de la crisis, el desarrollo económico de España, particularmente desde la segunda mitad del siglo pasado, ha situado a nuestra economía entre las primeras del planeta y entre las más abiertas y competitivas; y lo ha hecho logrando posiciones –hoy– de liderazgo a nivel mundial en sectores muy diversos, de valor añadido y gran impacto social.

Con todo ello, España apoya sin fisuras un desarrollo económico global y sostenible; que haga posible el progreso material y el bienestar, que genere empleo y proteja a las personas y a sus derechos sociales; un desarrollo sostenible también en lo ecológico, respetuoso con las reglas internacionales y que recupere valores éticos de conducta en los comportamientos económicos e internacionales.

En relación con la cultura, España también ha sido una potencia de primer orden; y entendemos que la cultura –para todas las sociedades– conforma nuestra identidad y es fuente de riqueza material e inmaterial.

La pujanza del español, como un idioma universal compartido por decenas de países y cientos de millones de personas en todos los continentes, de hecho contribuye decisivamente a garantizar una mayor diversidad cultural y lingüística en el escenario internacional. Se trata éste de un objetivo sin duda capital para la comunidad humana –tan plural– como la que aquí todos ustedes representan. Por tanto, el español debe asumir ampliamente su definición formal de idioma oficial en la ONU, como lengua de trabajo y de plena presencia y representación.

Pues bien, desde la amplitud y la altura de nuestra base cultural, afirmamos el compromiso de España con la defensa de la diversidad cultural en todas sus manifestaciones y en todos sus ámbitos.

La historia, posición geográfica privilegiada en una encrucijada de continentes, mares y civilizaciones, han hecho que España desarrolle una sólida proyección universal y una vinculación especial con algunas regiones del Planeta.

Entre ellas, Europa representa una dimensión obvia. El proceso de integración continental en torno a la Unión Europea forma parte hoy del proyecto nacional del Reino de España. Propugnamos una Europa más unida y cohesionada, que preserve y extienda los valores democráticos y cívicos que inspiraron su creación, y que trabaje para garantizar la prosperidad de todos sus ciudadanos. También defendemos una Europa fuerte y solidaria que contribuya, con generosidad y eficacia, al progreso en paz de todas las regiones del mundo.

Por historia y cultura, la Comunidad Iberoamericana de Naciones forma parte sustancial de nuestro sentimiento colectivo de identidad y representa para nosotros una verdadera hermandad. Un sentimiento que se amplía a otros lugares gracias a los vínculos culturales, históricos y lingüísticos que también mantenemos con otras naciones y pueblos del resto de América, de África, Asia y Oceanía.

El Mediterráneo en sus riberas norte y sur, junto a Oriente Próximo y el Mundo Árabe en toda su extensión, son para España espacios muy cercanos, no sólo en lo geográfico, también en lo cultural y afectivo. Por ello, afirmamos nuestra voluntad –e interés– por contribuir a la estabilidad de esta región, como algo fundamental para la paz en el mundo.

Una región que sufre en algunas de sus sociedades el azote de una barbarie intolerable; una violencia criminal y atroz que amenaza a todas

las sociedades del Planeta y a los mismos valores de la civilización humana universal.

Señoras y señores,

La vocación universalista de España y los compromisos de mi país en materia democrática, económica y cultural –que acabo de expresar–, se resumen en el pleno compromiso con la Carta de las Naciones Unidas bajo la que estamos aquí convocados. Una Carta que representa uno de los grandes logros de la Humanidad y que hemos de preservar, respetar y hacer cumplir. Así, España cree firmemente en las Naciones Unidas y en los mecanismos multilaterales, para preservar la paz y seguridad internacionales y para contribuir al desarrollo de los pueblos.

Vivimos tiempos marcados por la proliferación de conflictos; algunos de ellos especialmente devastadores y con efectos indiscriminados sobre población civil. Nuestro objetivo primordial ha de ser prevenir las guerras; y cuando no lo consigamos, entonces proteger y asistir a los inocentes y damnificados. No debemos nunca cejar en nuestro empeño de resolverlas mediante la diplomacia y todos los instrumentos que otorga la propia Carta de Naciones Unidas.

Sobre todo, no perdamos la esperanza y recordemos que –a pesar de todo– el anhelo de concordia puede y debe prevalecer sobre los odios más enquistados.

Una versión –sobre tapiz– del *Guernica*, obra de un español universal, Pablo Picasso, flanquea la entrada del Consejo de Seguridad. La escena representada en ese icono del arte todavía conmueve nuestras conciencias y nos hace recordar las fatales consecuencias de nuestra incapacidad para prevenir y resolver los conflictos –que a todos nos afligen–. Pues es un error pensar que las guerras o las catástrofes causadas por el hombre, tan sólo afectan a una comunidad o a una región sin incumbir al resto. Cuando la barbarie triunfa en algún lugar del mundo nadie está al abrigo de su alcance, todos somos víctimas.

Pero los conflictos armados no son las únicas amenazas a la comunidad internacional. El mal adopta varias formas y sus víctimas tienen múltiples rostros: cada niño atrapado en situaciones de crisis o de violencia, cada mujer que es vejada o limitada en sus derechos simplemente por serlo; cada enfermo que fallece por falta de medicamentos o cada anciano abandonado; también cada familia sin alimento y sin esperanza por una injusta distribución de la

riqueza... o cada periodista asesinado por cumplir con su deber de informar; son otras tantas interpelaciones a nuestra conciencia y a nuestro deber, otras tantas llamadas a la acción.

Los miembros de esta Asamblea General cuentan con España para hacer frente, todos juntos y desde la legalidad internacional, a quienes pretenden destruir –con intolerancia, con violencia o con sectarismo– los valores y principios que constituyen nuestras Naciones Unidas.

Señoras y señores,

España ha demostrado siempre su apoyo incondicional al Sistema de Naciones Unidas y su responsabilidad activa con los principios que –en esta Asamblea– todos reconocemos: la libertad, la justicia, la igualdad, la soberanía nacional, la independencia y la integridad de los Estados. Y continuará asumiendo, como hasta hoy, sus plenas responsabilidades como miembro de las Naciones Unidas.

Con esa vocación, España está dando un paso más adelante como candidata a un puesto no permanente del Consejo de Seguridad para el bienio 2015-2016. Nuestra candidatura se inscribe en el compromiso sólido de servir más y mejor a la comunidad internacional. Como así hemos hecho en el Consejo de Seguridad –una vez cada década– desde hace ya 40 años, gracias a que ustedes confiaron en nosotros. Solo les pido que renueven esa confianza.

En los últimos 25 años, 130.000 miembros de las Fuerzas Armadas españolas han participado en Operaciones de Mantenimiento de la Paz y de ayuda humanitaria en todas las regiones del mundo. Han sido –sobre todo se han sentido– parte de un gran esfuerzo colectivo al que contribuyen también muchos de los países aquí reunidos.

De igual forma, España se ha consolidado en las últimas décadas como gran contribuyente a la cooperación para el desarrollo. No hay paz sin seguridad duradera sin un desarrollo sostenible y no hay desarrollo sostenible sin una mayor solidaridad –tanto entre las distintas naciones como dentro de cada una de ellas–. Además, el desarrollo ha de ir acompañado por políticas de inclusión, que contemplen la plena igualdad de género e incorporación de la mujer a todos los ámbitos de la vida política, social y económica.

España, como vemos, es solidaria. En los últimos catorce años mis compatriotas han contribuido con 30 billones de dólares al desarrollo global.

De esta cantidad, un billón ha sido destinado a lograr los Objetivos de Desarrollo del Milenio, a través de un Fondo creado por España y coliderado por el PNUD, que supone la mayor aportación realizada por un solo país.

Precisamente, una de las tareas más relevantes de esta Asamblea General será culminar las negociaciones para la agenda de desarrollo post-2015 y definir unos objetivos de desarrollo sostenible. Aquí también España ha dado un paso al frente creando el primer fondo –ya en funcionamiento– para esos objetivos de desarrollo sostenible.

El logro de la sostenibilidad pasa en gran medida por combatir los efectos nocivos del cambio climático. La Cumbre de ayer y la «Conferencia de Samoa sobre los Pequeños Estados Insulares en Desarrollo» –a cuya organización también contribuyó España– nos han concienciado aún más sobre este problema; y también nos permiten mejorar nuestra respuesta y resistencia ante situaciones límite, especialmente a los Estados más vulnerables cuya supervivencia misma está en peligro.

Los objetivos de desarrollo sostenible que nos proponemos están a nuestro alcance. De nuevo, hay motivos para la esperanza:

Pienso, particularmente, en los avances alcanzados en África, un continente tan próximo a España y en el que surgen por doquier nuevos ejemplos de innovación y de creatividad. África es un continente de presente y de futuro, donde vemos algunas de las economías con mayor crecimiento en la última década.

Pero es muy necesario poner fin a los conflictos que todavía aquejan a partes de esa región y retrasan su desarrollo. Desde el Sahel hasta el Cuerno de África o la región de los Grandes Lagos, España contribuye a ello cumpliendo con nuestro compromiso, que nace de nuestra vocación y nuestra cercanía.

Creemos en África y lo estamos demostrando con hechos; también cuando surgen crisis acuciantes como la que hoy representa la devastadora epidemia de Ébola, que afecta una importante parte de la región central. Quiero expresar mi solidaridad, la solidaridad del pueblo español con las víctimas y nuestro apoyo a quienes hacen todo lo posible por socorrerlas, a veces a costa de su propia vida. Y rindo mi homenaje más sentido a los cooperantes y a todo el personal humanitario de Naciones Unidas, cuya vocación les lleva a darlo todo –a dejarlo todo– por los más vulnerables, allá donde se encuentren.

Señoras y señores,

Han pasado casi treinta años desde la primera intervención de mi padre el Rey Juan Carlos ante esta Asamblea General. Hoy, como entonces, España se abre a un tiempo nuevo. Hoy, como entonces, asumimos nuestro lugar como miembros activos y responsables de la comunidad internacional.

Les aseguro que la comunidad internacional, representada hoy por Asamblea General, podrá seguir contando con el apoyo y la participación activa de España en la defensa irrenunciable de los valores e intereses de una Humanidad en paz, cada vez más próspera y más justa; de unas Naciones Unidas no solo más fuertes sino, además –y sobre todo–, de unas naciones unidas:

Más unidas contra el fanatismo, la intolerancia y la barbarie.

Más unidas para luchar contra la pobreza, la miseria y la marginación.

Más unidas para que la educación y la sanidad alcancen a todos.

Más unidas, señor presidente, para defender con firmeza la dignidad de todo ser humano.

Muchas gracias.

**PALABRAS DE SU MAJESTAD EL REY
EN LA XXIV CUMBRE IBEROAMERICANA
DE JEFES DE ESTADO Y DE GOBIERNO**

Veracruz (México), 8 de diciembre de 2014

Muchas gracias, señor presidente, por su gentileza y por esta oportunidad tan especial y generosa que me brinda de dirigirme, por primera vez como Rey de España, a los mandatarios de nuestras naciones que desde hace veintitrés años se reúnen en las Cumbres Iberoamericanas.

Gracias igualmente al señor gobernador y a la ciudad de Veracruz por su cálida hospitalidad. Resulta verdaderamente emotivo que celebremos esta Cumbre en la ciudad fundada en 1519 con el nombre de Villa Rica de la Veracruz, y que tan bien simboliza el crisol de culturas que es Iberoamérica.

Señora y señores presidentes,

España es indisociable de la realidad y de la idea de Iberoamérica. Iberoamérica forma parte de nuestra identidad, de nuestro pasado, de nuestro presente y, también, de nuestro futuro. Todo en España tiene una dimensión o una proyección iberoamericana y la Corona, como la más alta magistratura del Estado y de la nación, asume constitucionalmente una especial función de representación ante las naciones de nuestra comunidad histórica.

Por ello, durante décadas, mi padre el Rey Juan Carlos ha impulsado con todas sus fuerzas el ejercicio iberoamericano de concertación y de cooperación, y ha asistido a la práctica totalidad de las Cumbres celebradas desde que en 1991 tuvo lugar la primera aquí en México, en la ciudad de Guadalajara. Permítanme que les transmita su recuerdo lleno de afecto y amistad. Ahora, en el inicio de mi reinado, tengo el honor, el privilegio y la responsabilidad de tomar el testigo, de representar a mi patria ante todos ustedes y, como Rey de España, de ponerme también al servicio de Iberoamérica.

Saben ustedes que durante lustros he asumido, como Heredero de la Corona, la alta función de representar a mi país en las tomas de posesión de presidentes iberoamericanos, y que he podido también realizar numerosos viajes y visitas a los Estados de la región. Pues en todas esas ocasiones he aprendido a apreciar y admirar cada día más a los pueblos hermanos de

Iberoamérica. Así llego a sentir hoy tan profundamente mi vinculación y mi cariño por ellos, hasta el punto de comprender cuán entrelazada está nuestra identidad, nuestro sentido de pertenencia y, por tanto, nuestra comprensión mutua de nosotros mismos.

Tradicionalmente y desde todos los ámbitos –la política, la literatura, la academia– se han definido y caracterizado los profundos vínculos que nos unen. En todo momento hemos sabido y sentido que tenemos en común valores, lenguas, historia y culturas, y que, juntos, constituimos uno de los más grandes espacios de civilización que existen en nuestro planeta. Un espacio multinacional diverso que, por su dimensión e idiosincrasia, constituye un mundo en sí mismo en el que conviven multitud de sensibilidades diferentes y distintas maneras de vivir.

Os povos ibero-americanos partilhamos, além disso, duas grandes línguas veiculares, o espanhol e o português, que os próprios Chefes de Estado e de Governo têm definido como 'uma base linguística comum'. A sua proximidade e afinidade contribuem a multiplicar o extraordinário peso que os nossos idiomas já têm em todo o mundo graças à sua presença internacional em tantos âmbitos.

Pero, sobre todo, los iberoamericanos compartimos un corpus de principios y valores, una vocación humanista y universal cargada de solidaridad, –el acervo iberoamericano–, que nos identifica en lo más hondo de nuestro espíritu y que, por cierto, ha quedado convenientemente reflejado en las Declaraciones iberoamericanas.

Estos son los sólidos y antiguos fundamentos de Iberoamérica que hunden sus raíces en siglos de historia y sobre los que, con tanta frecuencia, nos hemos preguntado. A partir de ellos nuestras sociedades han ido articulando, por muy diversas vías, esa Comunidad de Naciones que, casi instintivamente, considerábamos siempre como natural y preexistente.

Por eso, cuando se habla de la institucionalidad y de la cooperación iberoamericanas, debemos tener presente que los primeros organismos iberoamericanos orientados a la cooperación sectorial se crearon hace ya setenta años y que han realizado un largo y fructífero recorrido. Un gran patrimonio que debemos reconocer y que fue sentando las bases para que, hace ya veintitrés años, se pusieran en marcha las Cumbres Iberoamericanas de jefes de Estado y de Gobierno.

Efectivamente, con la presente son ya veinticuatro las Cumbres en las que se han tratado, al más alto nivel, todas las cuestiones de interés para

nuestros ciudadanos y nuestras sociedades. Durante casi un cuarto de siglo hemos debatido, hemos acordado posiciones comunes sobre múltiples materias, hemos creado un extraordinario tejido de cooperación, y nos hemos conocido mejor. Las Cumbres han potenciado sin duda el sentimiento de pertenencia y lo han extendido al ámbito de la cooperación en numerosos campos. Una cooperación a la que cada país aporta lo mejor de sí mismo, sus capacidades y voluntades, impulsando entre todas otras formas de colaborar más horizontales y más eficaces.

Además, debemos valorar el hecho de que las Cumbres Iberoamericanas fueron pioneras en el encuentro político de los jefes de Estado y de Gobierno de la región y que, de este modo, contribuyeron a fomentar la integración y la concertación latinoamericanas. El balance de las Cumbres es muy positivo, más allá de nuestro riguroso espíritu crítico iberoamericano. Las Cumbres impulsan grandes valores y alimentan los lazos de amistad y de familia.

Porque Iberoamérica es una familia. Debemos entender que en esta Comunidad de Naciones, aunque nos encontramos países que compartimos rasgos identitarios y culturales, no siempre coincidimos en los mismos objetivos concretos y específicos... ¡por motivos muy diversos! Entre otras razones porque no todos pertenecemos a las mismas áreas geopolíticas y económicas.

Pero esto no es malo. Con visión e inteligencia, y con realismo y pragmatismo, debemos saber sacar el mejor partido a nuestras afinidades, podemos identificar con generosidad los intereses comunes y las metas en cualquier ámbito posible sobre las que podamos trabajar juntos. Me refiero a todos los campos –político, económico, cultural, social, educativo, científico– y, como digo, hasta donde sea posible. Sólo así el sistema iberoamericano, la comunidad iberoamericana articulada, podrá servir plenamente a cada uno de sus miembros, al conjunto de los países que la integramos, y al resto de la comunidad internacional.

En este sentido, señores presidentes, me permito subrayar la necesidad de que hagamos especial hincapié en la educación y la cultura. La cultura, como sabemos, porque es la base de lo que somos. La educación, porque es la llave del progreso de nuestras sociedades, de nuestras economías, de la prosperidad futura de nuestros jóvenes, y del mantenimiento y el crecimiento de esa cultura que está en la base de todo.

Nuestras relaciones tienen pues entre nosotros una intensidad familiar, cargadas muchas veces de la emoción que genera lo querido y lo cercano. Pero

estas relaciones intensas, no por casualidad, se han venido complementando con un auge insólito de nuestras relaciones materiales, que se reflejan en intercambios comerciales, en índices de inversión, en emigración, en turismo y en cientos de miles de intercambios diarios de todo tipo entre nuestras sociedades. Nunca, en los últimos dos siglos había habido tal flujo de personas, de operaciones económicas y de cultura entre nuestros países. Nunca, tal grado de influencia recíproca en los hábitos, en la visión de las cosas.

Señores presidentes,

Hace ya años que percibimos que debíamos adaptar el edificio iberoamericano a los cambios habidos en el escenario internacional, en América y en la Península Ibérica. Buscamos una institucionalidad más sólida y la capacidad de desarrollar con más eficacia programas y proyectos en beneficio de nuestras sociedades.

Sentimos que es tarea de todos mantener nuestra Comunidad activa y pujante. Desde nuestra vocación universal, Iberoamérica unida tiene mucho que ofrecer al mundo y a la humanidad, aportando su visión y su energía en la construcción de un futuro mejor; contribuyendo a los debates globales con el inmenso capital de su experiencia, talento y de su capacidad para convivir en la diversidad, para conciliar las diferencias y para ir haciendo más justas y participativas nuestras sociedades. En definitiva, para conseguir una región de paz entre las naciones y muy pronto, esperamos, una región con paz en todas sus naciones.

En esa gran labor, saben bien que siempre podrán contar con el compromiso de España que nunca ha regateado esfuerzos para proyectar el potencial de Iberoamérica en todo el mundo y, muy en particular, en el ámbito europeo del que formamos parte.

Señor presidente,

Muchas gracias de nuevo por esta oportunidad que me ha ofrecido de dirigirme a los jefes de Estado y de Gobierno iberoamericanos, y enhorabuena por la espléndida organización de esta Cumbre que quedará en la memoria de todos nosotros y en los anales de nuestra Comunidad.

A todos, muchas gracias. *Muito obrigado.*

PALABRAS DE SU MAJESTAD EL REY EN EL PARLAMENTO EUROPEO

Estrasburgo (Francia), 7 de octubre de 2015

Quiero comenzar mis palabras ante esta cámara agradeciendo al presidente del Parlamento Europeo su amable invitación para dirigirme, como Rey de España, a sus señorías, legítimos representantes de los ciudadanos europeos. Lo hago como español que también se siente profundamente europeo; lo hago asumiendo la herencia histórica que nos precede y convencido de que nuestro futuro está en la continuación de nuestro gran proyecto común de la Unión Europea.

Para los hombres y mujeres de mi generación, Europa ha estado siempre presente en nuestro desarrollo intelectual y vital. Esa presencia, esa cercanía, ha dado lugar a afectos, a esperanzas e ilusiones; ha generado un sentimiento de pertenencia al proyecto europeo cuyo propio ser convive de forma constructiva y natural con nuestra identidad como nacionales de los Estados miembros de la Unión.

También, esa convicción en Europa, nace de la clara conciencia de que la Unión es la historia de un indudable éxito colectivo que, a pesar de todas las dificultades, ha conseguido, de modo sobresaliente, culminar sus principales y más altos objetivos. Objetivos de paz, de concordia y convivencia entre naciones que, hace sólo decenios, protagonizaron uno de los enfrentamientos más devastadores y brutales de la historia universal.

Objetivos de prosperidad y crecimiento económico, que han hecho posible que millones de mujeres y hombres –de familias– de nuestro continente hayan vivido y vivan con unos índices de bienestar material y social desconocidos en el tiempo.

Objetivos, sobre todo, definidos por firmes principios y valores humanos universales, que están en la base de esta inmensa obra construida con inteligencia, con generosidad y con mucho esfuerzo y trabajo por europeos de diversas nacionalidades y de varias generaciones.

Esa fe en Europa con la que he comenzado mis palabras, nace de la profunda identidad europea de mi país. España y los españoles somos –y sus señorías lo saben bien– europeos por cultura y geografía; por historia y

también por vocación política. No es posible concebir España sin Europa, ni Europa sin España. Soy europeo, porque soy español.

Los logros políticos, económicos y sociales, así como la extraordinaria proyección de España en los últimos decenios y en todos los campos, no podrían entenderse sin la voluntad democrática y de progreso del pueblo español y sin nuestro firme compromiso con la integración europea.

La España democrática de las últimas décadas se ha basado sólidamente en una firme y sincera voluntad de entendimiento de los españoles; una voluntad generosa y fraternal. Y se ha sustentado en nuestra Constitución, que es el gran pacto que defiende, preserva y ampara los derechos y libertades de los ciudadanos, protege a los pueblos de España en el ejercicio de sus diversas culturas y tradiciones, lenguas e instituciones, y consagra la libertad, la justicia, la igualdad y el pluralismo político como valores esenciales de nuestra convivencia.

Europa se ha construido sobre la voluntad de sumar y no de restar; de aunar y no de dividir; de saber compartir y ser solidarios. Tengan, así pues, señorías, la seguridad de poder contar con una España leal y responsable hacia el proyecto europeo; con una España unida y orgullosa de su diversidad; con una España solidaria y respetuosa con el Estado de derecho. Así entiendo nuestra contribución a la prosperidad de la Unión Europea, y a esta como una de las obras más grandes construidas por todos juntos en las últimas décadas.

Por otra parte, la pertenencia de España a la Unión Europea ha contribuido de un modo determinante al mayor desarrollo económico y social de nuestro país.

Este año celebramos el treinta aniversario del ingreso de España en las Comunidades Europeas. La «vuelta de España a Europa» –si me permiten esta expresión– se muestra como la culminación de un gran proyecto colectivo que arranca con los ilustrados del siglo XVIII y que fue sentido intensamente a partir de finales del siglo XIX. Las ideas de regeneración y modernización a través de Europa, estuvieron –muy presentes a principios del siglo pasado en Ortega y Gasset, y en Madariaga– se vincularon en los años sesenta al camino hacia la democratización de mi país.

Así, Europa ha sido uno de los grandes consensos básicos de la sociedad española. Ha sido el horizonte de la democracia y también de la modernización económica y la regeneración social y política de nuestro país; y lo sigue siendo hoy. Europa es donde los españoles queríamos estar, donde nos merecíamos estar y donde permaneceremos siempre.

Durante estos treinta años España ha demostrado ser un socio constructivo, en permanente compromiso con los valores y principios de la Unión, porque son los nuestros. Señorías, los españoles hemos mantenido siempre una actitud de confianza en la idea europea.

Mi país ha recibido mucho de la Unión, eso es indudable; pero tampoco lo es que al mismo tiempo ha realizado una notable contribución al proyecto comunitario y a la construcción europea. España ha mostrado siempre su vocación europeísta, con aportaciones cruciales en ámbitos tan diversos como la ciudadanía europea, la política de cohesión, la promoción de la diversidad cultural y lingüística; o la profundización de un espacio de libertad, seguridad y justicia, caracterizado por el reconocimiento mutuo de resoluciones judiciales y por una efectiva cooperación policial que preserve nuestras libertades.

Además de construir desde dentro, España ha aportado a la Unión sus vínculos históricos con Iberoamérica, su estrecha relación con el Mediterráneo, su clara dimensión transatlántica y, en suma, su vocación universal.

En esta trayectoria, larga y positiva, no cabe ocultar –señorías– que los últimos años no han sido fáciles para España ni para otros muchos países de Europa. Aún sufrimos tasas muy altas de desempleo, uno de los principales problemas para nuestra economía y para nuestra sociedad. Son muchos los sacrificios que han tenido que hacer los españoles para volver a la senda del crecimiento económico y conseguir la creación de nuevos puestos de trabajo. Pero debemos entender y valorar que, para lograr todo ello, para la superación de la crisis, ha sido decisiva la contribución de las instituciones europeas.

Señor presidente, señorías,

El proyecto europeo, que comenzó hace ya casi sesenta años, crea efectivamente un espacio de paz, prosperidad, libertad, justicia y solidaridad, del que debemos sentirnos legítimamente orgullosos. Sin embargo, lo hecho hasta ahora no puede llevarnos a la complacencia o al conformismo. Nada está ganado para siempre. Y no podemos perder la visión de futuro, ni permitir estancarnos o retroceder ante las dificultades o desafíos, que son grandes y que requieren, por ello, de un nuevo impulso político.

Es cierto que, a finales del siglo XX, Europa materializó la utopía inspirada por los ideales de la reconciliación, la paz y la prosperidad compartida, puesta en marcha por los padres fundadores en los años

cincuenta. Pero hoy los europeos debemos saber identificar –más allá de la conservación de lo logrado y de la superación de los retos cotidianos– nuevos y altos objetivos, nuevas grandes metas que aporten fuerza e ilusión al proyecto europeo; tanto desde dentro, fruto de la convergencia entre el liderazgo de la dirigencia y el empuje y la sensibilidad de todos nuestros conciudadanos; como hacia fuera, en nuestra proyección exterior común.

Para que la Unión Europea recupere su protagonismo en el mundo es necesario formular un nuevo ideal; un nuevo propósito europeo que movilice a los ciudadanos a favor de la integración y del proyecto de unidad.

En este sentido, las consecuencias de la crisis económica y financiera sobre nuestras sociedades y los desafíos sociales y políticos que ha generado deben hacernos reflexionar y conducirnos a una acción decidida y eficaz que permita reforzar el proyecto europeo; un proyecto insustituible y vital para todos. Y, por ello, el fortalecimiento de la legitimidad democrática del proyecto comunitario es un elemento y una necesidad fundamental. Ha llegado el momento de evolucionar en Europa hacia una verdadera comunidad política reforzada.

Debemos trabajar para construir una Europa más integrada, que pueda afrontar con éxito la gestión de un futuro plenamente globalizado y que sea capaz de ofrecer a sus ciudadanos confianza y cercanía. Sin una Unión Europea fuerte no habrá solución eficaz a los problemas de nuestras respectivas naciones.

Como subrayó Jean Monnet en 1943: «Los países de Europa son demasiado pequeños para asegurar a sus pueblos la prosperidad y los avances sociales indispensables».

En este sentido y desde una perspectiva institucional, hay que subrayar que el Parlamento Europeo ha asumido un liderazgo decidido, y ofrece un poderoso impulso político hacia la integración comunitaria. No sería posible entender este proyecto de integración política y democrática, en tanto que unión de Estados y de ciudadanos, sin el Parlamento Europeo.

Pero a todos –Estados miembros e instituciones comunitarias–, compete la tarea de reforzar el buen gobierno de la Unión, respetando la independencia y la separación de poderes, velando por la transparencia y la rendición de cuentas y acercando, en definitiva, al ciudadano a la toma de decisiones.

La identificación de unos nuevos objetivos nos lleva necesariamente a subrayar la importancia de los principios y valores que son el fundamento mismo de Europa: la libertad, la igualdad, la solidaridad, la dignidad de los hombres y mujeres, el pluralismo y la defensa de los derechos humanos son los fundamentos que nos definen como europeos.

Debemos preservar y hacer efectivos esos valores porque de ello depende nuestra identidad, nuestras convicciones más profundas. Esos valores se encuentran hoy cuestionados y amenazados. La lucha contra esta amenaza es un imperativo para los pueblos que creemos en la democracia. Defendiendo nuestros principios defendemos a Europa.

Señorías,

Asegurar la prosperidad, el crecimiento y el empleo de los ciudadanos es una de las máximas prioridades de la Unión.

Y para garantizar la sostenibilidad económica del proyecto comunitario, parece claro que debemos ahondar en el refuerzo de la Unión Económica y Monetaria. En este contexto, el andamiaje institucional del que nos hemos dotado ha de seguir completándose mediante mecanismos que refuercen la solidaridad financiera y permitan, a través del control y la vigilancia, prevenir excesos pasados.

Así, en el futuro próximo debemos seguir avanzando en el impulso de un marco riguroso de coordinación y supervisión presupuestaria; en la introducción de mecanismos presupuestarios propios para la zona euro; en la profundización de la unión bancaria, superando la fragmentación efectiva de los mercados financieros; y, por encima de todo ello, en el establecimiento de un marco que impulse la competitividad y la convergencia de las economías europeas.

Estoy convencido de que el debate sobre el futuro de la moneda común seguirá siendo enormemente relevante en los próximos meses y que dará frutos concretos basados en la responsabilidad y la solidaridad, verdaderas señas de identidad del proceso de integración.

Para España, la moneda única es un logro irreversible. Y estamos convencidos de que la zona euro se configura cada vez más como el núcleo de integración que nos ha de conducir a una plena unión política.

Pero esa unión nunca sería completa sin su imprescindible dimensión social, que no puede ser preterida. Creo por ello oportuno reiterar el compromiso asumido en el artículo 9 del Tratado de Funcionamiento de la Unión Europea, en el que se refleja claramente nuestra voluntad de alcanzar un elevado nivel de empleo y de protección social, de educación y de protección de la salud.

Hemos de lanzar una señal clara e inequívoca de que los problemas sociales se encuentran en el centro del proceso de integración y de que nuestra tarea, en este ámbito, debe ser ayudar a todos los Estados miembros y a sus ciudadanos a desarrollar su potencial de crecimiento y empleo, mejorando la cohesión social y corrigiendo las desigualdades, en línea con los objetivos propuestos.

Sin duda, la dimensión social de la Unión enlaza directamente con la Europa de los ciudadanos y dota de humanidad, de sensibilidad con los que más lo necesitan, a todo el proceso de integración comunitaria.

Me parece justo recordar en este punto las palabras de Jacques Delors: «Rechazo una Europa que no sea más que un mercado, una zona de libre cambio sin alma, sin conciencia, sin voluntad política, sin dimensión social. Si es allí hacia dónde vamos, lanzo un grito de alarma».

Señorías,

En el ámbito de las relaciones exteriores, la Unión Europea debe configurarse como un actor global, desde la fortaleza que le aporta su cohesión interna y la unidad de acción. Cabe resaltar así el compromiso de Europa con la paz y la seguridad, con la erradicación de la pobreza y la lucha contra el terrorismo, con la protección de los derechos humanos, o con el respeto a los principios fundamentales del derecho internacional.

Nuestra proyección exterior ha de asentarse en una política común de seguridad y defensa más ambiciosa y generosa, capaz de combinar de manera coherente sus capacidades civiles y militares para poder así ofrecer un enfoque integral en la gestión de las crisis a las que nos enfrentamos.

En ese contexto, la Política Europea de Vecindad cobra hoy todo su sentido ante el drama migratorio, y nos lleva a reflexionar sobre la necesidad de dotarnos de instrumentos de colaboración con nuestros países vecinos para evitar los desplazamientos masivos, la violencia o la inseguridad.

Esta política ha de configurarse como un instrumento que nos permita afrontar los desafíos compartidos y aprovechar las oportunidades en ámbitos como el comercio, la energía o la seguridad. Quisiera recordar, en este contexto, el impulso dado por España a una iniciativa concreta: la reunión interministerial informal de Barcelona del pasado 13 de abril con nuestros vecinos del sur.

Además, debemos seguir trabajando para construir un denso entramado de relaciones que trascienda nuestro entorno más inmediato. España, convencida del valor añadido de una Unión capaz de afrontar los desafíos de un mundo global, ha impulsado y respaldado siempre las relaciones de la Unión Europea con aquellas regiones con las que nuestro país mantiene una especial vinculación, como Iberoamérica.

Tampoco hay que olvidar que, en un mundo globalizado, la agenda comercial cobra especial relevancia, dado el impacto directo que la creación de oportunidades, las inversiones y los intercambios tienen en el bienestar y la prosperidad de las sociedades.

Recuerdo y subrayo igualmente la importancia de impulsar políticas de preservación del medio ambiente y de lucha contra el cambio climático. Tenemos la obligación de avanzar en este campo, con las miras puestas en las nuevas generaciones, pues es nuestro deber dejarles un mundo mejor.

Señorías,

Si bien son muchos los desafíos a los que nos enfrentamos, no puedo dejar de referirme más explícitamente al drama que está teniendo lugar en nuestras fronteras.

Estamos sobrecogidos ante el sufrimiento desgarrador de aquéllos que vienen a Europa huyendo de la violencia y el fanatismo. Son cientos de miles los refugiados que persiguen un proyecto de esperanza, que ven en la Unión un territorio de paz, prosperidad y justicia. No podemos defraudarlos.

Debemos responder desde la generosidad, la solidaridad y la responsabilidad, con un enfoque global e integral que contribuya a abordar las causas del éxodo de estas personas forzadas a abandonar sus países de origen. Estoy plenamente convencido de que lo lograremos; como también lo estoy, de que la única forma de llevarlo a cabo con éxito es hacerlo entre todos.

Señor presidente, señorías, señoras y señores,

La Unión Europea es una historia de éxito que debemos reconocer, valorar y admirar mucho más. Y gracias a ese éxito, la Unión se encuentra hoy en una nueva etapa de su trayectoria que debe construirse e impulsarse –como hicieron los padres fundadores– desde los más altos valores y buscando alcanzar, nuevamente, las máximas metas.

Lo conseguiremos. Y lo conseguiremos con firmeza, con decisión, con la mayor ambición. Sin dudar. Con la indispensable participación, con el insustituible protagonismo de todos los ciudadanos de nuestras naciones. No hay alternativa a una Europa unida. Tengamos confianza en Europa. Tengamos confianza en nosotros mismos, los europeos.

Muchas gracias.

PALABRAS DE SU MAJESTAD EL REY EN LA 48ª REUNIÓN DEL FORO ECONÓMICO MUNDIAL

Davos (Suiza), 24 de enero de 2018

Good morning everyone.

It is truly a pleasure to be here in Davos and be part of this year's WEF. And, indeed, it is also a great honour to address all of you at a Forum that has set the standard for distinction and excellence. I appreciate very much your presence and time to hear a bit about today's Spain in the European context.

Please allow for a reasonable dose of national pride and self-esteem, not chauvinism ... So to cut straight to the main subject: How can we deny that Spain –no surprise– is a great country? My intention this morning is to reinforce this idea, and help brush away the remaining doubts you may still have. Therefore, I humbly ask for your indulgence in permitting me to praise my country.

So allow me to start by taking you on a tour of a few facts that might surprise you and may help to better understand our reality. You are probably not yet aware that, according to the latest figures, more than 82 million people visited Spain in 2017, almost double its current population of 46 million; and also that a large part of them have already done so once or several times. Why? What really draws them to Spain? Is it just our beaches and our weather or the food that attract them? Well, all that too. Even football.

But it is also clear that many people visit us because of the quality and excellence of our tourism industry, which, incidentally, is now number one in the world. However, this powerful –and still thriving– Spanish industry is of course also built upon a set of privileged pre-existing qualities that visitors certainly also admire and enjoy, like our outstanding historical and artistic heritage, not to mention the country's natural and diverse beauty. We are proud to have the third highest number of World Heritage Sites globally –46 to be exact, only behind Italy and China–, and to protect twice as much extension of natural reserves than the second ranked European country.

But on top of all that, we must admit there are other important things people tend to consider when deciding where to travel or visit, or even to invest, like security, and Spain is today one of the safest countries in the

world, with one of the lowest crime rates; or the confidence they place in other public services like transport and communication infrastructures, and we fare really well in these areas.

And what about the healthcare system? Isn't that important? Well rightly so. According to many surveys this is strongly appreciated and valued by tourists, migrants and above all foreign residents.

But let me share with you a very impressive and concrete fact about our healthcare system: we have consistently led the field of organ donations and transplants for more than 20 years, and continue to do so; which reflects not only how effective the system is, and the technical or medical skills, but also the humane quality of donors. Actually, the clearest proof of our general good health is that our life expectancy is the best in Europe and one of the highest in the world –fourth, in fact– at over 82 years, and more than 85 years for women, surpassing the EU average by over four years.

Another appealing factor is probably found in character: we are an open, friendly, and welcoming people, who like to share our passion for life. But, more importantly, we are also a peace-loving people. According to the Global Peace Index, Spain is one of the select group of 25 countries with a “very high state of peace”. Furthermore, over the past decade, Spanish society has successfully received millions of immigrants from very different cultures and places of origin, without any xenophobic or racist movements materializing.

So, what all of these elements basically demonstrate is that the people of Spain have long abandoned the old clichés and outdated stereotypes that were attributed to us, as well as the obscure legends about Spain. And now, Spaniards are determined to take their rightful place in the world of the 21st century.

A place earned by our formidable history, by a language spoken by more than half a billion people and home to a rich cultural diversity that has given us and the world large numbers of acclaimed men and women in science, literature, philosophy, the fine arts, business, sports...

A place earned through the threefold privilege of having European roots, a strong Ibero-American identity and a Mediterranean vocation and responsibility.

A place earned by being loyal and steadfast partners in international relations, and of course because of our democratic values.

And I should say that, quite obviously, our economy –the fourteenth largest in the world and the fourth largest in the Eurozone– plays a large part in all this, in our capability and ambition to harness a better future. So it is also what I will talk about next.

Spain suffered greatly from the effects of the last crisis. Our economy underwent a substantial contraction with painful consequences for most Spaniards in terms of the social contract, decreased living standards and unemployment. But through their shared efforts, together with the economic policies and reforms that were introduced, the economy has enjoyed steady growth since 2014.

Spain has seen three years of sustained economic growth of over 3%; more than two million jobs have been created; current account surpluses have been obtained in five consecutive years –an unprecedented achievement in our recent history–; and the public deficit has been reduced by more than seventy billion euros.

The external sector has undeniably played a key role in the recovery, where exports of goods and services hit new records every year. The tremendous dynamism shown by our exports is closely linked to our economy's increased competitiveness, and also to the internationalization of Spanish companies during the crisis.

This trend of clear and steady economic improvement has also drawn greater interest from international investors. Foreign direct investment flows have grown for four years in a row, and we are one of the top ten economies in terms of openness to foreign investment.

I think it is also important to emphasize that we have an outstanding infrastructure network, which is a key factor in competitiveness. In fact, the 'Global Competitiveness Report 2015-2016' rated Spain as one of the top ten countries in the world.

Added to all this is yet another strength: the leadership and global presence of Spanish multinationals in industries such as energy, finance, textiles, telecommunications, infrastructure management and transport. Some of them are present here today.

However, it must be said that the economic improvement must not only lead to effectively fight unemployment, but also to reduce the economic differences and social inequality, favouring the indispensable social cohesion with a more inclusive economic growth.

In short, we can state that Spain now has a very competitive economy and represents an outstanding investment opportunity. Despite being a cause for concern in the EU just a few years ago, today Spain is driving growth and making a positive contribution to the consolidation and strengthening of the European Union.

But let me now turn to politics. As you well know, the Economist Intelligence Unit produces an annual index of the state of democracy in the world, analyzing more than 140 countries. The conclusion of the latest index was that there are only 19 'full democracies', and Spain is one of them –ranking 17, just behind another celebrated parliamentary monarchy, the United Kingdom, which sits in 16th place. On its own, this speaks very highly of where we stand and illustrates how strong, how solid and how mature our democracy actually is.

Indeed, after a lengthy period marred by divisions and conflicts, over forty years ago the Spanish people found their way to freedom and democratic co-existence. The spirit that drove the transition to democracy –a success story held up as an example the world over– inspired the Spanish people to come together in pursuit of a shared goal with far-reaching, historical implications.

Our national cause was to build a new Spain that would become a common home for all Spaniards and would encompass our diversity, endowing our Autonomous Communities with extensive, deep and meaningful self-governance, to a degree that is not easy to find in other countries either in or beyond Europe.

In these past few decades of stable and democratic co-existence, Spain has accumulated substantial wealth in civic, social and political capital under a strong institutional framework. This capital has been further strengthened by Spain's membership of the EU, NATO, and by its full integration into global society.

This year we will celebrate our Constitution's 40th anniversary, a perfect opportunity to remember and to vindicate the enduring importance of the spirit of understanding and solidarity that enabled our country to embark on a path of peace, freedom and prosperity as never before in our history.

With all this in mind, I don't wish to conclude this part of my speech without addressing the recent crisis in a truly fundamental part of Spain's soul and diverse identity: Catalonia, where we have seen an attempt to undermine the basic rules of our democratic system.

A lesson to be learned from this crisis –a lesson not only for Spain, but for democracies in general– is the need to preserve the rule of law as a cornerstone precisely of democracy, and to respect political pluralism and the basic principle of national sovereignty that –in fact– belongs to all citizens. Political disagreements and disputes must be resolved in accordance with the democratic rules and values laid down in our Constitution and legal framework.

Spain's Constitution –as you can all well understand–, is no mere ornament. It is, rather, the very expression of the will of our citizens and the key pillar of our democratic coexistence. As such, it deserves the utmost respect from each and every one of us. My country is a law-abiding State where legal certainty prevails and therefore the Constitution and the laws are effectively enforced.

Furthermore, Spaniards know well enough that the welfare and progress of our people in the 21st century will not be obtained by –nor found in– solitude, isolation or division; but with unity of purpose, common goals and concerted action, together with a lucid forward-thinking strategy. We need to be fully aware of the interdependent world we live in, where truly global answers are required. So things like integration movements, joint partnerships or loyal cooperation among citizens, societies and States, and sharing commitments, all pave the right way to find those answers. And that's why we are here today.

Allow me to speak now of Europe. As we Spaniards see it, Spain and Europe are tightly interrelated realities. Europe, for Spain, is our historical home and our future, a future in which we firmly believe. Europe is not only a geographical point of reference: it is our common endeavour.

Spain is a nation with a well-known European spirit and vocation, a fact that all surveys systematically confirm. I believe that fundamentally this is because the European project represents an international embodiment of peace, solidarity, rule of law and social and economic development, all values which Spain embraces as its own.

For this reason, Spaniards do not view the European integration project as something external we wish to adhere to, but as the most complete expression –at an international level– of our national project. Since our accession, the European project has helped us to shore up our democracy, develop our economy and share our values and our culture.

And Spain has also helped advance this project with its broad pro-Europe consensus among leaders and its deep grass-root energy. Along the way, since 1986, we have made specific contributions, such as the idea of European citizenship, furthering the idea of the EU as a space of freedom, security and justice. We have also championed the idea of cohesion among the member States.

In the external action of the EU we have also promoted specific initiatives, such as the strengthening of relations with Latin America, the promotion of the Transatlantic Agenda with the US or the special connection to the southern rim of the Mediterranean. More recently, together with other European partners, we have contributed to the ongoing development of the Common Security and Defense Policy, which is of growing importance.

But our ambition for Europe, and hence for Spain, does not end there. There are numerous and pressing issues to which more effective European cooperation is the only solution. This has been made obviously apparent by the euro crisis, the refugee and migratory crises, by international terrorist attacks, and by the new challenges to European security. And let us not forget the challenges that technology and the digital revolution represent for the workforce, for its organization and for the new skills they urgently need.

This common European response is, however, sometimes difficult to achieve in the present institutional setting. For this reason, the current Spanish External Action Strategy calls for the re-founding of the EU, which is to say, for a far-reaching transformation, but performed step by step, in a pragmatic manner. In areas such as the Economic and Monetary Union, or with regard to our common security, we need to continue moving forward, to be prepared for the changes that the future will bring. The consensus among the main Spanish political parties is that the ultimate goal of this evolution can be nothing other than a closer political Union.

At such a time, not to go forward is to go backward. And I'm sure many here will agree that we cannot allow that to happen.

The present uncertainties should not deter us, they should allow us to see clearly that the solutions must be equal to the challenges. Europe must reinvent itself and the soul of that new Europe should mirror the soul of its citizens and for this it can count on Spain.

I shall finish here. Thank you for your time and patience. It's quite possible that for a number of you this speech may even seem unnecessary or easy to relate to, since you may very well be among those 82 million people I mentioned earlier, and therefore know well what my country is about and has to offer.

All I ask from you is to kindly continue visiting us and investing in our success story. You won't regret it and we'll make it very worthwhile. It is always an honor and a pleasure to welcome you to Spain. Your presence among us is proof of your trust and confidence in my country, and for that I am sincerely grateful.

